

LA VIDA DE ASAMBLEA

Watchman Nee

CONTENIDO

1. La autoridad en la iglesia
2. El aspecto práctico de la comunión
3. Cómo reunirnos
4. Los límites de la asamblea local

PREFACIO A LA EDICIÓN EN EL IDIOMA CHINO

En años recientes, Dios ha levantado a muchos hermanos y hermanas en diversas localidades, quienes han comenzado a reunirse en el nombre del Señor como resultado de haber visto la verdad concerniente a la iglesia. Estas personas han abandonado tanto las organizaciones formadas por los hombres como sus prácticas, las cuales no son conforme a la Biblia, y han comenzado a reunirse con la finalidad de servir al Señor junto con aquellos que de corazón puro invocan Su nombre. Ciertamente tenemos que dar gracias al Señor por esto.

Si bien estos hermanos —que se hallan dispersos en diversos lugares y que se reúnen en el nombre del Señor— han sido iluminados con respecto a las organizaciones humanas, todavía no poseen un entendimiento lo suficientemente profundo acerca del Cuerpo de Cristo. Aunque han renunciado a todo lo que no tiene cabida en la iglesia, ninguno de ellos lleva de manera plena la vida que es propia del Cuerpo de Cristo. Renunciaron completamente a todo aquello que es negativo, pero, en cuanto a las cosas positivas, todavía tienen una serie de deficiencias.

Así pues, en nuestros días, la necesidad más urgente de quienes se reúnen en el nombre del Señor es la de conocer las verdades que atañen al vivir práctico que lleva el Cuerpo de Cristo aquí en la tierra. La presente publicación, *La vida de asamblea*, responde a esta necesidad.

Este libro consta de un estudio bíblico que el hermano Watchman Nee llevó a cabo poco después de haber concluido “La tercera conferencia para vencedores”, la cual tuvo lugar en enero del presente año; dicho estudio fue realizado con hermanos de la iglesia en Shanghai y con algunos otros hermanos procedentes de otras ciudades que permanecieron en Shanghai una vez concluida aquella conferencia. Los temas que se trataron atañen principalmente a los aspectos prácticos de nuestro vivir. Las preguntas que se hicieron durante tal estudio, junto con sus correspondientes respuestas, fueron particularmente apropiadas y provechosas.

Este libro está dividido en cuatro capítulos. El primer capítulo trata sobre la autoridad en la iglesia; se puede decir que es un capítulo sobre la administración de la iglesia. En él se nos muestra que la iglesia de Dios no carece de organización, pero dicha organización no se asemeja a ninguna de las organizaciones formadas por los hombres en nuestros días. En la iglesia de Dios no tiene cabida la libertad individual ni tampoco es posible actuar de manera independiente. La iglesia es severa y estricta. Dios no desea que Sus hijos actúen por cuenta propia en esta tierra; Él gobierna Su iglesia por medio de la autoridad que Él mismo estableció en ella. Así como debemos abandonar toda organización humana, también debemos sujetarnos a la autoridad establecida por Dios. Es correcto abandonar toda organización humana, pero sería incorrecto que subvirtiéramos la autoridad establecida por Dios. Aun así, vemos que los creyentes tienen dificultad en mantener la posición que les corresponde y en sujetarse a las autoridades establecidas por Dios. Muchas personas están dispuestas a sujetarse a Dios, pero no están dispuestas a sujetarse a las autoridades establecidas por Dios. Sin embargo, únicamente aquellos que se sujetan a las autoridades que Dios estableció, podrán someterse a Dios directamente. Todo el que no permanece en esta posición de sujeción es un transgresor, y todo el que no se sujeta a la autoridad establecida por Dios es una persona insumisa e inicua.

El segundo capítulo trata sobre cómo practicar la comunión. En este capítulo se nos muestra que hay una sola comunión en el Cuerpo de Cristo. Hoy en día, las iglesias no le dan la debida importancia a este asunto. Son muchos los que creen que siempre y cuando ellos mismos hayan abandonado toda comunión inapropiada, es decir, toda denominación, entonces habrán sido perfeccionados. No obstante, si uno únicamente abandona las prácticas inapropiadas pero no adopta las prácticas apropiadas, aún no ha sido perfeccionado. Más aún, a menos que retornemos a la comunión única, la comunión que es propia del Cuerpo de Cristo, toda otra comunión que practiquemos será impropia y, al dejar las denominaciones, apenas estaremos incrementando la comunión que es impropia. En lugar de practicar cierta comunión local, debemos practicar la comunión del Cuerpo de Cristo. Es imprescindible que tengamos vínculos con todas aquellas asambleas que, en toda la tierra, se reúnen en el nombre del Señor, en lugar de limitar nuestra comunión únicamente a nuestra localidad. Es verdad que los asuntos concernientes a la iglesia local deben ser resueltos a ese nivel, pero la comunión de la iglesia no debe darse únicamente en el ámbito local. De hecho, la comunión de la iglesia no pertenece al ámbito local, sino que es de carácter universal. No solamente debemos disfrutar de comunión entre individuos, sino también entre asambleas.

El tercer capítulo de este libro trata sobre cómo debemos reunirnos. Este capítulo puede considerarse como una especie de educación espiritual para

nuestra vida en el hogar. Aquí se nos revela el conocimiento elemental que todo hermano y hermana debe tener con respecto a diversas clases de reuniones en la localidad. Si bien los asuntos espirituales mismos no pueden ser enseñados, es imprescindible que primero se hayan impartido las enseñanzas apropiadas para luego poder llevar la vida apropiada. El vivir apropiado es fruto de haber recibido las enseñanzas apropiadas.

El cuarto capítulo trata sobre los límites que son propios de una asamblea local. En este capítulo se delinean los límites correspondientes a la asamblea local. La Biblia nos muestra que Dios ha determinado que la ciudad es la unidad básica de una iglesia; así pues, los límites de una iglesia local son determinados por los límites de la ciudad en la que se encuentra. Al disponer las cosas de esta manera, Dios hace que se mantenga el equilibrio necesario para la comunión entre las asambleas en diversas localidades, además de eliminar con ello una serie de problemas y confusiones. Ninguno de nosotros debiera elegir al azar entre las congregaciones que se encuentran a nuestro alrededor, ni debiéramos sentirnos libres para reunirnos en cualquiera de ellas; más bien, debemos escoger dónde reunirnos basados en la localidad en la que vivimos. Si vivimos en una determinada ciudad, no debiéramos reunirnos en otra ciudad. Aun si el local de reunión de la otra ciudad nos queda más cerca que el de nuestra ciudad, debemos reunirnos en nuestra ciudad y no en la otra. Si no ponemos esto en práctica, la comunión entre las asambleas carecerá del equilibrio apropiado y, como resultado, habrá confusión. Dios no desea que tengamos libertad de acción. Incluso en lo que concierne a elegir el lugar donde reunirnos, Dios no nos permite tener preferencias carnales ni hacer elecciones en la carne.

Quiera Dios bendecir esta publicación a fin de que ella llegue a ser luz de vida para los hijos de Dios en todo lugar, y no sea una mera colección de preceptos. “A El sea gloria en la iglesia y en Cristo Jesús, en todas las generaciones por los siglos de los siglos. Amén.”

Witness

Lee

Shanghai

10 de septiembre de 1934

INTRODUCCIÓN

(Un estudio bíblico dado en Shanghai del 19 al 26 de febrero de 1934)

Hermanos y hermanas, si bien esta reunión es un estudio bíblico, no podremos leer todas las citas bíblicas al inicio debido a la falta de tiempo. Únicamente leeremos los versículos a medida que vayamos haciendo referencia a ellos.

Durante la reunión de los hermanos realizada la noche del sábado reflexionamos sobre el tema que debíamos estudiar en estas reuniones, y estuvimos de acuerdo en que estudiaríamos la vida de asamblea, esto es, la vida que debemos llevar como congregación. Antes de comenzar el estudio de este tema, quisiera que primero nos detuviéramos a considerar la importancia que este asunto reviste.

Durante nuestra última conferencia vimos que en la eternidad pasada, Dios, conforme a Su voluntad, había formulado de antemano Su propio plan. Su meta es obtener un grupo de personas que reciban Su vida y que sean iguales a Su Hijo. Así pues, Su objetivo no podía lograrse simplemente con un Cristo individual, sino que requería del Cristo corporativo. Este Cristo corporativo es la iglesia. De allí que Dios le dé tanta importancia a la iglesia en la era actual. Lamentablemente, los creyentes carnales no son los únicos que no recalcan lo que Dios mismo enfatiza, sino que incluso los creyentes espirituales no hacen hincapié en ello. Estos creyentes siempre hacen que sus obras ocupen el lugar que le corresponde a la iglesia de Dios.

Hoy en día, Satanás hace que los hombres reemplacen a la iglesia de Dios con diversos tipos de obras. Sin embargo, nosotros sabemos que, de principio a fin, el propósito de Dios consiste en obtener el Cristo corporativo, que es la iglesia, en el cual Cristo es la Cabeza y los creyentes son los miembros. Ciertamente, Satanás está decidido a destruir este plan. Y es por eso que Satanás hace que hoy en día los hombres procuren realizar una serie de obras, con la finalidad de que éstas ocupen el lugar que le corresponde a la iglesia.

Hoy en día algunos hacen gran hincapié en predicar el evangelio, pero al hacerlo, ellos reemplazan la iglesia con su predicación del evangelio. Ciertamente hay muchos hermanos muy capaces en lo que se refiere a predicar el evangelio y salvar a los pecadores. Estas actividades son muy loables, pero, si nuestra actividad evangelizadora ocupa el lugar que le corresponde a la iglesia y hace que los hombres jamás se detengan a considerar debidamente la iglesia, entonces habremos sido engañados por Satanás. No creo estar exagerando. El propósito de Dios respecto a la predicación del evangelio no es sino recolectar materiales, piedras, para la edificación de la iglesia. Si la predicación del evangelio se convierte en un sustituto de la iglesia, entonces, es erróneo realizar tal actividad.

Hay quienes fundan misiones, promueven la evangelización de otros países, donan generosamente su dinero, forman concilios nacionales, establecen organizaciones internacionales de evangelización y envían misioneros a otros países; pero, ¿por qué la gente hoy en día únicamente sabe acerca de tales obras misioneras pero desconoce lo relativo a la iglesia? Ello se debe a que —a pesar

de que desde la eternidad Dios se ha centrado en la iglesia— en nuestros tiempos los hombres ponen gran énfasis en las misiones. ¡Muchos se han olvidado de la iglesia! El señor Gordon ha dicho: “Dios jamás estableció misiones; Él únicamente estableció la iglesia”. Sin embargo, hoy en día los hombres establecen organizaciones misioneras, organizaciones evangelizadoras, escuelas, hospitales, sociedades filantrópicas, orfanatos, asociaciones caritativas (tal como lo hace la Iglesia Metodista Episcopal, por ejemplo) e incluso escuelas dominicales, con el fin de ayudar a las personas. Todas estas cosas, ¿son buenas o malas? Ciertamente son obras buenas, pero si los hombres hacen que ellas ocupen el lugar que le corresponde a la iglesia de Dios, Dios jamás estará satisfecho. ¿Perciben la astucia de Satanás? El método sutil de Satanás consiste en valerse de obras que Dios usa, para convertirlas en sustitutos de la iglesia, la cual Dios se ha propuesto establecer conforme a Su eterna voluntad. Si nuestros ojos son abiertos, veremos que todas estas actividades deben ser abandonadas y que debemos centrarnos en la iglesia, porque Dios tiene como meta la vida de iglesia, la vida que lleva el Cuerpo de Cristo.

Muchos cristianos dirán: “Nosotros no hemos establecido organizaciones misioneras ni filantrópicas, tampoco organizamos escuelas dominicales ni levantamos escuelas u hospitales”. No seamos tan rápidos en responder. Quizás ustedes no se hayan involucrado en ninguna de estas actividades erradas, pero en un sentido positivo, ¿qué han hecho ustedes? Muchos pensarán: “Basta con que yo sea un cristiano fervoroso, victorioso y santo”. Hermanos y hermanas, permítanme decirles con firmeza: esto no es lo que Dios anhela; no constituye la meta única que Él tiene. Ciertamente no estoy diciendo que ser personas fervorosas, victoriosas y santas no tenga importancia alguna. Estas cosas ciertamente son muy importantes, pero no constituyen la meta final y máxima de Dios. Lo que Dios anhela es la iglesia corporativa, Su edificio, la casa espiritual. Lo que Dios quiere obtener no son fragmentos de ladrillo, baldosa, madera o piedra. Dios anhela obtener un cuerpo, no un dedo o cualquier otro miembro. Lo que Dios anhela obtener es la iglesia. Él desea que Cristo tenga la preeminencia en la iglesia y sea también la Cabeza de dicha iglesia. Aunque todos estos materiales —madera, piedra, ladrillos y baldosas— son necesarios, ninguno de ellos podría ser la meta final de Dios. Ustedes han sido cristianos por muchos años, pero ¿cuánto tiempo han dedicado a reflexionar sobre lo que Dios anhela? ¿Alguna vez se detuvieron a pensar sobre este asunto, esto es, la iglesia? ¿O más bien se han preocupado principalmente por cómo orar, cómo ser libres del pecado, cómo ayudar a los pecadores a ser salvos y cuál es la mejor manera de estudiar la Biblia? ¿Piensan únicamente acerca de estas cosas, o de verdad han reflexionado sobre lo que es la iglesia? Lo que Dios anhela es la iglesia. Todo lo que no sea la iglesia no es la meta de Dios. De ninguna manera estoy diciendo que estas otras cosas no sean buenas, pero sí deseo afirmar que solamente la iglesia puede considerarse como la meta que Dios se ha fijado. Si

organizamos escuelas dominicales sólo con miras a tener una escuela dominical, o establecemos orfanatos sólo para contar con orfanatos, o fundamos sociedades filantrópicas con fines filantrópicos solamente o hacemos de nuestra predicación del evangelio un fin en sí mismo, todo eso está bien siempre y cuando dichas actividades no ocupen el lugar que le corresponde a la iglesia. Todas estas cosas no son la iglesia de Dios. Lo que Dios anhela es la iglesia. La muerte del Señor Jesús es por causa de la iglesia, y la venida del Espíritu Santo es también para beneficio de la iglesia. En el Nuevo Testamento, de principio a fin, podemos detectar el siguiente principio: que todo es realizado en beneficio de la iglesia. Por ejemplo, sabemos que el Señor murió por amor a la iglesia. En Efesios dice que: “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a Sí mismo por ella”. El Señor fue resucitado de entre los muertos para estar por encima de todo principado y potestad, y todo está bajo Sus pies a fin de que Él mismo fuese dado por Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia. Es sobre esta roca que el Señor edifica Su iglesia. La obra del Espíritu Santo durante los últimos dos mil años ha tenido como finalidad edificar la iglesia. Dios salva a los pecadores y hace de ellos vencedores con el fin de edificar la iglesia. Es para la edificación de la iglesia que Dios nos da apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Efesios dice que el Señor purifica la iglesia por el lavamiento del agua en la palabra y la santifica a fin de presentársela a Sí mismo una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa y sin defecto. Aquí nuevamente se menciona a la iglesia. El objetivo final de Dios es obtener la Nueva Jerusalén, y la Nueva Jerusalén tipifica a la iglesia. La meta de Dios, según el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento, los cuatro Evangelios y Apocalipsis, es obtener la Nueva Jerusalén, para lo cual es necesario que Él obtenga la iglesia. Deseo recalcar esto: si nuestra vida y obra hoy no tienen a la iglesia como meta, es decir, si nuestro objetivo al vivir y laborar no es lograr lo que Dios anhela, habremos fracasado rotundamente. Que el Señor tenga misericordia de nosotros y nos libre de nuestra visión tan reducida y limitada, y nos conduzca a compartir Su meta y a enfatizar aquello que Él recalca en las Escrituras.

Nosotros nos reunimos todos los domingos, por la mañana y por la tarde, a fin de escuchar algunos mensajes, y nos volvemos a reunir el domingo por la noche a fin de celebrar la reunión del partimiento del pan. ¿Podemos ser considerados buenos creyentes solamente porque celebramos estas reuniones? ¿O debiéramos procurar ser buenos hermanos y hermanas al esforzarnos por contribuir a las reuniones y ser de beneficio para la iglesia en general? Ahora dejaré el ámbito de lo general para ocuparme de asuntos más específicos. Los principios generales ya han sido abarcados en la conferencia que celebramos hace poco. Ahora abordaremos sólo asuntos específicos y, en lugar de ocuparnos de los principios espirituales, nos concentraremos en asuntos relacionados concretamente con nuestra práctica. Nos limitaremos a tratar los aspectos externos y visibles relativos a la iglesia, pues en esta ocasión no entraremos en

las implicaciones espirituales que tales asuntos revisten. En lo que se refiere a Cristo como vida y al Cuerpo de Cristo, podremos tocar esos temas más en detalle en el futuro.

Dios tiene como meta obtener la iglesia. En nuestros días, Él pone dicho objetivo a consideración del hombre. El anhelo final y máximo de Dios es obtener la Nueva Jerusalén. Dios se ha propuesto establecer una sola iglesia, la cual está representada por la Nueva Jerusalén, en cada ciudad. Antes de que la Nueva Jerusalén descienda del cielo, la meta de Dios es que en cada ciudad exista una miniatura de la Nueva Jerusalén. Esto quiere decir que Dios desea establecer una iglesia local en cada ciudad a fin de expresar Su voluntad eterna. De principio a fin, la obra más importante que Dios realiza consiste en edificar el Cuerpo de Cristo. Para ello, Dios establece una iglesia local en cada ciudad. La iglesia local es una miniatura de la maravillosa iglesia de Dios, o sea, la iglesia es un modelo en pequeña escala que expresa a la Nueva Jerusalén. Así pues, la voluntad de Dios consiste en establecer la iglesia, el Cuerpo de Cristo, la Nueva Jerusalén. Pero el ámbito que esto abarca es demasiado amplio; es decir, ¿cómo podríamos entrar en contacto de manera concreta con la Nueva Jerusalén, esta entidad que pertenece a los cielos nuevos y la tierra nueva? ¿Qué debemos hacer? Esto siempre permanecerá como algo inasible para nosotros. Sin embargo, ustedes pueden venir a Shanghai a fin de cumplir este propósito; en cada ciudad existe una miniatura de dicha entidad, donde Dios ha colocado a Sus redimidos con el fin de unirlos y compenetrarlos para que ellos lleguen a formar una iglesia local y, así, expresen Su voluntad.

Si usted quisiera viajar en un gran barco de vapor a fin de ir a otro país, primero tendría que pedir a los oficiales de la nave que le expliquen cómo llegar hasta su camarote. Una vez que usted se haya subido al barco, es como si hubiera entrado a una gran ciudad, y probablemente no sabrá cómo llegar hasta su camarote. Por tanto, tendrá que pedir a los oficiales del barco que le expliquen de manera detallada cómo llegar a su habitación. Quizás ellos opten por mostrarle un modelo en pequeña escala de dicha nave, el cual tiene la misma estructura externa que el barco real. Probablemente ellos procedan a retirar una sección tras otra de dicha estructura, a fin de mostrarle los diversos niveles que usted tiene que recorrer a fin de llegar hasta su habitación. Después de haber visto esto, usted tendrá un buen sentido de dirección y sabrá perfectamente dónde queda su camarote. La Nueva Jerusalén, conforme al propósito eterno de Dios, es grande, mientras que las iglesias que Él establece en cada ciudad son pequeñas. Las iglesias son manifestaciones en miniatura del propósito de Dios. En este estudio bíblico examinaremos lo que atañe a estas manifestaciones en miniatura. En otras palabras, estudiaremos asuntos relacionados con la asamblea local. Si no hacemos esto, no alcanzaremos a entender los asuntos

más amplios y también sufriremos deficiencias en cuanto a los asuntos más específicos.

¡No estoy aquí para acusar a nadie! ¡Yo mismo soy culpable de estas deficiencias! Debemos reconocer que durante todos estos años de evangelismo en China, son muy pocos los que han recalcado aquello que Dios enfatiza. El catolicismo romano ha estado en China por más de trescientos años y, si tomamos en cuenta a los nestorianos, el cristianismo ha estado en China por más de mil años. Aun así, nadie jamás le prestó atención a la manifestación en pequeña escala de la eterna voluntad de Dios. Nosotros hemos hecho lo mismo. Únicamente prestamos atención a nuestra victoria personal sobre el pecado, a nuestras experiencias espirituales prevalecientes, a nuestra obra y a salvar almas; pero todavía no sabemos cómo lograr que, en una determinada localidad, la voluntad de Dios con respecto a la iglesia tenga una manifestación concreta. Que Dios nos agracie y nos conceda entender que nuestra victoria personal sobre el pecado, nuestras experiencias espirituales prevalecientes y nuestra labor por salvar a otros son simplemente asuntos relacionados con la asamblea local, es decir, tales cosas jamás debieran reemplazar a la iglesia. Dios fija Su atención, se centra, en la iglesia local establecida en cada ciudad, y todo lo demás debe estar unido a este eje central. Por tanto, hoy en día nuestra meta no es concentrarnos solamente en tener experiencias espirituales prevalecientes, ni en obtener la victoria sobre el pecado, ni en predicar el evangelio a los pecadores ni en lograr que nuestras oraciones sean contestadas. En lugar de ello, debemos dar otro paso hacia delante y preguntarnos: ¿qué podemos hacer a fin de ser edificados juntamente con los demás hermanos y hermanas?

La región de Fujian es famosa por su cantería. La habilidad de los canteros de Fujian estriba en que saben cómo convertir piedras irregulares y disparejas, en piezas pulidas y homogéneas que pueden conformar un conjunto armonioso. Estas piedras, una vez labradas, difieren mucho de las piedras procedentes de las canteras de Kuling, que son usadas para construir muros irregulares conformados por piedras ásperas y desiguales. Las piedras usadas por los artesanos de Fujian han sido finamente labradas y pulidas para poder encajar entre sí con absoluta precisión. Si bien tales piedras son de diferentes tamaños y formas, ellas han sido unidas y emparejadas una con otra. Así pues, en nuestros días, la pregunta que debemos plantearnos no es si una piedra es mala o buena, pequeña o grande, hermosa o fea, sino, más bien, si esta piedra es una pieza que se acopla bien a las otras piedras y si puede ser usada en la construcción de una casa. Hoy en día, muchos cristianos son bondadosos, y muchos son resplandecientes y hermosos, pero no pueden ser edificados juntamente con otros. Ellos son, o demasiado grandes o excesivamente pequeños, y simplemente no pueden ser entrelazados con los demás creyentes. Todo aquel que ha sido salvo es una piedra viva. Por tanto, la cuestión no es si usted es

victorioso o derrotado, poderoso o débil, bueno o malo, sino, más bien, si usted puede formar una sola entidad junto con las otras piedras vivas al ser entrelazado apropiadamente con ellas y formar un solo edificio. Si usted es una piedra que deja hendiduras entre usted y las demás piedras, no será de mucha utilidad en la casa de Dios.

Así pues, estos días nuestro estudio se concentrará en los temas relacionados con la vida de asamblea, esto es, con la vida que llevamos como congregación. Todo lo demás, como por ejemplo las relaciones personales entre los hermanos y el perdón mutuo, ya fue abordado en las reuniones celebradas los domingos anteriores, tanto en la mañana como en la tarde. Todo aquello que tiene que ver con nuestra vida corporativa en general será tratado en mensajes posteriores, los cuales impartiremos domingo a domingo, por la mañana y por la tarde. Pero ahora, concentraremos nuestra atención en cómo han de comportarse los hermanos y las hermanas en las reuniones, tal como les corresponde. Por tanto, hemos decidido estudiar los siguientes temas: la autoridad en la iglesia, la comunión en la iglesia, cómo reunirnos y, finalmente, hablaremos sobre cómo hemos de separar la asamblea local en dos grupos (uno habrá de reunirse en el local ubicado en la calle Wen-teh y el otro en el local ubicado en la calle Gordon) y presentaremos, además, el hecho de que ambos grupos en realidad son uno solo.

Espero que todos comprendan que en esta reunión no queremos que una sola persona dé el mensaje. Pueden hacer preguntas en cualquier momento. Todos los hermanos tienen derecho a hacer preguntas. Eso sí, queremos que cuando hagan preguntas, las hagan en voz alta y con claridad. Si han de ser hermanos apropiados, deben preocuparse más por los oídos de los hermanos que por sus propias gargantas.

CAPÍTULO UNO

LA AUTORIDAD EN LA IGLESIA

Si hemos de entender la autoridad en la iglesia, primero tenemos que haber entendido qué es autoridad. De otro modo, nos será imposible comprender la autoridad que rige en la iglesia.

¿Qué es la autoridad? En el universo entero no hay otra cosa que sea más difícil de comprender que la autoridad. En la Biblia, hay dos conceptos muy difíciles de explicar: la gloria y la autoridad. Muchos saben, al menos en parte, en qué consisten la santidad, la justicia y la paciencia. Pero, ¿qué es la gloria de Dios? y ¿qué es la autoridad de Dios? Es imposible que el hombre las comprenda y explique de forma cabal. La gloria de Dios está relacionada con la persona misma de Dios, mientras que Su autoridad se relaciona con Su gobierno. Dios,

en Sí mismo, es glorioso; y Él ejerce Su gobierno por medio de Su autoridad. Dios organizó el universo teniendo Su propia autoridad como principio rector. Él rige el universo por medio de Su autoridad. (En esta ocasión, nos limitaremos a abordar el tema de la autoridad brevemente, pues tocaremos este asunto más detalladamente en otro momento.) ¿Cómo creó Dios los cielos y la tierra? Él lo hizo por medio de Su autoridad. ¿Cómo restauró luego el mundo? Lo restauró también por medio de Su autoridad. En el primer día, Dios creó la luz; Él no reunió toda la electricidad existente para poder crear la luz, sino que simplemente dio una orden. Él dijo: “Sea la luz”, y fue la luz. El segundo día Dios dijo: “Haya expansión en medio de las aguas”, y fue así. Dios impartió las órdenes por medio de Su palabra y actuó conforme a Su autoridad. Él no actuó según Su poder ni conforme a Sus caminos; antes bien, al dar Su palabra, Él daba una orden, lo cual atañe a Su autoridad. ¿Perciben cómo es que Dios ejerció Su autoridad? Dios creó el universo mediante Su autoridad y lo rige también por medio de Su autoridad. Tanto el origen del universo como la existencia del mismo, son producto de la autoridad de Dios.

En el principio, después que el universo fue creado, Dios designó un querubín como arcángel a fin de que éste reinara sobre todas las cosas. Dios mismo estaba sobre todo, y Él gobernaba sobre criaturas poseedoras de espíritu y sobre todas las cosas por medio de aquel arcángel, el querubín. El pecado es infracción de la ley, o sea, equivale a no someterse a la ley, y tal insumisión o iniquidad es subvertir la autoridad de Dios. El ser insumiso es la causa por la cual ese arcángel se degradó y se convirtió en Satanás, con lo cual también el pecado vino al universo creado por Dios. El arcángel intentó derrocar la autoridad de Dios porque deseaba elevarse a sí mismo hasta hacerse igual a Dios. El pecado vino al mundo debido a que Eva no se sujetó a Adán. Ella actuó sin haber recibido órdenes de parte de Adán y comió del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal.

Aunque hoy el pecado ha invadido el mundo, la autoridad sigue siendo el principio rector en el gobierno de Dios. La autoridad delegada de Dios, es patente en diversas instancias. Por ejemplo, las esposas deben estar sujetas a sus esposos, los siervos a sus amos, los estudiantes a sus profesores, los ciudadanos a sus gobernantes y los subalternos a sus superiores. Todo esto fue dispuesto por Dios. Es el deseo de Dios que los hombres se sujeten a las autoridades no sólo porque éstas han sido designadas por Dios, sino que, además, porque ellas representan a Dios. Por ello, Romanos dice claramente que “no hay autoridad sino de parte de Dios”. Por tanto, ningún estudiante cristiano debiera boicotear su clase, ningún obrero cristiano debiera participar de una huelga, todo cristiano debe honrar a sus padres y ningún ciudadano cristiano debiera participar de revolución alguna. Si alguno participa en cualquiera de estas cosas, no solamente se estará sublevando en contra de

aquellas personas a las que él se opone directamente, sino que estará subvirtiendo la autoridad de Dios. Dios creó el universo por medio de Su autoridad, y es por medio de Su autoridad que el universo continúa existiendo. ¿Qué es el pecado? Es infracción de la ley, o sea, consiste en que rehusemos a estar sujetos a las autoridades. “El pecado es infracción de la ley” (1 Jn. 3:4). Tanto Satanás como Adán subvirtieron la autoridad de Dios y, al hacerlo, ambos pecaron. Todo aquel que no reconoce a las autoridades ni se sujeta a la autoridad, es insumiso y ha pecado.

Son muchos los creyentes que jamás se han percatado de esta maravillosa realidad que es la autoridad. Pero, si alguno anhela ser un buen creyente, tiene que saber lo que es la autoridad. La autoridad representa a Dios. Aquellos que indaguen la fuente de toda autoridad descubrirán que la autoridad, finalmente, es Dios mismo. Por tanto, un cristiano no solamente tiene que sujetarse al líder de una nación y a todos sus ministros, sino también al policía que está en las calles, debido a que éste ha sido investido de autoridad. Así pues, un policía no sólo representa al gobierno, sino a Dios mismo; y no podemos menospreciarlo simplemente porque su salario sea muy bajo. La autoridad emana de Dios mismo. La Biblia es muy estricta al respecto. Tanto Pablo como Pedro y Judas nos dicen que no debemos injuriar a las autoridades. Por tanto, en nuestras conversaciones, no podemos hacer acusaciones contra el jefe de nuestro gobierno ni tampoco podemos criticarlo. Es muy difícil, por ejemplo, para un cristiano ser editor de un periódico, pues probablemente se verá obligado a criticar a sus gobernantes al redactar comentarios políticos.

En el libro de Judas se nos relata el incidente en que el arcángel Miguel disputa con el diablo por el cuerpo de Moisés. Miguel no se atrevió a proferir juicio de maldición contra Satanás. Lo único que hizo fue decirle: “El Señor te reprenda”, porque él mismo había estado antes subordinado a Satanás. Hubo un tiempo en el que Miguel estaba bajo la autoridad de Lucifer. Por tanto, Miguel sólo dijo: “El Señor te reprenda”. Miguel no se atrevió a hablar por cuenta propia; él únicamente invocó una autoridad más elevada que la de Satanás: la autoridad de Dios. Miguel realmente sabía lo que era la autoridad. Por tanto, no se atrevió a vituperar al propio Satanás.

Cuando nuestro Señor estuvo en esta tierra, Él también se sujetó a las autoridades. Durante Su juventud, Él se mantuvo sujeto a la autoridad de Sus padres y observó todos los preceptos establecidos. Aunque Él era el Creador del universo, aceptó todas las limitaciones que son propias de los hombres. Él le dijo a su madre: “¿No sabíais que en los asuntos de Mi Padre me es necesario estar?” (Lc. 2:49). Si nosotros hubiésemos estado en esa situación, probablemente no habríamos querido retornar a casa con nuestros padres. Pero el Señor era diferente; Él regresó con ellos a casa. Asimismo, cuando Él

comenzó Su obra, se mantuvo sujeto a las autoridades del gobierno. Incluso al ser juzgado por los tribunales humanos, Él se sujetó al gobierno humano. Lejos de hablar en contra del gobierno humano, Él dejó que hicieran con Él lo que quisieran. Vemos, pues, que nadie se sujetó tanto a las autoridades establecidas como nuestro propio Señor.

En cierta ocasión Pablo fue sometido a juicio y tuvo que comparecer ante un tribunal. Él estuvo dispuesto a sujetarse a las autoridades allí representadas. Cuando el sumo sacerdote comenzó a hacer acusaciones desmedidas, Pablo le dijo: “¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada!” (Hch. 23:3). Cuando los demás le reprendieron por haber injuriado al sumo sacerdote, Pablo permaneció callado y permitió que los demás lo acusaran. Según la Biblia, la autoridad es un asunto de capital importancia.

Lo que corresponde a la autoridad es la sumisión. Por tanto, la Biblia menciona, por un lado, la autoridad, y por el otro, la sumisión. La Biblia también le da mucha importancia al tema de la sumisión. La sumisión y la autoridad son asuntos relacionados entre sí. Si una persona se sujeta, acata la autoridad de Dios; de lo contrario, estará subvirtiendo dicha autoridad.

En la iglesia, Dios también ha establecido Su autoridad, y nosotros debemos sujetarnos a esta autoridad delegada. En el ámbito mundial, en el ámbito de nuestra comunidad y en nuestros hogares, debemos ser personas que se sujetan a las autoridades establecidas. Dios ha dispuesto que nos sujetemos a las autoridades. Tenemos que entender esto: todo aquel que pretenda subvertir la autoridad establecida, se subleva en contra de Dios. No pensemos que podemos sujetarnos a Dios y, al mismo tiempo, desobedecer a nuestros padres, esposos, jefes, capataces, directores y otros en autoridad. No existe tal cosa. Si no somos capaces de sujetarnos a las autoridades establecidas por Dios aquí en la tierra, jamás podremos sujetarnos a Dios. Del mismo modo, aquellos que no pueden sujetarse a la autoridad establecida en la iglesia, tampoco podrán sujetarse a Dios.

Me temo que muchos hermanos y hermanas han venido a reunirse con nosotros por razones muy diferentes. Algunos han venido procurando practicar el amor y el cuidado mutuos. Esto, por supuesto, está muy bien. Pero, tenemos que darnos cuenta de que no carecemos de autoridad entre nosotros. En nuestro medio hay autoridades establecidas por Dios y tenemos que sujetarnos a ellas. Con frecuencia, los cristianos piensan que una vez que dejan las denominaciones pueden actuar como quieran. Ellos piensan que todos somos iguales y que, por ende, nadie puede reprender a nadie. Ellos creen que es posible ser cristianos insumisos. Pero en realidad, debemos comprender que si dejamos las denominaciones sólo porque deseamos ser libres de cualquier clase de control o

dominación, estaremos cometiendo un gran error al irnos con tales presunciones. Aquellos que vienen a reunirse con nosotros tienen que saber que ahora estamos más sujetos que antes por causa de la autoridad que hay entre nosotros.

Hay tres razones por las cuales una persona deja las denominaciones: (1) Las denominaciones lo han decepcionado. Por ejemplo, quizás alguno tenga la expectativa de ser nombrado pastor. Sin embargo, cuando su deseo no se cumple, esta persona entra en desacuerdos y deja la denominación. (2) Las denominaciones no le dan suficiente libertad de acción. Esta persona siente que los demás lo limitan o lo controlan demasiado y cree que, si deja las denominaciones, puede llegar a ser un evangelista libre. Puesto que ya no recibirá un salario ni tendrá que rendir cuentas a los hombres, podrá actuar como quiera. En realidad, delante de Dios no existe tal cosa como un evangelista libre. Hoy en día, sólo tenemos la vida que es propia del Cuerpo. Nosotros estamos restringidos por la iglesia y no tenemos ninguna libertad propia. (3) La tercera clase de individuo es uno que percibe las divisiones que imperan en las denominaciones y se ha dado cuenta de que la división es algo que procede de la carne. *Al mismo tiempo*, quizás esta persona también vea el Cuerpo de Cristo y comprenda que todo cuanto hace tiene que ser limitado por los hermanos y que él mismo necesita aprender a ser un miembro del Cuerpo. (Sin embargo, son muchos los que no ven el Cuerpo. Muchos simplemente han dejado una gran denominación y se han convertido ellos mismos en una denominación minúscula. Todavía no han entendido que al estar entre hermanos y hermanas, ellos mismos necesitan ser restringidos.)

De las tres clases de personas mencionadas en el párrafo anterior, a los ojos de Dios únicamente la tercera clase de persona está en lo correcto. La meta de Dios es lograr que llevemos la vida del Cuerpo de Cristo y que cese todo accionar independiente. Dios ha establecido Su autoridad en la iglesia y desea que Su autoridad sea manifestada en ella. Por tanto, todos los miembros deben aprender a sujetarse a la autoridad de Dios y a ser restringidos por los demás miembros. Así que, en un sentido negativo, todos los hermanos deben darse cuenta de cuán incorrecto es que haya denominaciones; sin embargo, en un sentido positivo, debemos tener bien en claro que las actividades independientes no tienen cabida en la vida que llevamos como Cuerpo de Cristo.

LA AUTORIDAD EN LA IGLESIA

¿Cómo es establecida la autoridad en la iglesia? Dios ha establecido a los ancianos y apóstoles como la autoridad en la iglesia. En cada iglesia, Dios establece ancianos; y entre todas las iglesias, Él establece apóstoles. La autoridad de los apóstoles les permite velar por todas las iglesias, mientras que

la autoridad de los ancianos les es conferida con el propósito de que velen por sus respectivas iglesias locales. A fin de manifestar Su autoridad en la iglesia, Dios designa ancianos en cada una de las iglesias locales para que ellos representen Su autoridad. También podemos referirnos a estos ancianos como: “los que vigilan”, con lo cual se hace alusión a su autoridad. La Biblia dice que nos sujetemos a estas personas porque ellas representan la autoridad de Dios. Toda autoridad en la iglesia está allí a fin de representar a Dios. Por tanto, a los ancianos se les confiere autoridad a fin de que representen y expresen la autoridad divina. Independientemente de que un anciano sea un buen representante o un mal representante, uno debe sujetarse a los ancianos mientras ellos estén investidos de la autoridad de Dios. Cualquiera que no se sujete a la autoridad de la iglesia, habrá perdido su posición como hermano.

Cuando una iglesia local comienza a reunirse, no hay ancianos. Después, poco a poco, algunos manifiestan ciertas aptitudes propias de un anciano. Hablar de “los ancianos” o de “los que vigilan”, son dos maneras de referirse a un mismo cargo. Mientras que el término “anciano” hace referencia a la persona misma, la expresión “los que vigilan” se refiere a la función que dicha persona desempeña. Más aún, en la Biblia, los ancianos siempre son varios. Jamás se ve el caso de tan sólo un anciano, porque es necesario que los espíritus de dos o tres personas reciban las mismas directivas a fin de que puedan estar completamente seguros de estar haciendo lo correcto. El individualismo no es un principio bíblico y fácilmente nos lleva a errar.

LA MANERA EN QUE DIOS ESTABLECE ANCIANOS

¿Cómo es que Dios establece ancianos? En una asamblea, siempre hay algunos hermanos que manifiestan mayor crecimiento o madurez que otros. Estos hermanos poseen un testimonio superior al resto y están dispuestos a asumir las labores de un anciano. Además, también demuestran ciertas aptitudes propias de un anciano. Como resultado de ello, los apóstoles los designan como ancianos a fin de que velen por los creyentes. La iglesia en Éfeso es un ejemplo de esto. Al comienzo, en Éfeso sólo habían creyentes, los salvos, y no se había nombrado ningún anciano. Pero, después de que los apóstoles les hicieron una segunda visita, podemos ver algunos ancianos en Éfeso. La primera vez, cuando Pablo llegó allí procedente de Antioquía, sólo tenía el propósito de salvar algunas personas. Pero después, él estableció ancianos en cada ciudad (Hch. 14:23). Antes que un grupo de creyentes se establezca como corresponde a una asamblea local, todavía avanza muy débilmente y necesita el apoyo de otros. Pero después que algunos asumen la responsabilidad de velar por ella, los apóstoles pueden proceder a designar a estas personas como ancianos.

A veces, los apóstoles no pueden nombrar a los ancianos personalmente; en tales casos, ellos envían a otros en su nombre a fin de cumplir dicha tarea. Timoteo y Tito desempeñaban esta clase de función. En conformidad con las directivas del apóstol, ellos iban a diferentes ciudades y nombraban a los ancianos, quienes entonces asumían la responsabilidad de las iglesias locales.

Puesto que el nombramiento de los ancianos es hecho con el propósito de que ellos representen la autoridad de Dios, los ancianos deben tener bien en claro que Cristo es la Cabeza y que la iglesia está aquí a fin de dar expresión al beneplácito de Cristo. Así pues, los ancianos deben indagar con respecto a lo que anhela el Señor. Sólo entonces podrán expresar la autoridad de Cristo en las reuniones, y será por medio de estas personas que Dios decidirá avanzar en una determinada dirección o no. Por tanto, todos los hermanos deben aprender a sujetarse a estas personas. Por supuesto, a nadie le gusta ver que se enseñorean de uno. Pero, si bien es cierto que los ancianos no deben enseñorearse de nosotros, a nosotros nos corresponde sujetarnos plenamente a la autoridad establecida por Dios. Desde la eternidad, Dios dispuso dos cosas: la autoridad y la sumisión. Pero muchos creyentes no están dispuestos a someterse a la autoridad. El mundo hoy está lleno de iniquidad, de insumisión. Incluso me temo que el misterio de iniquidad se haya manifestado en la iglesia también. Hoy en día, los padres son criticados libremente por sus hijos, y los esposos se sujetan a la autoridad de sus esposas. Los capataces y los maestros son atacados, sufren oposición y pueden ser elegidos o tachados por los propios estudiantes, y los obreros hacen huelga cuando quieren. Esto se ve cada vez con mayor frecuencia. Es en estos tiempos que los inicuos se manifestarán tal como lo ha anunciado la Biblia. Si no somos cuidadosos y nos negamos a sujetarnos a las autoridades, no estaremos siguiendo a Cristo, sino al anticristo. Si nosotros mismos no somos capaces de sujetarnos a las autoridades, ¿cómo podemos esperar que otros sí lo hagan? Cuando aquellos asalariados de las “presuntas” iglesias vienen a regir sobre nosotros, no podemos sujetarnos a ellos. Pero si Dios ha puesto a una determinada persona en cierta posición y nos ha encomendado sujetarnos a ella, debemos sujetarnos como corresponde. Debemos obedecer a los que velan por nuestras almas, pues desempeñan dicha función como quien ha de dar cuenta de ello (He. 13:17). Por tanto, la sujeción a los ancianos es algo que nadie tiene derecho a subvertir.

CON RESPECTO AL TÍTULO DE ANCIANO Y AL ESTABLECIMIENTO DE LOS MISMOS ENTRE NOSOTROS

Recapitulemos: (1) los ancianos son los que velan por la iglesia, los que vigilan; (2) el cuerpo de ancianos es una entidad plural; y (3) los ancianos son establecidos por los apóstoles o por aquellos que los apóstoles envían con dicho

propósito. Sabemos que hoy no existen apóstoles, ni tampoco hay alguno que haya sido enviado por los apóstoles. ¿Cómo es posible entonces que haya ancianos? Después de haber tomado en cuenta una serie de indagaciones bíblicas por parte de los colaboradores y en el curso de las conversaciones que al respecto sostuvimos en la reunión de hermanos, hemos acordado emitir el siguiente pronunciamiento conforme a la Biblia y a la enseñanza del Espíritu Santo: en la actualidad, debido a que es un hecho que no hay apóstoles, no existe posibilidad de que alguno pueda ser nombrado oficialmente anciano. No podemos conferir a nadie el título de anciano. Si alguien tuviera el título de anciano, tendríamos que preguntarnos: ¿quiénes son los apóstoles que han establecido a dichos ancianos? Sin embargo, no estamos afirmando tampoco que no hay quien desempeñe la labor de un anciano. Aunque no tenemos el título oficial de anciano, podemos encontrar personas en diversas localidades que se asemejan a ancianos y que están llevando a cabo la labor que corresponde a un anciano. Así pues, ellos sirven como ancianos de manera extraoficial. ¿Cómo fue posible que este grupo de hermanos haya sido preparado para realizar la labor que corresponde a un anciano? ¿Quién los ha designado como ancianos “extraoficiales”? Ellos han sido establecidos por apóstoles “extraoficiales”.

Hoy en día, es un hecho que no contamos con apóstoles entre nosotros; sin embargo, hay un grupo de personas que vienen realizando la labor que corresponde a apóstoles, labores tales como predicar el evangelio y establecer iglesias. Ellos son los primeros en reconocer que no pueden igualar a los apóstoles en santidad, poder, victoria y obra. Este grupo de personas está realizando la labor de apóstoles en pequeña escala, quizás sólo una milésima parte. Hoy en día, Dios está operando por medio de este grupo de la misma manera en que Él operó por medio de los apóstoles en los primeros tiempos de la iglesia. Antiguamente, los apóstoles establecían iglesias por doquier; hoy, este grupo de personas establece iglesias por doquier. Admitimos que ellos son muy inferiores a los apóstoles y que no son aptos para ser llamados apóstoles. Incluso así, no podemos negar que vienen realizando el trabajo que corresponde a los apóstoles. Así pues, este grupo de personas son los apóstoles de los cuales Dios se vale durante este tiempo de degradación en la iglesia.

Dios salva a los pecadores y congrega a los creyentes por medio de este grupo de personas. Ellos constituyen el grupo más apropiado para guiar a quienes están bajo su cuidado a respetar a ciertos hermanos que se reúnen con ellos y considerarlos como “ancianos”.

Nosotros simplemente ayudamos a los hermanos a sujetarse a estas personas. Tenemos que ser cuidadosos. Si no somos cuidadosos, fácilmente caeremos en el sistema católico de sucesión apostólica o nos conformaremos a la enseñanza

de la Iglesia Metodista Episcopal, la cual afirma que los obispos poseen autoridad apostólica. El pronunciamiento que hacemos ahora no sólo se ajusta a la enseñanza de las Escrituras, sino que, además, corresponde plenamente a nuestra experiencia. Por ejemplo, el hermano Chu está laborando en Pu-tung y ha salvado a algunos en aquella ciudad. Si él le pidiera al hermano Hwang que fuera a dicha ciudad a fin de nombrar ancianos, el hermano Hwang no sabría cómo realizar tal tarea, pues únicamente el hermano Chu conoce la situación en esa localidad. Él es quien ha estado guiando continuamente a los creyentes y los ha estado alimentando. Únicamente él conoce la condición espiritual de los hermanos de aquella localidad y se preocupa por sus almas. Únicamente él podría guiarlos a sujetarse a aquellos que habrán de actuar como ancianos entre ellos. Al mismo tiempo, el resto de los hermanos deberá aprender a aceptar la autoridad delegada de Dios.

No podemos negarnos a sujetarnos a las autoridades establecidas. Tenemos que pedir a Dios que nos haga humildes. Si no podemos ser un “anciano”, debemos sujetarnos a quienes son “ancianos”. Debemos aprender a ser personas sumisas. Si nuestra carne ha sido sometida profundamente al juicio divino, consideraremos la sumisión como algo muy bueno y muy sencillo, algo muy dulce. Mientras la carne no haya sido juzgada, la iglesia jamás podrá ser una iglesia apropiada. Pero, si los hermanos han sabido subyugar la carne y están dispuestos a sujetarse, no surgirán dificultades. Por tanto, aquellos que realizan la labor de apóstoles deben guiar a los hermanos a reconocer a aquellos que han de ser designados como “ancianos” y también deben ayudar a los santos a sujetarse a estos “ancianos”.

LAS CUALIDADES PROPIAS DE UN ANCIANO

En la Biblia hay pautas muy claras con respecto a las cualidades que deben poseer los ancianos. Ellos deben poseer dominio propio así como saber gobernar bien su propia familia, y tienen que saber cómo relacionarse con los de afuera. Ellos tienen que haber adquirido convicciones firmes con respecto a las verdades divinas y tienen que ser aptos para enseñarlas. A continuación presentamos una lista de las cualidades requeridas:

(1) Poseer dominio propio. ¿Por qué es necesario que uno posea dominio propio? Si uno no es capaz de regir sobre su propio estado de ánimo, no podrá administrar la iglesia de Dios. No hay nada más difícil que subyugar nuestro propio corazón y nuestro espíritu. Si uno no puede sujetarse a la autoridad de Cristo, no podrá hacer que otros se sujeten a la autoridad de Cristo. En 1 Timoteo y en Tito, las palabras concernientes a que un anciano no debe ser una persona que beba en exceso o que golpee a los demás, hacen referencia al

dominio propio que corresponde a un anciano. En pocas palabras, un anciano tiene que ser capaz de ejercer dominio propio.

Además, un anciano tiene que ser esposo de una sola mujer. Todos aquellos que tuvieron concubinas no pueden ser ancianos, porque esto denota que tal persona no puede ejercer dominio propio.

(2) Gobernar bien su propia casa. Si uno no es capaz de gobernar bien su propia familia, no puede administrar la iglesia. Si no es capaz de tener a sus hijos en sujeción, ¿cómo podrá dirigir a los hermanos? El ser anciano es una posición; no es un don. Los maestros, pastores y evangelistas son dones, pero el ser anciano hace referencia a la posición que una persona tiene en la iglesia. Por tanto, tal persona tiene que ser capaz y experimentada. Su hogar es un pequeño laboratorio. Si él no puede hacer que su esposa y sus hijos se sujeten a él en el hogar, y si tampoco sabe cómo ser un buen esposo o un buen padre, no podrá ser un buen anciano en la iglesia. Al encargarle su propia esposa e hijos, Dios lo pone a prueba para ver si es capaz de relacionarse apropiadamente con los hermanos y hermanas.

Al mismo tiempo, para ponernos a prueba, Dios también se vale de nuestro trabajo y todo lo relativo a nuestro centro de labores, ya sea éste una oficina, una escuela o un hospital. Si una persona es eficiente en sus negocios, en la administración de una escuela, en la manera en que se conduce en la oficina o en dirigir a sus hijos y a sus subalternos, podrá administrar bien la iglesia. Si una persona no puede administrar tales cosas, no le será posible administrar la iglesia de Dios apropiadamente.

(3) Tener un buen testimonio delante de los demás. Un anciano representa a la iglesia. A veces un anciano tendrá que tratar con los de afuera en representación de la asamblea. Si no tiene buen testimonio, la iglesia será difamada. Cuando una persona tiene mala reputación pública, no necesariamente significa que sea una persona mala. Sin embargo, si uno posee buena reputación, ciertamente esto habla bien de ella. Por tanto, la buena reputación de una persona es muy importante, mientras que la mala reputación de alguien no reviste mucha importancia necesariamente. En este mundo, los hombres tienen la tendencia a hablar en contra de los demás y son pocos los que hablan bien de otros. Entre los chinos se dice que quienes están sometidos al escrutinio público, están a merced de “diez ojos y diez dedos”. Son muy pocos los que hablan bien de los demás. La mayoría de las personas tiende a dañar la reputación de otros. Si una persona encuentra algo bueno respecto de otra y hace buenos comentarios acerca de ella, ciertamente la persona de la cual se habla debe tener ciertas virtudes. Si un hijo de “Adán”, que es por naturaleza codicioso, egoísta e

inmundo, considera a un cristiano un buen hombre, seguramente este cristiano debe de ser una buena persona.

(4) Poseer convicciones firmes con respecto a las verdades divinas. Puesto que la labor de un anciano se vincula con la iglesia y no con una organización de este mundo, es necesario que éste posea convicciones firmes con respecto a las verdades divinas. Para realizar tareas de otra índole, no es indispensable poseer una buena reputación, ni poseer convicciones firmes con respecto a las verdades divinas, ni tampoco es necesario ser aptos para enseñar la Biblia. Pero un anciano tiene que ser apto para enseñar a los hermanos y hermanas. Un anciano es un guardián de la iglesia. Por ejemplo, ¿qué sucede cuando todos los hermanos quieren predicar? Los ancianos tienen que determinar con ponderación quién debe dar algún mensaje y quién no debe hacerlo. Ellos tendrán que distinguir quiénes son frívolos, quiénes son dignos de censura y quiénes son ineptos. Ellos deben tener la capacidad tanto de alentar a los hermanos como de desalentarlos. Si ellos mismos no poseen convicciones firmes y claras en cuanto a la verdad, pensarán que todos los hermanos son igualmente buenos y que todos pueden predicar. De ser así, ellos carecerán del discernimiento adecuado.

Al mismo tiempo, un anciano tiene que ser capaz de discernir y juzgar. Tiene que ser capaz de juzgar qué clase de enseñanzas deben ser presentadas a la iglesia y qué clase de enseñanzas deben ser rechazadas. Si los ancianos hacen esto, evitarán que los hermanos sean confundidos por los mensajes que reciben. (Para una descripción detallada de las cualidades aquí mencionadas, véase 1 Timoteo 3 y Tito 1.)

LAS RESPONSABILIDADES DE LOS ANCIANOS

(1) Los ancianos son los que velan por la iglesia. La Biblia llama al anciano uno “que vigila”. El que vigila lleva a cabo su labor al observar desde una posición elevada. Su labor consiste específicamente en detectar los peligros que se ciernen sobre la congregación y en percatarse por anticipado de los peligros que pudiesen sobrevenir sobre algún hermano individualmente o sobre la asamblea en su totalidad. Entre nosotros, hay muchos hermanos y hermanas; y cuando ellos se relacionan entre sí, es difícil evitar una serie de problemas, superar ciertas debilidades o flaquezas, permanecer libres de todo pecado, discordia y deshonestidad, pagar sus deudas, estar libres de desgracias y evitar todo escándalo con los de afuera. Cuando surgen estas cosas, los hermanos responsables o aquellos que realizan la labor de ancianos deberán intervenir y encargarse de tales asuntos. Ellos no deben permitir que levadura alguna sea añadida a la asamblea. Estos ancianos extraoficiales tienen que encargarse de todos estos asuntos turbios que pueden surgir entre los hermanos. Ésta es su

responsabilidad. Los ancianos deben ir a las casas de los creyentes a fin de indagar acerca de estos asuntos y tomar las medidas correspondientes. Cuando ellos vengan a nuestra casa, debemos acatar sus decisiones, pues son las decisiones del Señor; la autoridad de ellos es la autoridad del Señor.

La autoridad que asume la Iglesia Católica es excesiva. El error de ellos estriba en sus prácticas externas. Sin embargo, en cuanto a la realidad intrínseca, sus propuestas son esencialmente correctas. El problema es que ellos carecen de dicha realidad intrínseca y sólo poseen la forma externa. Pero si ellos poseyeran la realidad intrínseca, estarían en lo correcto. Ellos poseerían la autoridad apropiada si, al ejercer autoridad, estuviesen unidos a la debida fuente.

(2) Los ancianos expresan sus opiniones y emiten una serie de juicios acerca de diversos asuntos. Únicamente los ancianos pueden expresar su opinión con respecto a ciertos asuntos. Ningún hermano puede hablar a su antojo en las reuniones para expresar sus opiniones con respecto a lo que se debe creer o lo que no se debe creer. Cualquiera que lo haga estará subvirtiendo la autoridad de los ancianos. Por tanto, únicamente los ancianos tienen autoridad para juzgar, hacer declaraciones o anuncios dirigidos al público en general y emitir pronunciamientos con respecto a disputas en torno a las verdades bíblicas; ciertamente esta labor no le corresponde al común de los hermanos. Un hermano cualquiera sólo puede hablar en nombre de sí mismo, pero un anciano puede hablar en nombre de la iglesia. Esto es así debido a que este anciano está sujeto a la Cabeza y habla en representación de la iglesia. Esto se relaciona con el orden establecido en la iglesia.

(3) Los ancianos se encargan de las reuniones y de los asuntos relacionados con las hermanas. En la Biblia, únicamente vemos hermanos como ancianos; no vemos que las hermanas sean ancianos. La posición que Dios ha asignado a las hermanas es de sujeción a otros; ellas no están en posición de regir sobre otros. Dios no permite que las mujeres administren la iglesia. En la Biblia, hay diáconos y diaconisas, pero no hay ancianos que sean mujeres. Esto nos muestra que al encargarnos de los asuntos de la iglesia, es voluntad de Dios que el hombre sea cabeza de la mujer. Por tanto, las hermanas deben aprender a sujetarse por la gracia de Dios. Si entre las hermanas algunas pueden servir, ellas podrán realizar la labor que corresponde a dicho servicio. Pero si en algo hay que tomar una decisión, las decisiones tienen que ser tomadas por quienes asumen la responsabilidad de ser ancianos. Por ejemplo, si algunas hermanas desean bautizarse o ser recibidas en la reunión de la mesa del Señor, las otras hermanas pueden testificar en su favor, pero la decisión final corresponde a los ancianos. Es posible que algunas hermanas posean dones y sean muy respetadas por los otros hermanos y hermanas, pero en la Biblia se le da más importancia a la posición y a la autoridad que a los dones, y tiene más importancia lo relativo a

la verdad divina que lo relacionado con las capacidades o habilidades que alguien pudiera tener. Supongamos que las hermanas quisieran tener una reunión para hermanas los sábados a las 4:30 p.m. Las hermanas pueden expresar su opinión ante los hermanos responsables y consultar con ellos. Si los hermanos piensan que es apropiado establecer tal reunión, ellos no impedirán que se lleve a cabo y permitirán que las hermanas se reúnan así. Entonces, cuando las hermanas celebren esta reunión, no estarán actuando independientemente sino que lo harán apropiadamente y en unidad. Esto muestra que sus reuniones no son reuniones privadas, sino reuniones de la iglesia.

¿Por qué las hermanas tienen que seguir este procedimiento? El motivo para ello es que las hermanas tienen la tendencia a ser emotivas y son engañadas fácilmente. Los ancianos cumplen la función de proteger a las hermanas. Si todo lo relativo a la iglesia es decidido por los hermanos, las hermanas estarán protegidas y resguardadas al estar cubiertas en su posición, con lo cual se evitarán muchos problemas.

En realidad, todos los problemas que surgen entre nosotros son problemas colectivos, o sea, ninguno de ellos es el problema de un individuo solamente. Los ancianos tienen la responsabilidad de velar por los asuntos relacionados con las hermanas. Al mismo tiempo que las hermanas están firmemente apoyadas en el terreno de la sumisión al sujetarse a la autoridad de Cristo, los ancianos no deben rehuir la responsabilidad que les corresponde por temor a ofender a las hermanas o por no despertar sospechas. Por supuesto, la autoridad de los ancianos tiene ciertos límites. Pero no debemos olvidar que Barac fue a la batalla delante de Débora y cubrió la cabeza de ella (véase Jueces 4:4-7).

(4) Los ancianos se hacen cargo de todo asunto relativo a las reuniones y a la predicación. Los ancianos deben ejercer control sobre los errores que puedan surgir en la iglesia y deben prohibirlos. Por ejemplo, en una reunión puede ser que algunos hermanos se pongan de pie y digan palabras impropias. Sucede que quienes carecen del don de la enseñanza gustan de hablar muchas veces, hasta el punto de parecer adictos a predicar. Mientras que, por otro lado, los que tienen tal don no gustan de hablar y prefieren pasar inadvertidos. Por tanto, cuando los ancianos noten que personas que no son las más apropiadas para conducir un estudio bíblico o para predicar procuran hacer justamente estas cosas, deberán detenerlos. Si algunos hermanos oran, predicán o dan los anuncios de manera inapropiada, los ancianos deberán hacerles notar esto después de la reunión, explicándoles sus errores y prohibiéndoles hacer cosas parecidas nuevamente. Si los ancianos no hacen esto, estos hermanos continuarán manifestando tal comportamiento. Quizás ustedes piensen que deben ser pacientes con estas personas, pero los más débiles no podrán soportar

a los tales. Por eso, ustedes tienen que asumir la responsabilidad de hablar con estas personas.

Les ruego comprendan que entre nosotros no existe una organización estricta. De hecho, incluso cuando creyentes que todavía no han dejado las denominaciones piden ser admitidos en nuestras reuniones, nosotros los recibimos con los brazos abiertos, pues nuestra puerta está abierta de par en par. Todos los que están en las denominaciones y que son salvos pueden partir el pan con nosotros. Supongamos que algunos de ellos, después de haber partido el pan con nosotros, deliberadamente intentan convencer a algunos de nuestros hermanos y hermanas a unírseles en sus estudios bíblicos en sus hogares, o supongamos que ellos consiguen reunir a varios hermanos y hermanas que vienen reuniéndose con nosotros y hacen que presten oído a sus propias doctrinas. Cuando algo así sucede, es posible que causen división en la iglesia por medio de sus palabras. Toda vez que algo así suceda, cualquier hermano o hermana deberá informar de ello a los ancianos. Por ello, tenemos que esperar que los hermanos responsables anuncien que determinadas personas celebrarán reuniones en sus casas antes de poder asistir a dichas reuniones. De otro modo, tales reuniones en los hogares no debieran celebrarse. Esto no quiere decir que no tengamos libre albedrío. Pero tenemos que sujetarnos a la autoridad y control divinos y saber disfrutar de la libertad que se halla en el ámbito de las limitaciones impuestas a nuestras reuniones. Nuestra familiaridad con ciertas personas frecuentemente hace que al conversar con ellas se permita alguna levadura y, a veces, hasta se forma una división, la cual pone en peligro a toda la masa. Por tanto, los hermanos deben estar atentos a estos asuntos, aprender a sujetarse a la autoridad y no hacer cosas que los ancianos no hayan aprobado.

(5) Los ancianos son los que toman las decisiones con respecto a las reuniones del día del Señor y sólo ellos pueden emitir cartas de recomendación. Ellos son los que deciden si la reunión del día del Señor debe celebrarse en la mañana o en la tarde. Redactar cartas de recomendación es también algo que no cualquier hermano puede realizar. En ciertas ocasiones, tal vez usted escriba una carta recomendando a cierto hermano a los hermanos de otra localidad. Sin embargo, únicamente cartas escritas por los ancianos pueden representar a la iglesia. Esto muestra, una vez más, que los ancianos representan a la totalidad de la iglesia. Ellos son responsables de velar por la iglesia y resguardarla de todo problema. Por tanto, los ancianos tienen que aprender a servir apropiadamente y a ejercer apropiadamente su autoridad, mientras que, por otro lado, los hermanos en general tienen que aprender a sujetarse.

(6) Los ancianos son un ejemplo para los demás. Después que los ancianos han sido designados y reconocidos como tales, deben ser respetados por los

hermanos. A la vez, los ancianos deben asumir su responsabilidad con temor y temblor. Ellos deben considerarse a sí mismos como personas que no poseen autoridad. La Biblia nos presenta los dos aspectos de esta verdad de una forma maravillosa. Para los hermanos y hermanas, los ancianos representan la autoridad de Dios y todos deben sujetarse a ellos. Pero los propios ancianos, en sí mismos, no poseen autoridad alguna. Después de haber escuchado acerca de la autoridad de los ancianos, ¿no tememos acaso que los ancianos puedan abusar de su autoridad? ¿Qué pasaría si ellos comenzaran a enseñorearse de nosotros? Sin embargo, Dios les dice a los ancianos: “Por tanto exhorto a los ancianos que están entre vosotros ... pastoread el rebaño de Dios que está entre vosotros, velando sobre él, no por fuerza, sino voluntariamente, según Dios ... no como teniendo señorío sobre lo que se os ha asignado, sino siendo ejemplos del rebaño” (1 P. 5:1-3). Los ancianos no poseen autoridad alguna en sí mismos, sino que están investidos de la autoridad de Dios. Si usted está en Cristo, comprende el corazón de Dios y es capaz de transmitir a otros lo que está en el corazón de Dios, entonces usted es una verdadera autoridad. Así pues, los ancianos no deben enseñorearse del rebaño, sino que deben asegurarse de estar sujetos a la autoridad de Dios y ser un ejemplo para el resto del rebaño. Sólo entonces podrán manifestar su autoridad ante los hermanos y hermanas. Por un lado, los hermanos deben sujetarse a la autoridad de Cristo, la cual está representada por los ancianos. Por otro, los propios ancianos deben darse cuenta de que en sí mismos ellos no poseen autoridad alguna y que son simplemente ejemplos para los demás. (Con respecto a la autoridad conferida a los ancianos, véase los libros de 1 Timoteo, Tito y el capítulo veinte de Hechos.)

(7) En cuanto a acusaciones hechas en contra de los ancianos. En 1 Timoteo se nos dice: “Contra un anciano no admitas acusación si no está apoyada por dos o tres testigos” (5:19). Al respecto, debemos tomar en cuenta dos cosas. Primero, tiene que existir una acusación por escrito. Acusaciones verbales no deben ser tomadas en cuenta, pues muchas veces las palabras dichas por alguien son infundadas y pueden ser fácilmente negadas o cambiadas. Segundo, tiene que haber dos o tres testigos; el testimonio de una sola persona no es digno de confianza. En la Biblia, se requiere la palabra de dos o tres testigos para que estas palabras constituyan un testimonio. Además, son los apóstoles mismos y aquellos a quienes ellos han designado específicamente, quienes deberán estar encargados de evaluar tales acusaciones. Quisiera hacerles notar nuevamente que, puesto que no hay apóstoles oficiales hoy en día, tampoco contamos con ancianos oficiales. Apenas existe un grupo de personas que vienen realizando la labor que hacían los apóstoles al principio. Puesto que estas personas están encargadas de designar a los ancianos, ellas también están a cargo de tomar medidas con respecto a ciertos ancianos.

LA RELACIÓN QUE EXISTE ENTRE UN ANCIANO Y LOS ANCIANOS DE OTRAS LOCALIDADES

Los dones de Dios trascienden las fronteras de la localidad, pero la posición que uno ocupe en una determinada localidad está estrictamente vinculada a dicha localidad. Los dones de Dios, tales como los evangelistas, los pastores y maestros, pueden ejercer sus funciones en cualquier lugar, pues estos dones son dados por Dios a toda la iglesia (Efesios 4) y son útiles para todas las asambleas locales. Ninguno de estos obreros puede ejercer dominio sobre ninguna congregación en particular, tal como lo hacen hoy en día los pastores de las denominaciones. En la Biblia no encontramos tal cosa. Si usted puede contribuir a la edificación de los creyentes de Shanghai, también podrá contribuir a la edificación de los creyentes en el norte de Jianguo. Si usted es un maestro, podrá enseñar la Biblia en Shanghai así como en el norte de Jianguo, en Nankín o en Jinan. Su aptitud para enseñar no se perderá por el hecho de que usted se haya mudado a otro lugar. Si usted es un evangelista, puede predicar el evangelio en Shanghai así como puede hacerlo en el norte de Jianguo, en Nankín o en Tianjin. Si usted no puede predicar el evangelio en Shanghai, tampoco podrá hacerlo en otros lugares. Es imposible que haya una persona que no pueda laborar en un determinado lugar, pero que sí pueda hacerlo en otro lugar. Tal capacidad no depende del conocimiento que haya adquirido una persona, sino que estriba completamente en si esta persona ha sido designada por Dios como un don. Si usted posee cierto don, podrá salvar y ayudar a los demás, independientemente del conocimiento que usted haya adquirido. En realidad, la cantidad de conocimiento que usted adquiera no determinará si usted es un don o no. ¿Qué es un don? Un don no es sino la capacidad dada por Dios al Cuerpo de Cristo por medio de Cristo, la Cabeza. Esta capacidad no varía. A manera de ilustración, me gustaría darles un ejemplo. Supongamos que en Shanghai tenemos un hermano que es albañil. Aun cuando él se mude a Nankín, seguirá siendo un albañil. Supongamos que una persona es un sastre muy hábil en confeccionar trajes. Ya sea que esté en Shanghai o en Pekín, esta persona todavía conserva su capacidad para confeccionar buenos trajes. Asimismo, las circunstancias no alterarán ningún don.

Pero esto no se aplica a los ancianos. Ser anciano es por completo un asunto relativo a la localidad. El que es anciano en Shanghai no sigue siendo anciano en Nankín. A causa de las diferencias que existen entre las diferentes asambleas locales con respecto a su condición espiritual, su pasado, sus circunstancias particulares, su nivel educativo y sus costumbres, un hermano puede ser anciano en Shanghai pero tal vez no pueda servir como anciano en el norte de Jianguo. Es posible que un hermano pueda ser anciano en una aldea, mas no en una ciudad. Éste es un asunto íntimamente relacionado con la localidad. Según

la Biblia, los dones pueden desempeñar su función en toda la iglesia, mientras que los ancianos sólo ejercen su función en el ámbito de la iglesia local. Por tanto, aquellos que poseen dones no debieran permanecer en un solo lugar todo el tiempo, sino que deben ir a diversos lugares y distribuir sus dones a los demás. En cambio, un anciano debe asumir responsabilidades todo el tiempo en su propia localidad. Consideremos el ejemplo del albañil nuevamente. Supongamos que usted es capataz de muchos albañiles en Shanghai. Si usted se muda a la ciudad de Nankín, usted seguirá siendo albañil de oficio, pero quizás ya no podrá ser capataz. Usted posee la capacidad de hacer labores de albañilería y esa capacidad permanece con usted aún cuando se haya mudado a Nankín. Pero ser capataz es simplemente una posición; y cuando usted se mude a Nankín, ya no tendrá la posición de capataz. Del mismo modo, la Biblia distingue entre desempeñar un cargo y tener un don. Un cargo y una posición existen en función de la iglesia local, mientras que un don no es dado a una sola iglesia local. Sin embargo, hay un error que se comete muy fácilmente, a saber, que cuando un anciano en una determinada localidad se muda a otra localidad, impone sus opiniones en esa otra localidad también. Esto es incorrecto. No debemos pensar que solamente porque las cosas son hechas de un modo en el norte de Jiangsu, debemos hacer las cosas del mismo modo en Shanghai. Es posible que el nivel educativo y los medios de comunicación, por mencionar algunos, no sean los mismos en el norte de Jiangsu que en Shanghai. Así que, no podemos aplicar el mismo método en dos lugares distintos. Sin embargo, con los dones ocurre algo diferente; si usted es un don en el norte de Jiangsu, también lo será en Shanghai.

PREGUNTAS

Pregunta: Si anunciamos que entre nosotros hay algunos ancianos extraoficiales, los que están en las denominaciones nos dirán que nos hemos convertido en otra denominación debido a que hemos introducido tal práctica. ¿Cómo debemos responderles?

Respuesta: En primer lugar, permítanme preguntarles: ¿qué abandonaron cuando dejaron las denominaciones? Si ustedes mismos no saben qué es lo que han dejado atrás, entonces se convertirán en otra denominación. Según mi entendimiento personal, cuando dejamos las denominaciones, abandonamos dos cosas: (1) abandonamos toda división, tal como las diversas denominaciones que toman diferentes nombres, y (2) principalmente abandonamos el sistema de pastores. ¿En qué consiste el sistema pastoral? Este sistema consiste en introducir en el cristianismo una clase mediadora, tal como la clase sacerdotal del judaísmo. Tanto el catolicismo como el protestantismo han hecho esto.

En los países presuntamente cristianos, los católicos han introducido las enseñanzas del judaísmo. En el judaísmo, se tenía una clase sacerdotal. El cuerpo de sacerdotes actuaba como una clase mediadora. Si un judío común y corriente quería ver a Dios, tenía que hacerlo por medio de los sacerdotes, pues simplemente no tenía forma de ir directamente a Dios. El libro de Jueces nos cuenta de cierto hombre del monte de Efraín llamado Micaía, quien se hizo un efod e invitó a un levita a ser sacerdote sobre su casa (17:1-13). Éste es un ejemplo muy claro. ¿Qué es el judaísmo? El judaísmo consiste en impedir que las personas adoren a Dios directamente. Entre Dios y el hombre, era necesario que hubiera una clase mediadora de sacerdotes. Los israelitas, pues, tenían que acudir a los sacerdotes para poder ver a Dios. Lo mismo sucede en el catolicismo. Dios está en un lado, y el hombre en el otro; no existe comunión directa entre ellos, sino que los sacerdotes sirven de mediadores. En la Iglesia Católica, cada vez que se celebra una misa, un sacerdote tiene que estar presente. Cada vez que se predica algo, los sacerdotes asumen la responsabilidad de hacerlo, y cada vez que se elevan oraciones, los sacerdotes son los encargados de hacer el trabajo. De este modo, los hombres han sido llevados de regreso a la situación que imperaba en el Antiguo Testamento.

El protestantismo se divide en iglesias estatales e iglesias privadas. La Iglesia Anglicana de Inglaterra es un claro ejemplo de una iglesia estatal. En la Iglesia Anglicana se tiene a los clérigos y a los laicos. Los obispos, los arzobispos y los diáconos son todos ellos llamados sacerdotes, exactamente igual que en el catolicismo. El efecto de esto también ha sido el mismo, es decir, introducir el judaísmo. Dios está en la cima, mientras que el pueblo, los así llamados laicos, están abajo. En medio se encuentra el clero, quienes se hacen llamar sacerdotes. Los laicos pueden acercarse a Dios únicamente por medio de la clase sacerdotal, la cual monopoliza todo lo relacionado con los asuntos espirituales.

Entre las iglesias privadas surgidas en el protestantismo (iglesias como la Metodista y la Episcopal), también existe una clase mediadora. Dios está en la cima, mientras que los miembros de la iglesia están abajo; y en medio se encuentran los pastores. Los pastores, pues, constituyen una clase mediadora, que reemplaza a los creyentes y monopoliza todo asunto espiritual perteneciente a los miembros. Por ejemplo, son los pastores los que administran la santa comunión, el bautismo y la predicación. Al hacer esto ellos procuran llenar todas las necesidades espirituales de los miembros de sus congregaciones y, así, se convierten en intermediarios entre Dios y el hombre. Desde los inicios del judaísmo hasta el día de hoy, y en esto se incluyen todas las denominaciones protestantes, Dios siempre ha sido confinado a la cima, mientras que el hombre ha estado abajo, y en medio siempre ha habido una clase mediadora. Si bien los nombres pueden haber cambiado, en esencia, nada ha cambiado.

¿Es acaso esto lo que vemos en el Nuevo Testamento? Pedro afirmó que nosotros somos real sacerdocio (1 P. 2:9). En Apocalipsis, Juan también afirmó que todo cristiano es un sacerdote (1:6). Por tanto, no es necesario que ningún hombre se erija como intermediario entre nosotros y Dios. En otras palabras, todos somos “pastores” y “sacerdotes”. En Hebreos 10 se nos dice que tenemos firme confianza para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesús, entrada que Él inauguró para nosotros como camino nuevo y vivo (vs. 19-20). Así pues, intermediarios como los que existen en el judaísmo, el catolicismo o el protestantismo, no son necesarios para que nos acerquemos a Dios. Hoy en día nosotros no somos como los sumos sacerdotes del Antiguo Testamento, que sólo podían entrar al Lugar Santísimo una vez al año, sino que podemos acercarnos a Dios diariamente por medio de la sangre del Señor. Todos y cada uno de nosotros somos sacerdotes y, como tales, podemos comunicarnos con Dios llenos de confianza todo el tiempo. ¿Qué es, entonces, el cristianismo? ¿En qué consiste el nuevo pacto? Consiste en anular la clase mediadora. Ahora, todos y cada uno de los creyentes somos responsables directamente ante Dios. Jamás debiéramos considerar que alguno de los obreros entre nosotros pertenece a una especie de clase mediadora como la que existe en las iglesias privadas. Entre nosotros no existe tal cosa. Todos nosotros podemos acercarnos a Dios. Los obreros no ocupan posición alguna en la iglesia; Dios se relaciona directamente con la iglesia. Por tanto, dejar las denominaciones es dejar atrás dos cosas: (1) las divisiones y (2) el sistema pastoral.

En cierta ocasión un occidental me preguntó por qué estoy en contra de los pastores. Le respondí que no estoy en contra de los pastores, sino en contra del “sistema pastoral”. Si alguno tiene el don de pastorear, esto es algo que nosotros valoramos. Pero ya sea que alguno tenga o no tenga el don de pastor, no debiéramos hacer de él un sacerdote y, encubiertamente, introducir así un sistema de sacerdotes mediadores. Aun si alguno de nosotros tiene el don de pastorear, no debemos considerarlo como nuestro sacerdote o mediador.

Me temo que algunos hermanos dejen las denominaciones pensando que al hacerlo se verán libres de todo control humano. Ellos quizás creen que, debido a que han dejado las denominaciones, ahora pueden permitirse toda clase de libertades y hacer lo que quieran. Si usted es esta clase de persona, tengo que dirigirme a usted de otra manera: usted no es una persona que ha dejado las denominaciones, sino que ha dejado la iglesia. En realidad, no es que usted haya querido ser libre de toda denominación, sino, más bien, de toda autoridad. Nosotros, en cambio, hemos dejado las denominaciones porque queremos abandonar todas las divisiones y toda clase de sistema pastoral. El propósito de esto no es que nosotros lleguemos a ser creyentes individuales aislados. En lugar de ello, entre nosotros rige la autoridad conforme a lo dispuesto por Dios. Por

tanto, sujetarse a los hombres es sujetarse a la autoridad de Dios, y sujetarse a los hermanos es sujetarse a la autoridad de Dios.

En el Evangelio de Lucas consta que el Señor Jesús dijo: “¿No sabíais que en los asuntos de Mi Padre me es necesario estar?” (2:49). Él tenía que ocuparse de los asuntos del Padre pero, al mismo tiempo, Él retornó a casa con Sus padres. En esto consistía la sumisión manifestada por el Señor Jesús. Si nosotros hubiésemos estado en su lugar, probablemente no habríamos actuado así. Es decir, si nosotros hubiésemos podido afirmar que teníamos que estar en los asuntos del Padre, seguramente no habríamos retornado a casa con nuestros padres. Sin embargo, esto sólo hubiese puesto de manifiesto nuestra desobediencia. Estar en los asuntos del Padre incluye estar bajo la autoridad del Padre, lo cual también incluye sujetarse a la autoridad de Dios investida en los padres. Por tanto, cuando nos sujetamos a los hombres, nos sujetamos a la autoridad. No debemos pensar que por haber dejado las denominaciones ahora podemos ser personas libres e insumisas, y que ya nadie puede regir sobre nosotros. Si pensamos de este modo, somos las personas más inicuas de este mundo y llegamos a ser peores que quienes no han dejado las denominaciones, pues estas personas todavía están bajo la autoridad del hombre, aunque carezcan de lo dispuesto por Dios en cuanto a la autoridad. Pero hay quienes ni siquiera se sujetan a la autoridad de Dios. Es cierto que en la Biblia no existen las denominaciones, pero sí se menciona a los ancianos. Nosotros renunciamos a toda denominación, lo cual no aparece en la Biblia; pero no renunciamos a tener ancianos, los cuales sí constan en la Biblia. Aunque las denominaciones tengan ancianos, no debiéramos decir que renunciamos a tener ancianos conforme a las Escrituras debido a que hemos dejado las denominaciones. Ciertamente hay hermanos en las denominaciones; no por ello podríamos decir que renunciamos a tener hermanos simplemente porque hemos dejado las denominaciones.

Pregunta: Los ancianos, ¿son designados por Dios?

Respuesta: En Hechos 20 se afirma claramente que el Espíritu Santo puso a ciertas personas como aquellos que velan por el rebaño. Por tanto, los ancianos son designados por Dios. Lo que los apóstoles hicieron no fue sino dar expresión a las intenciones del propio Espíritu Santo.

Pregunta: ¿Cómo es que los ancianos deben ser sustentados? ¿Los ancianos deben ser sustentados del mismo modo en que los obreros son sustentados?

Respuesta: Al respecto, no hay ninguna diferencia entre los dos. En la Biblia no se registra el caso de ningún obrero que renuncie a su salario para pasar a formar parte de una clase especial de personas que recibe sustento. Si bien

Pedro renunció a su oficio de pescador, Pablo siguió desempeñando el oficio de fabricante de tiendas. Así pues, no hay diferencia alguna entre un obrero que desempeña un oficio y un obrero que no lo hace, pues no es que ellos pertenezcan a dos clases distintas. Si un anciano posee una serie de dones y está tan ocupado en los asuntos de la iglesia que no tiene tiempo para desempeñar un oficio, dicha persona merece doble honra de parte de los hermanos. Pero si un anciano no está tan ocupado, puede muy bien desempeñar un oficio para ganar su sustento y, al mismo tiempo, encargarse de los asuntos de la iglesia. Esto no solamente es cierto con respecto a los ancianos, sino también con respecto a los obreros en general. Aquellos que poseen ciertos dones pueden muy bien tener un empleo y, al mismo tiempo, desempeñar su labor en la iglesia, siempre y cuando su empleo no interfiera con su labor en la iglesia. Yo también espero poder realizar mi labor en la iglesia al mismo tiempo que conservo mi empleo. No digo esto porque sea pobre y no tenga qué comer. Vivir por fe no es algo que nos haga más santos que los demás. Aun así, algunos consideran que vivir por fe es algo extraordinario que sólo las personas extraordinariamente espirituales pueden realizar. El motivo por el cual los cristianos le dan excesiva importancia a quienes viven por fe, es que la fe de los cristianos se ha degradado. En realidad, este asunto no tiene nada de extraño. La iglesia primitiva no consideraba que este asunto tuviese algo de extraño. En realidad, todos los creyentes debieran tener tal fe, y todo aquel que desempeña algún oficio debe vivir por fe. Frecuentemente he tenido el pensamiento de que aquellos hermanos que emprenden negocios tienen más fe que yo. Si ellos no tuvieran fe, ¿cómo podrían abrir un negocio, invertir un capital y hacer los pedidos de mercadería? ¿Cómo saben que la gente comprará sus productos?

En la Biblia, los ancianos son hermanos, los que manifiestan ciertos dones son hermanos, y todos aquellos que no han manifestado algún don también son hermanos. Entre nosotros, por ser todos hermanos, sólo podemos hacer distinciones entre diversos dones y posiciones; jamás debemos hacer diferencia entre aquellos que tienen empleo y los que no lo tienen. Hacer tal clase de distinciones es introducir en la iglesia algo que corresponde a las denominaciones. Aquellos que tienen tal concepto se han olvidado que Pablo confeccionaba tiendas. Por este motivo, nosotros debemos erradicar completamente este concepto. Si un pastor de una denominación, por un lado, sirve como pastor y, por otro, tiene un empleo, provocará malentendidos por parte de los demás. Pero entre nosotros no debiera siquiera existir tal concepto. Esta clase de concepto es un veneno dejado por el sistema pastoral de las denominaciones.

La Iglesia Católica afirma que después que una persona ha sido ordenada como sacerdote, se convierte en una persona santa. Ellos afirman que tal persona tendrá en ella una marca imborrable, la cual le hará diferente de las demás

personas comunes y ordinarias. Pero el catolicismo ha olvidado que el apóstol Pablo continuaba ejerciendo su oficio como fabricante de tiendas. Nosotros, los obreros, ciertamente podemos dejar nuestros empleos cuando estemos muy ocupados con los asuntos de la iglesia, y retornar a los mismos cuando tengamos tiempo. No hay nada de malo en hacer esto.

Pregunta: ¿Es permitido que un evangelista abra una escuela por cuenta propia?

Respuesta: Sí. Una persona puede iniciar un negocio o abrir una escuela por cuenta propia. Es probable que Pablo haya abierto un negocio de fabricación de tiendas. Pero él no involucró a todos los creyentes de Éfeso en el negocio de hacer tiendas.

No es correcto que una iglesia administre una escuela, un hospital o una fábrica de bizcochos. Es permisible que algunos hermanos se unan a fin de abrir una escuela, un hospital o una fábrica de bizcochos; pero es un gran error administrar una escuela bajo el nombre del salón de reuniones en la calle Haroon. No tiene nada de malo que algunos hermanos juntos abran una escuela.

Pregunta: ¿Es verdad que en toda la Biblia, los pastores sólo son mencionados en Efesios 4?

Respuesta: Sí, esto es verdad. El término “pastor” (tal como se usa en la iglesia) sólo se menciona en Efesios 4. [Nota del editor: esta afirmación está basada en la lectura de la Versión Unión de la Biblia en el idioma chino.] Pastorear es un don, cuya finalidad es la edificación de toda la iglesia; es un don que Dios ha concedido a toda la iglesia. Por otro lado, los ancianos son designados por los apóstoles con la finalidad de que ellos administren una iglesia local (conocida en las denominaciones como congregaciones). Sin embargo, los apóstoles no pueden designar dones; ellos jamás podrían designar profetas, evangelistas o pastores y maestros, pues éstos son dones dados por Dios. Supongamos que yo fuese el dueño de una empresa constructora. Yo puedo designar capataces y asistentes de capataz, porque éstos son cargos que una persona puede desempeñar, pero no podría designar albañiles, porque una persona podría no saber cómo realizar labores de albañilería. Por tanto, un apóstol únicamente puede designar a quienes han de asumir algún cargo, en este caso, a quienes han de asumir la posición de anciano; pero un apóstol no puede designar dones, tales como profetas, evangelistas o pastores y maestros, porque todo lo relativo a los dones se halla por completo en las manos de Dios. Es Dios quien designa los dones y es Dios quien da dichos dones a la iglesia. Nadie puede usurpar tales dones ni tampoco podría pelear por obtenerlos. Si usted conoce a alguien que

tiene el don de la predicación y usted quiere hacer lo mismo, no es posible. Esto es así porque en 1 Corintios 12 dice que los dones no son algo que los hombres puedan designar u otorgar, ni tampoco que puedan ser obtenidos en conformidad con la voluntad del hombre, sino que ellos son repartidos a cada uno en particular según la voluntad del Espíritu (v. 11). El pastoreo es un don del Espíritu Santo, y Dios lo otorga a la iglesia por medio del Espíritu. Si conocemos a alguien que manifiesta el don de pastorear, ciertamente lo apreciamos. Pero nosotros no podemos designar a cierta persona como pastor, del mismo modo que tampoco podemos designar a cierta persona como albañil. No debemos hacer que los pastores se conviertan en sacerdotes, es decir, en una clase mediadora. Nosotros ciertamente nos oponemos a cualquiera que haga esto. Pero esto no quiere decir que estemos en contra de los pastores en el sentido en que los menciona la Biblia. Nosotros estamos en contra del “sistema pastoral” que perdura en las denominaciones. Por ello tenemos que tener sumo cuidado de no introducir en nuestro medio los inventos de las denominaciones.

Pregunta: ¿Podrían los ancianos ser elegidos por los creyentes?

Respuesta: No. Los ancianos no pueden ser elegidos, pues ellos son designados por los apóstoles. Actualmente, los ancianos son nombrados por quienes vienen realizando la labor que corresponde a los apóstoles. En la Biblia jamás se menciona el método de las elecciones. En el libro de Hechos se usa una sola vez la palabra “encargar”, al referirse al nombramiento de los siete primeros diáconos (6:3). De hecho, estos diáconos primero fueron puestos a prueba por los apóstoles, y sólo entonces fueron nombrados como tales.

Pregunta: En las denominaciones hay muchos pastores, ¿es posible que ni siquiera haya uno de entre ellos que sea un verdadero pastor?

Respuesta: En lo que concierne a ordenar pastores, ningún pastor ordenado como tal por los hombres es un verdadero pastor. En lo que concierne a los dones, es posible que entre aquellos que han sido ordenados por los hombres haya algunos que manifiesten el don de pastorear. Pero nadie puede convertirse en pastor por haber pasado exámenes inventados por los hombres, ni por haberse graduado de un seminario, ni tampoco por haber sido ordenado como pastor o porque se le haya invitado a pastorear. En la historia de la iglesia jamás ha habido tal clase de pastor. Si esta persona es verdaderamente un pastor, tiene que haber recibido el don de pastorear de parte de Dios mismo.

Pregunta: ¿De qué manera el don de pastorear edifica la iglesia?

Respuesta: La expresión “pastor” [según la Versión Unión de la Biblia en el idioma chino] sólo aparece una vez en Efesios 4. En otros pasajes, esta

expresión ha sido traducida con una expresión ligeramente diferente. Sin embargo, en el idioma original, es la misma palabra la que aparece en diversos pasajes. Esta expresión que se traduce “pastor” o “pastorear” significa alimentar y resguardar o vigilar. Aquellos a quienes les ha sido otorgado el don de pastorear debieran ser capaces de guiar y alimentar a los creyentes. Ellos deben ser capaces de guiar el crecimiento de los creyentes paso a paso, deben poder examinar y estudiar la Biblia con los demás y deben saber orar con los demás.

Un evangelista es una persona que guía a los demás a ser salvos y que hace que se añadan personas a la iglesia. Un maestro es una persona capaz de impartir la verdad y de hacer que los demás la entiendan claramente. Un pastor es una persona que guía a los demás a avanzar en su vida cristiana; no es necesariamente una persona que sabe predicar, aunque algunos de ellos ciertamente saben predicar. La función de los pastores es la de alimentar a los creyentes.

Pregunta: ¿Es posible que una mujer manifieste el don de pastor?

Respuesta: Los dones son otorgados sin hacer diferencias de género. También las mujeres pueden poseer el don de pastorear. Las hijas de Felipe tenían el don de profetizar.

Pregunta: ¿Pueden las hermanas dar testimonios y predicar el evangelio a los inconversos?

Respuesta: La Biblia no prohíbe esto específicamente, pero tampoco lo promueve. En la Biblia no se menciona ningún caso que pudiera servirnos de ejemplo claramente. Personalmente, yo pienso que si las hermanas hacen algo que las lleve a dejar la posición en la cual están cubiertas, habrán sobrepasado sus límites. La cubierta a la que me refiero no es solamente un pedazo de tela que cubre la cabeza de las hermanas (el cual también constituye una señal importante), sino a la posición que Dios les asignó, posición en la cual ellas pueden permanecer escondidas y sujetas. Incluso los hermanos deben tener sus cabezas cubiertas delante de Dios. Los hermanos tienen la cabeza cubierta al estar bajo Cristo. Cristo es la cabeza de todos, mientras que el hombre es cabeza de la mujer (1 Co. 11:3). Por tanto, una mujer tiene dos cabezas. Por un lado, las mujeres se cubren la cabeza con Cristo, y por otro, ellas tienen la cabeza cubierta por medio de los hermanos. El hecho que una mujer se cubra la cabeza es símbolo de su sumisión a la autoridad de los hermanos y de que ella no actúa de manera independiente. Las hermanas pueden realizar muchas cosas buenas y valiosas, pero tienen que tomar a los hermanos como su cubierta para que la gloria, o la vergüenza, recaiga sobre tales hermanos. Por tanto, es impropio que

algunas hermanas vayan por sí mismas a otras regiones en calidad de pioneras de la obra.

En cierta ocasión leí en una revista occidental lo dicho por una hermana: “Yo solía pensar que tenía que hacerlo todo por mí misma y que tenía que avanzar por mí misma. Cuando me enfermé y retorné a mi país natal, descubrí entonces que todo lo que había hecho estaba equivocado y tuve que confesar mis errores a Dios”. Muchos piensan que puesto que Débora fue criada entre los israelitas, en nuestros días también pueden surgir otras “Débora”. ¡Pero no olvidemos que no toda mujer israelita era una Débora! Más aún, Débora misma tomó a Barac como su cabeza. Toda verdadera mujer anhela hacer esto. Toda verdadera mujer honra lo hecho por Dios y honra el lugar que Dios les ha asignado a las hermanas, así como el orden que Dios dispuso para ellas. Debido a que yo no soy una hermana, me resulta un tanto difícil decir estas palabras. Si fuese una hermana, tendría más libertad para decir estas cosas. Las hermanas deben mantenerse siempre en una posición en la que estén cubiertas. Esto no quiere decir que las hermanas no deban laborar. Simplemente significa que Dios ha designado a los hermanos como protectores de las hermanas. Son los hermanos los que deben asumir la responsabilidad de ser la cabeza de las hermanas; toda la gloria, o la vergüenza, recaerá sobre ellos. Esto no quiere decir que los hermanos deban codiciar la gloria de las hermanas; más bien, significa que los hermanos protegen a las hermanas y mantienen el orden establecido por Dios.

Es propio de la naturaleza de las hermanas el permanecer en una posición carente de prominencia. A ello se debe que Pablo recordara a las hermanas que su propia naturaleza femenina les dictaba permanecer en tal posición. Si una esposa ocupara el lugar que le corresponde a su esposo y se convirtiera en la cabeza de su esposo en el ámbito familiar, ¿cómo podría seguir en pie dicha familia? Ciertamente tal familia no podrá subsistir como familia. Y si la iglesia actúa de esta manera, ¿seguirá siendo la iglesia? La mujer virtuosa mencionada en Proverbios trabaja, labora, y espera que sea su esposo quien reciba la gloria en las puertas de la ciudad.

No hay nada más precioso que sujetarse a la autoridad. La relación existente entre un siervo y su amo, un niño y sus padres, una esposa y su esposo, un ciudadano y su país, y una mujer y un varón, debe ser una relación en la que se manifiesta sujeción a la autoridad. Dios le da mucha importancia al asunto de la autoridad, mientras que Satanás le da mucha importancia al asunto del poder. Si una persona únicamente se pregunta si algo puede ser hecho o no, en lugar de preguntarse si algo debe hacerse o no, dicha persona ya ha caído. Por tanto, toda hermana debe permanecer en una posición de sujeción a la autoridad de Dios. La cuestión de la autoridad es la cuestión más prominente y crucial.

Lamentablemente, los hermanos y hermanas no le han dado la debida importancia.

Por tanto, según la luz de la Biblia, las hermanas no deben hablar en las reuniones. Si ellas desean testificar o predicar el evangelio ante individuos o ante multitudes, ellas deben hacerlo permaneciendo en una posición en la que se encuentren cubiertas.

Pregunta: ¿Es posible que una sola persona posea dos dones?

Respuesta: Sí, es posible. Incluso es posible que alguno posea tres dones.

Pregunta: ¿Fue Pedro el primer pastor?

Respuesta: Podríamos decir que sí.

Pregunta: ¿Por qué no tocamos el tema relativo a los ancianos anteriormente, o por qué, incluso, no lo dejamos para otra ocasión en el futuro? ¿Por qué tenemos que abordarlo ahora y provocar así malentendidos en el sentido de que nos hemos convertido en otra denominación al tener ancianos?

Respuesta: Hace dos o tres años atrás tocamos el tema de los ancianos. En aquel tiempo, no había surgido nadie que tuviese las características de un anciano. Aquel era solamente un período de transición. La Biblia dice que un neófito no debe ser nombrado anciano. Tiene que haber un período de transición. Ahora, ha llegado el tiempo apropiado en que podemos considerar el asunto de los ancianos. Si procuramos seguir adelante sin establecer ancianos en medio nuestro, corremos el riesgo de convertirnos en una colectividad anárquica.

Pregunta: Quizás haya entre nosotros personas que tienen las características de un anciano; sin embargo, no han sido designados oficialmente como ancianos. Esto se asemeja al hecho de que entre nosotros no se usa el título oficial de apóstol. ¿Es esto correcto?

Respuesta: Esto es correcto. Si alguno les pregunta qué son ustedes, o si ustedes son la iglesia en Shanghai o no, ¿cómo deben responder? Su respuesta debe ser que nosotros no somos la iglesia en Shanghai. Si alguno les pregunta si ustedes son la iglesia en la calle Hardoon, deben decir que no. No debemos admitir que somos la iglesia en Shanghai porque además de nosotros están las capillas de Shou-jin, Mu-re, Chin-lin, etc. Hay, pues, muchos que son salvos y que no se reúnen con nosotros. Tampoco proclamamos que somos la iglesia en la calle Hardoon, porque hay muchos que viven en esta misma calle que no se reúnen con nosotros. Si decimos que somos la iglesia en Shanghai, tenemos que incluir

a todos los creyentes que viven en Shanghai. De otro modo, no podemos ser considerados como la iglesia en Shanghai.

Quizás estas personas nos pregunten qué somos, si no somos la iglesia. Nosotros reconocemos que no somos la iglesia; simplemente somos un grupo de personas que se reúnen basados en el terreno de la iglesia. Podemos darles un ejemplo ilustrativo. El templo en el Antiguo Testamento fue edificado espléndidamente. Después, fue incendiado y destruido al punto en que no quedó piedra sobre piedra. Supongamos que en tales circunstancias un hombre de Jerusalén decidiera levantar una tienda sobre los cimientos del templo que fue incendiado. Si los demás le preguntaran a este hombre qué era aquello, él tendría que responderles que no era el templo sino, simplemente, una tienda establecida sobre el terreno del templo. Lo mismo sucede con nuestras reuniones hoy. Si los demás nos preguntan qué somos, tenemos que responder que no somos la iglesia: nosotros no somos la iglesia en Shanghai. Nosotros somos un grupo de hermanos y hermanas en Shanghai que se reúnen basados en el terreno de la iglesia. Somos simplemente personas que se reúnen en conformidad con el principio gobernante de la iglesia, tal como nos es revelado en la Biblia. Nosotros nos hemos propuesto permanecer afirmados sobre el terreno de la iglesia a fin de conservar el mismo. El templo ahora está en ruinas, destruido por el fuego, y nosotros somos apenas una tienda. Todo aquel que tenga cierto grado de discernimiento percibirá la degradación que impera en la iglesia en nuestros tiempos; en lo que concierne a la manifestación externa, todo se encuentra en ruinas. Por tanto, nosotros no podemos autoproclamarnos la iglesia en Shanghai, ni nos atreveríamos a hacerlo. Únicamente anhelamos reunirnos en el terreno de la iglesia basados en la luz que hemos recibido con respecto a ella. No somos la iglesia en Shanghai, pero la manera en que nos reunimos sostiene y sustenta a la iglesia en Shanghai. Aunque nosotros estamos afirmados sobre el terreno en el que se basa la iglesia, incluso así, no somos la iglesia. Por tanto, si bien nosotros no somos el templo, somos una miniatura del templo y estamos aquí para manifestar la vida que es propia del templo. A esto se debe que los ancianos y diáconos entre nosotros lo son extraoficialmente. La razón por la que tenemos ancianos y diáconos es que, aun cuando reconocemos que apenas constituimos una pequeña tienda, estamos establecidos en el terreno que corresponde al templo. Por tanto, tenemos que hacer todo según el modelo del templo.

En la época del imperio babilónico, el templo fue destruido. Después que Nehemías y Esdras retornaron del exilio y reedificaron el templo, los más ancianos entre el pueblo que vieron la gloria del primer templo sabían que el templo reedificado jamás podría igualarse al primer templo. Pero, aun así, personas como Nehemías y Esdras continuaron ofreciendo sacrificios en

conformidad con el antiguo principio que regía las ofrendas, aun cuando el nuevo templo no era igual al primer templo.

El templo mencionado en Juan 2 no era el primer templo, sino el templo reedificado. Aun así, el Señor Jesús echó fuera del templo el ganado y las ovejas, afirmando que dicho templo era “la casa de Mi Padre” (v. 16). El Señor hizo tal afirmación debido a que Él mismo estaba en el terreno que correspondía al templo. Si bien el templo ya no era como el primer templo, tanto el terreno del templo como los principios rectores del templo permanecían vigentes. Aunque la estructura externa puede estar derrumbada, el terreno todavía permanece, y sobre este terreno todavía es posible conservar, en menor escala, los principios bajo los cuales se realiza el servicio a Dios.

La nación de Israel estaba compuesta por doce tribus. Sin embargo, Dios dejó establecido que Jerusalén era el único lugar elegido por Él para llevar Su nombre. Así pues, todas las tribus tenían que ir a Jerusalén tres veces al año a fin de ofrecer sacrificios a Dios y adorarlo. Más tarde, cuando Roboam fue hecho rey, la nación de Israel se dividió en dos: Judá e Israel. La nación de Judá estaba compuesta por dos tribus y siguió adorando a Dios en Jerusalén. La nación de Israel estaba compuesta por las otras diez tribus y tenía por rey a Jeroboam. Aun así, los israelitas continuaron obedeciendo el mandamiento de Dios de subir a Jerusalén tres veces al año para rendir adoración a Dios. No obstante, Jeroboam tenía temor de que al visitar Jerusalén tres veces al año, los israelitas pudieran sentir simpatía por el rey de Judá y, así, se rebelaran contra él y dejaran de serle leales. Por tanto, Jeroboam estableció un altar en Bet-el —ya que éste era el lugar preferido de los hombres—, erigió un becerro de oro y ordenó al pueblo que adorase allí, en lugar de ir a Jerusalén. En aquel tiempo, un joven profeta reprendió a Jeroboam, profetizó y dio una señal extendiendo su mano en contra del altar en Betel. Cuando Jeroboam escuchó las palabras del profeta, extendió su mano y ordenó prender al profeta, pero su mano se secó y no la pudo recoger (1 R. 13:3-4). Al final, él tuvo que permitir que el pueblo retornara a Jerusalén para adorar. Basándonos en todo esto, vemos que *aunque externamente el pueblo estaba dividido, los principios bajo los cuales se rinde servicio a Dios no deben ser abandonados*. El Bet-el de los hombres jamás podrá reemplazar la Jerusalén de Dios. Las leyes externas jamás podrán reemplazar lo dispuesto por Dios. Ninguna división política puede alterar los principios divinos. Por tanto, ninguna clase de destrucción externa, fracaso o desolación podrá jamás alterar los principios establecidos por Dios.

Cuando los israelitas dividieron sus territorios, nueve tribus y media permanecieron al oeste del Jordán en la tierra que Dios les prometió, mientras que dos tribus y media prefirieron morar al este del Jordán. Bajo la administración de Josué, estas dos tribus y media se establecieron

definitivamente allí, concluyendo la división del territorio de Israel. Pero cuando ellos edificaron un gran altar a orillas del Jordán, toda la congregación de Israel se enteró y se levantó en armas a fin de atacar a estas dos tribus y media, pues pensaron que ellos estaban intentando edificar un altar “además del altar de Jehová nuestro Dios” (Jos. 22:29). No solamente es pecado apartarse de seguir a Jehová, sino que también es pecado ofrecer holocaustos, ofrendas de harina y ofrendas de paz sobre un altar que no sea el altar del Señor. Ante esta reacción por parte del resto del pueblo, las dos tribus y media respondieron que ellos no tenían la intención de establecer otro centro de adoración y que tampoco estaban erigiendo otro altar, sino que simplemente levantaron un memorial como testimonio. Únicamente el tabernáculo de Dios es el lugar apropiado para adorar (Jos. 22). Estas dos tribus y media representan a aquellos que han fracasado espiritualmente. Pero aquellos que han fracasado espiritualmente no pueden alterar el principio de adoración establecido por Dios. Aun cuando, al dividirse el reino, la nación de Israel se hallaba dividida externamente y ya no era el mismo reino sobre el cual David había reinado, todos los israelitas todavía tenían la obligación de adorar en Jerusalén. Por tanto, a pesar de que haya división y muerte en Shanghai, y que la división y el fracaso imperen en las iglesias en todo lugar, y que externamente el panorama sea desolador, nosotros todavía tenemos la obligación de adorar a Dios permaneciendo afirmados en el terreno de la iglesia. Ésta es una cuestión de principios. Y ésta es también la razón por la cual nosotros debemos designar ancianos. A esto se debe que ahora tengamos ancianos entre nosotros, aunque ellos sean ancianos extraoficiales. Nosotros no tenemos ancianos como los que existen en las denominaciones.

Pregunta: ¿Hay ocasiones en las que Dios revoca ciertos dones?

Respuesta: Los dones son otorgados por Dios directamente y son irrevocables. Con respecto a los dones de Dios, podemos adoptar una de las siguientes tres posturas: (1) podemos hacer mal uso de ellos, como en el caso de los corintios; (2) podemos enterrarlos, como se relata en Mateo 25; y (3) también es posible que Dios permita que el ejercicio de cierto don cese. Por causa de la incredulidad humana es posible que algunos dones, tales como el don de profecía, dejen de estar disponibles.

Pregunta: ¿Podemos pedir dones?

Respuesta: Sí. En 1 Corintios 14 se nos dice claramente que debemos procurarlos.

Pregunta: ¿Qué significa decir que podemos hacer mal uso de los dones?

Respuesta: Dios no revoca los dones. El día del juicio, Dios nos preguntará cómo hemos usado nuestros dones. Una persona que hace mal uso de sus dones es uno que, a semejanza de los corintios, hace uso de sus dones para su propia gloria o según su propia manera humana de proceder. Aun así, Dios no retira los dones, pues los dones y el llamamiento son irrevocables (Ro. 11:29). Supongamos que una hermana, estando en la reunión, predica el evangelio y, como resultado de ello, un varón se salva. Puesto que no es lo más apropiado que una hermana predique el evangelio a un varón, uno podría preguntarse: ¿cómo es posible que ella haya podido guiarle a su salvación? Ciertamente podemos aseverar que en este caso se ejerció un don otorgado por Dios, pero que se trata de un uso inapropiado del mismo. Es en virtud del don de Dios que los hombres son salvos. A veces, un predicador del evangelio va donde no debiera haber ido y allí predica el evangelio y, como resultado de ello, unos cuantos son salvos. Sin embargo, esto también es un uso inapropiado de tal don. Casi siempre los que sólo poseen un solo talento son los que tienden a enterrarlo, pues cuanto más consideran ellos que su único don carece de importancia, menos lo ejercitan. En tal caso, los dones cesan porque los creyentes no tiene suficiente fe como para ejercerlos.

Pregunta: ¿Es posible saber si uno tiene un don o no?

Respuesta: Algunas veces sí y otras no, pero los demás saben. En la mayoría de los casos, los demás saben si alguien tiene un don al ver el fruto de su labor. Los propios corintios sabían que entre ellos se manifestaban los dones. Algunos de ellos seguramente sintieron pena por Moisés porque él mismo no supo que la gloria resplandecía en su rostro. No obstante, era mejor que Moisés no supiera que su rostro resplandecía, pues de haberlo sabido, el resplandor se hubiese desvanecido. Por tanto, debemos permitir que los demás sean quienes determinen si tenemos algún don.

Pregunta: Si hacer mal uso de los dones o enterrarlos provocará el juicio de Dios, ¿no sería mejor que no pidiéramos dones para evitar ser objeto del juicio de Dios?

Respuesta: Cuanto más dones posea un creyente, más probabilidades tendrá de recibir la recompensa. Cuanto más sea recompensado un creyente, más gloria recibirá. Si un creyente jamás ha sido disciplinado, ciertamente sería mejor que no pidiera dones para evitar ser desaprobado en el juicio venidero. Pero aquellos que conocen a Dios deben pedir más dones, a fin de usarlos en beneficio de la iglesia y no para ellos mismos. Yo ciertamente abrigo la esperanza de que Dios hará surgir más personas dotadas.

Pregunta: ¿Cómo sabemos que estamos haciendo mal uso de los dones?

Respuesta: En la parábola de los talentos relatada en Mateo 25 se mencionan tres clases de dones: el de cinco talentos, el de dos talentos y el de un talento. Estos dones fueron otorgados a tres esclavos, a quienes se les encargó negociarlos. Así pues, los dones son el capital que estos esclavos poseen. Cuando los esclavos se dedican a negociar con tales dones, pueden obtener ganancias o incurrir en pérdidas. Si ellos obtienen ganancias, su amo no sufrirá pérdida alguna; pero si ellos incurrían en pérdida, su amo sufrirá perjuicio. Los hermanos que poseen el don de evangelizar ciertamente pueden salvar a las personas. Pero si sus labores no son realizadas en conformidad con la voluntad de Dios y ellos realizan sus labores procurando gloria para ellos mismos, buscando satisfacer ciertas necesidades personales o simplemente en respuesta al afecto de los hombres, su poder espiritual se verá menoscabado y sólo tendrán el poder de sus dones. En nuestros días, muchos siervos de Dios conducen conferencias y avivamientos, y consiguen ayudar a los hombres y salvarlos. Entre ellos, algunos son verdaderos dones dados por Dios. Pero tal vez ustedes descubran que aunque ellos poseen los dones, ellos mismos no están dispuestos a permanecer en el terreno en el cual Dios desea que permanezcan. Probablemente ustedes se sorprenderán al ver que ellos todavía pueden salvar a las personas, ser de ayuda para los demás y hacer que las personas sean reavivadas, aun cuando no están basados en el terreno establecido por Dios. En realidad, esto es hacer uso inadecuado de los dones. Ellos pueden hacer que las personas sean salvas y reavivadas debido a que poseen los dones divinos. Son los dones divinos los que hacen que las personas se salven, sean reavivadas y reciban ayuda. Hacer mal uso de los dones de esta manera es muy peligroso. En el presente, Dios no interfiere ni hace nada al respecto. Pero cuando comparezcamos ante el tribunal de Cristo, Dios nos llamará a rendir cuentas. Tal como en la parábola relatada en Mateo 25, Dios arreglará cuentas con nosotros según el monto de los dones que Él nos ha dado como capital y conforme a la manera en que nosotros hicimos negocios en el mundo con estos dones.

Jamás debemos creer que siempre y cuando nuestra obra prospere y sea exitosa y que a los demás les encante escucharnos, entonces estamos en lo correcto. Tenemos que tener mucho cuidado en no hacer mal uso de nuestros dones. Muchas veces, un creyente predica motivado por su deseo de obtener fama entre los hombres y ser elogiado por ellos. Pero nuestra conciencia sabe que esto es erróneo. En cierta ocasión, un hermano viajó a cierto lugar a fin de predicar el evangelio. Cuando regresó, yo le pregunté acerca de su labor en aquel lugar. Él me dijo que si bien él había ido y regresado y unas cuantas personas habían sido salvas, él mismo no estaba seguro de que era la voluntad de Dios que él haya ido. Esto es hacer mal uso de los dones. Dios nos ha confiado ciertos dones, pero no arreglará cuentas con nosotros hasta el día en que comparezcamos ante Su tribunal. Sin embargo, debemos actuar como si Dios nos fuera a pedir cuentas

todos los días. Si consideramos que Dios no nos va a pedir cuentas sino hasta después de muchos años, es probable que usemos nuestros dones de manera irresponsable.

Un don es una especie de aptitud, capacidad, poder o conocimiento, en el ámbito espiritual, que nos capacita para trabajar. Por ejemplo, yo puedo ser una persona que es muy hábil en caligrafía. Ya sea que disfrute o no de comunión apropiada con Dios, la calidad de mi caligrafía no varía. Si sigo la voluntad de Dios, escribo con caligrafía excelente, y si no sigo Su voluntad, todavía escribo con caligrafía excelente. Lo mismo sucede con los dones. Cuando seguimos la voluntad de Dios, tenemos la capacidad de ayudar a los demás por medio del ejercicio de nuestros dones. Pero cuando no seguimos la voluntad de Dios, seguimos teniendo la misma capacidad de ayudar a otros mediante el ejercicio de nuestros dones. (Por supuesto, tendríamos que preguntarnos si tal clase de ayuda verdaderamente tiene algún valor espiritual.) Pero, cuando comparezcamos ante el tribunal de Cristo, tendremos que rendir cuentas por el pecado de haber hecho mal uso de nuestros dones. Por eso tenemos que tener mucho cuidado de no laborar procurando obtener gloria para nosotros mismos, ni en procura del elogio y la aprobación de los hombres, ni buscando ser famosos u obtener alguna ganancia, ni siquiera procurando satisfacernos a nosotros mismos. Si hiciéramos esto, estaríamos haciendo mal uso de los dones.

Pregunta: ¿Todo creyente tiene un don?

Respuesta: Sí. Todo creyente tiene por lo menos un talento. No hay un solo esclavo que no tenga ningún talento. En 1 Corintios 12 dice que a uno se le da una clase de don y a otro se le da otra clase de don. Por tanto, todos tienen algún don. Toda persona que ha sido regenerada, posee un don. Pero no todos poseen la misma clase de don. Según Efesios 4, solamente hay cinco clases de dones que edifican a toda la iglesia. Pero, en lo que concierne a los dones que contribuyen al crecimiento de la iglesia local, podemos identificar los dones mencionados en 1 Corintios 12 y en Romanos 12. No todos los creyentes poseen alguno de los dones mencionados en Efesios 4, pero ciertamente poseerán alguno de los dones mencionados en Romanos 12 y en 1 Corintios 12.

Pregunta: ¿Cómo podemos asegurarnos de no hacer mal uso de los dones?

Respuesta: A fin de no hacer mal uso de los dones, tenemos que aceptar la cruz de Cristo. La cruz de Cristo, la cual cercena la carne, es la base para todo. El motivo por el cual hay problemas en las asambleas locales y en la iglesia en general, es que los hermanos y hermanas no están dispuestos a aceptar la cruz de Cristo. Todo lo que es producto de la resurrección de Cristo pertenece al Cuerpo de Cristo; todos los problemas de la iglesia surgen cuando los hombres

procuran hacer uso de algo que pertenece a la sepultura. Si estamos dispuestos a aceptar la cruz de Cristo y permitimos que ella opere más profundamente en nosotros y nos despoje de nuestras ambiciones y grandiosas aspiraciones, entonces no haremos mal uso de nuestros dones. Por ejemplo, ayer tocamos el tema de los ancianos. ¿Quiénes son aquellos que no son aptos para ser ancianos? Aquellos que, al escuchar lo relativo a la posición de anciano, abrigan la esperanza de llegar a ser ancianos. ¿Quiénes pueden ser aptos para ser ancianos? Aquellos que, al escuchar lo que implica ser anciano, se consideran a sí mismos como indignos de ocupar tal posición. Así pues, aquellos que aspiran a constituirse en autoridades, no son aptos para ser autoridades y jamás podremos confiarles autoridad alguna. Únicamente aquellos que no aspiran a constituirse en autoridades, son aptos para serlo.

Pregunta: Entonces, ¿por qué dice 1 Timoteo 3 que uno debe aspirar al cargo de anciano?

Respuesta: Esto se debe a que probablemente muchos quieran retraerse. Hoy en día hay muchos que, como Pedro, se rehúsan a ser lavados. Tanto jactarse según la carne como retraerse según la carne son actos de la carne y constituyen las dos caras de una misma realidad. En 1 Timoteo 3 dice que un recién convertido no debe ocupar el cargo de anciano, no sea que cegado por el orgullo caiga en la condenación del diablo. Al decir estas cosas, el Señor les estaba diciendo a los neófitos que no aspirasen a ser ancianos, no vaya a ser que caigan en la trampa del diablo al ser cegados por su orgullo. Pero aquellos que se consideran inútiles, que conocen la debilidad de su carne, que se consideran indignos y que, por ende, tienden a retraerse, son alentados por el Señor cuando Él les dice que si alguno aspira al cargo de vigilar, buena obra desea. Así pues, Dios desalienta a quienes se ofrecen como voluntarios para ser ancianos al decirles que ellos no son dignos; sin embargo, da palabras de aliento a aquellos que son dignos de ser nombrados ancianos pero que prefieren retraerse. Quiera Dios que todos los hermanos puedan ver que la carne se manifiesta de ambas maneras: se gloria o se retrae. Jamás debemos considerar que es de valientes gloriarse según la carne, ni tampoco que es señal de humildad retraerse según la carne. Si consideramos nuestras virtudes, caemos en el orgullo; pero si consideramos nuestras debilidades y fracasos, no nos atrevemos a hacer nada y nos retraemos. Jamás debemos confundir la valentía con la vana jactancia, ni la humildad con el retraimiento. En realidad, la verdadera humildad consiste en no tomar en cuenta nuestras propias virtudes o flaquezas. De allí que alguno haya dicho que la verdadera humildad consiste en no tomarse en cuenta uno mismo. Por otro lado, la verdadera valentía es la de quien ha sido fortalecido en el Señor y depende únicamente de Él. Por eso Efesios 6 nos insta a que nos fortalezcamos en el Señor. Todo aquel que tiene gran autoestima de sí mismo y llega a adquirir confianza propia es una persona jactanciosa; ésta no es la

verdadera valentía. Por un lado, tenemos que fijar nuestra mirada en el Señor y, por otro, no debemos mirarnos a nosotros mismos. De este modo, seremos valientes y humildes. En esto consiste la verdadera victoria. Son muchos los que fracasan simplemente porque se fijan ya sea en aquello en lo cual son fuertes según su carne o son débiles según la carne. Como resultado de ello, se convierten ya sea en personas que se jactan según la carne o que se retraen según la carne. Al hablar estas cosas estamos haciendo alusión a un principio general, el mismo que puede ser aplicado a muchos otros asuntos diarios y no sólo a lo relacionado con el nombramiento de los ancianos y los diáconos.

Pregunta: Los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros que se mencionan en Efesios 4, ¿hacen referencia a las personas mismas o se refieren a ciertas capacidades o títulos?

Respuesta: Efesios 4 se refiere a las personas, mientras que 1 Corintios 12 se refiere a las capacidades. En Efesios 4 se nos dice que Dios dio a unos como apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Aquí podemos distinguir cinco categorías de personas. En 1 Corintios 12 se nos dice que Dios dio a algunos la capacidad para profetizar o para hablar en lenguas. Pablo era un don dado por Dios a la iglesia; él era un apóstol. Pero Pablo también poseía otros dones, tales como el de profetizar, hablar en lenguas y sanar.

A mi entender, el hermano Chi Yung-tung tiene todas las características de un pastor. Permítanme usarlo como ejemplo. Dios ha dado un don a la iglesia en Su-chia-tsui, el cual es Chi Yung-tung. Por ello, toda la iglesia de Su-chia-tsui debe recibir al hermano Chi como un don que les ha sido dado por Dios. Al mismo tiempo, el hermano Chi posee el don pastoral. Su don es el don de pastorear. Si alguno pregunta cuál es el don que Pablo tenía, tendríamos que responder que Pablo tenía el don que corresponde a un apóstol. Pero si nos preguntaran cuál era el don que Dios había dado a la iglesia, responderíamos: “el apóstol Pablo”. Las cinco categorías de personas en Efesios 4 son dones dados por Dios a la iglesia y son para toda la iglesia. En 1 Corintios 12 se mencionan varios dones que son concedidos por Dios a los creyentes individualmente; estos dones son dados en beneficio de la iglesia local. Pablo era un don dado por Dios a toda la iglesia. Efesios 4 menciona personas que son dones dados por Dios a la iglesia con el propósito de edificar a toda la iglesia. Por tanto, el don que fue impartido por medio de Pablo benefició a los hombres de toda época y lugar, pues la labor de Pablo continúa vigente y no se ha desvanecido hasta el día de hoy.

Pregunta: ¿Cómo debemos tratar a hermanos insumisos que se comportan desordenadamente en las reuniones?

Respuesta: Si algún individuo constantemente siembra discordia en las reuniones pero no manifiesta ningún pecado que lo haga merecedor de ser excomulgado, debemos ser severos con él según la enseñanza de Romanos 16:17. Debemos señalar a tales individuos y apartarnos de ellos. “Ahora bien, os exhorto, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la enseñanza que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos”. Jamás debemos confiar los asuntos de la iglesia a esta clase de persona. Independientemente de lo que la iglesia esté realizando, estas personas deben ser excluidas de ello.

Pregunta: ¿Qué medidas debemos tomar con un anciano que se ve enredado en algún problema?

Respuesta: En la Biblia, el cuerpo de ancianos es una entidad plural. Si un anciano se ve enredado en problemas, los otros ancianos deben intervenir y tratar con él.

Pregunta: Si los ancianos lo son extraoficialmente, ¿esto quiere decir que podemos acusarlos únicamente de manera extraoficial?

Respuesta: Correcto. Si un anciano ha cometido un error, los otros ancianos pueden intervenir. Es por esto que la Biblia jamás usa el término “anciano” en singular, sino que siempre lo hace en plural: “ancianos”. Por tanto, esto no representa mayor problema.

LOS DIÁCONOS

Según la Biblia, los diáconos son servidores. En la iglesia no debiera haber solamente hermanos que asumen la responsabilidad como ancianos, sino también debe haber servidores como los diáconos. La iglesia necesita de personas que hagan propuestas, que administren y que velen por los hermanos, tal como lo hacen los ancianos. La iglesia también necesita de servidores que se encarguen de una diversidad de asuntos, tal como lo hacen los diáconos. Aquellos que toman decisiones, administran la iglesia, hacen propuestas, supervisan y vigilan de arriba abajo, son los ancianos. Aquellos que realizan una serie de tareas, hacen gestiones, reciben órdenes y ayudan a dirigir a los demás, son los diáconos. Dios necesita que los ancianos sean los guardianes y que los diáconos hagan trabajos y gestiones en beneficio de los santos. Por ejemplo, los diáconos son responsables de custodiar el dinero de la asamblea, y los ancianos son los que tienen la autoridad de administrarlo. Todas las decisiones relativas a los asuntos de los hermanos son tomadas por los ancianos y son anunciadas por los diáconos. Mientras los ancianos son los capataces, los diáconos son los obreros. Los diáconos no tienen propuestas propias, sino que se limitan a

laborar en conformidad con las direcciones recibidas de los ancianos. Los diáconos son aquellos que ayudan a los ancianos a realizar ciertas gestiones. (Con respecto a los diáconos, encontramos muchos detalles en las epístolas a Timoteo y a Tito.) Esperamos que entre nosotros más hermanos desempeñen la función de diáconos y más hermanas cumplan la función de diaconisas. En la Biblia encontramos diaconisas. Los diáconos y las diaconisas se encargan de una diversidad de asuntos.

PREGUNTAS

Pregunta: Los diáconos, ¿pueden ser elegidos mediante votación?

Respuesta: No. Durante los primeros años de la iglesia no había suficientes pergaminos en los cuales llevar registros exhaustivos. La selección de los diáconos en el tiempo de los apóstoles no se realizó mediante votación. Los diáconos fueron aprobados primero por los apóstoles y manifestaron su función de la manera más natural. El método bíblico de seleccionar a los diáconos es dejar que los diáconos sean manifestados espontáneamente. Aquellos que son aptos para ser diáconos fueron seleccionados por la iglesia y reconocidos por los apóstoles. Nosotros debemos poner esto mismo en práctica.

Pregunta: ¿Por qué se echaron suertes para elegir a Matías?

Respuesta: El Espíritu Santo todavía no había sido derramado, y los discípulos no sabían quién debía ocupar tal posición. Ellos seleccionaron dos candidatos y decidieron que uno de los dos debía asumir el apostolado.

Pregunta: ¿Acaso no se nos dice en Hechos 6 que fueron los discípulos quienes designaron a siete diáconos?

Respuesta: Hechos 6 no afirma explícitamente que estos siete hayan sido diáconos. Este pasaje únicamente dice que ellos desempeñaban labores propias de los diáconos. Por tanto, únicamente podemos aseverar que ellos eran diáconos por lo que hacían. Cuando Hechos menciona a Felipe, dice que él era uno de los siete, pero no dice que era uno de los siete diáconos. Por tanto, aun cuando en la Biblia se menciona a los diáconos, no se nos dice claramente que los diáconos sean elegidos. Personalmente creo que el nombramiento de los diáconos debe ser realizado de la misma manera en que se realiza el nombramiento de los ancianos, es decir, deben ser nombrados por los apóstoles y enviados por los apóstoles. Debemos tener cuidado de no investigar aquello que la Biblia deliberadamente ha ignorado y dejado sin explicar.

Pregunta: ¿Cuándo deben ser nombrados los ancianos y los diáconos?

Respuesta: Cuanto antes, mejor.

Pregunta: Si en un local de reunión solamente se reúnen tres hermanos, ¿quiénes deben ser los ancianos y quiénes los diáconos?

Respuesta: Lo único que se puede hacer en este pequeño grupo de hermanos es que todos ejerzan tanto la función de ancianos como la de diáconos simultáneamente. En toda la Biblia, únicamente el libro de Filipenses nos da una descripción completa de una iglesia local, conformada por los santos, los ancianos y los diáconos. Allí se nos dice que una iglesia está compuesta por los santos, los ancianos y los diáconos: “Pablo y Timoteo, esclavos de Cristo Jesús, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los que vigilan y los diáconos” (Fil. 1:1).

Pregunta: ¿Por qué en 1 Timoteo dice que una persona primero tiene que ser aprobada antes de poder ser designada como diácono?

Respuesta: Los diáconos se encargan de una serie de asuntos; casi siempre son bastante jóvenes, así que podrían actuar en la carne. Por tanto, ellos primero tienen que ser puestos a prueba. Primero se les tienen que encargar ciertos asuntos en diversas ocasiones para luego decidir si ellos son aptos o no.

Pregunta: Si unos cuantos hermanos comienzan a reunirse en un determinado lugar, ¿a quiénes se debe nombrar primero, a los diáconos o a los ancianos?

Respuesta: Primero debieran haber algunos hermanos responsables y, entonces, se puede iniciar la reunión del partimiento del pan. Primero deben haber ancianos y luego diáconos. Esto es lo que enseña el libro de Hechos. Antioquía es un buen ejemplo de ello. Antes de poder iniciar las reuniones del partimiento del pan debe haber por lo menos un hermano que pueda asumir responsabilidades. De otro modo, la reunión del partimiento del pan no será apropiada. Además, desde el comienzo se debe enseñar sujeción a los ancianos y sujeción mutua una vez iniciadas las reuniones. De otro modo, en una reunión de cinco personas, cada una de ellas se convertirá en una denominación. Cuando esto sucede, estas cinco personas tal vez recuerden al Señor durante la reunión del partimiento del pan, pero ciertamente no serán capaces de discernir el Cuerpo; no tomarán conciencia de formar parte del Cuerpo de Cristo aquí en la tierra. Ellos estarán preocupados únicamente por ellos mismos y serán sus propias cabezas. Por tanto, debemos aprender a sujetarnos a los ancianos y también a sujetarnos mutuamente entre los miembros de la iglesia.

CAPÍTULO DOS

EL ASPECTO PRÁCTICO DE LA COMUNIÓN

SÓLO HAY UNA IGLESIA

La Biblia afirma que sólo hay una iglesia. La iglesia a la que Pablo pertenecía, es la misma a la que nosotros pertenecemos. La iglesia a la que pertenecemos es aquella a la cual pertenecen tanto el apóstol Juan, como Martín Lutero, Juan Calvino y todos aquellos que nacieron de nuevo. La iglesia que la Biblia nos presenta es una entidad que no se puede dividir en función del tiempo, de las diversas localidades o de las diferentes razas. Sólo hay una iglesia, y ésta es la que siempre ha existido en todo tiempo y lugar. No hay dos iglesias. La Biblia únicamente reconoce un solo Cuerpo de Cristo, jamás dos, porque hay una sola Cabeza. Aun cuando en la Biblia se mencionen muchos miembros, el Cuerpo es una entidad singular y única. Por tanto, toda persona salva, ya sea que pertenezca al pasado o al presente, ya sea que esté aquí o en otro lugar, forma parte de la única iglesia y del único Cuerpo. Si esto es así, ¿por qué hay “iglesias” en diversos lugares? Puesto que Efesios nos habla de un Cuerpo, un Espíritu, una esperanza, un Señor, una fe, un bautismo y un solo Dios, ¿por qué en la Biblia también se habla de “las iglesias”? ¿No es esto acaso una contradicción? ¿Por qué es que, por un lado, sólo hay un Cuerpo, pero, por otro, hay muchas iglesias? Esto simplemente nos muestra que en la Biblia encontramos diversas perspectivas con respecto al Cuerpo de Cristo y las iglesias locales. Estrictamente hablando, la iglesia es una sola, así como también el Cuerpo de Cristo es uno solo. Sin embargo, en cada localidad pueden haber muchos creyentes, ya sea tres mil o cinco mil, así como también pueden reunirse apenas dos o tres hermanos, como consta en Mateo 18. Pero, siempre y cuando haya un grupo de creyentes que se reúna en una ciudad o en una aldea, ese grupo constituye la iglesia en aquel lugar. Por tanto, en la Biblia, en el lenguaje original, se nos dice claramente que la iglesia es: “la iglesia en tal o cual lugar”. El uso de la preposición *en* denota que sólo existe una iglesia, la misma que se halla esparcida y peregrinando en diversos lugares. Así pues, la congregación de aquellos peregrinos que se reúnen juntos en un mismo lugar, es llamada en la Biblia una iglesia local; la iglesia local es la representación en miniatura de la iglesia única.

Tenemos en muy alta estima las palabras de Romanos 12:5: “Así nosotros, siendo muchos, somos un solo Cuerpo”. En este “nosotros”, estamos incluidos todos los creyentes. Sólo existe un pan. Por tanto, no debemos pensar que en el local de la calle Wen-teh partimos un pan, que en el local de la calle Gordon partimos otro pan, y que en Pekín o en la ciudad de Changchun se parte un pan diferente. En términos físicos, en todo el mundo pueden haber cientos y miles de panes, pero, en términos espirituales, delante de Dios hay un solo pan. Sin embargo, debido a que en nuestra carne todavía estamos limitados por el tiempo y el espacio, no podemos participar todos juntos de un mismo pan. De ser posible, todos los creyentes que hay en el mundo partirían un solo pan. Si

bien los hermanos parten el pan en Changchun, Pekín, Hangzhou o Nan-shu-zhou, delante de Dios hay sólo un pan. Así pues, el pan que partimos el domingo por la noche en Shanghai es el mismo pan que partió el hermano Luan en Hangzhou y que el hermano Hwang partió en Nan-shu-zhou. El pan que partimos en diversos lugares y el Cuerpo de Cristo que este pan representa, es, en todo lugar, el mismo pan y el mismo Cuerpo de Cristo. Dios únicamente tiene una iglesia en todo el mundo; y esta única iglesia se halla dispersa *en* diversas ciudades y aldeas. Estas iglesias dispersas por las ciudades y aldeas son llamadas las iglesias en aquellas ciudades o aldeas. Simplemente por comodidad, a todas esas iglesias en las diversas ciudades y aldeas, las llamamos “las iglesias de Dios”. Pero, en realidad, las iglesias de Dios son simplemente “la iglesia de Dios”. El Señor nos manda partir el pan todos los domingos, el día del Señor, a fin de que recordemos que las iglesias en las diversas localidades no son iglesias independientes, sino que conforman una sola iglesia. Por ello nuestro símbolo es un solo pan. Este pan único nos recuerda que si bien los creyentes pertenecen a diversidad de épocas y lugares, todos constituimos un solo pan, y que si bien hay muchas iglesias locales, todas constituyen un solo pan.

No me gusta valerme de personajes políticos para dar ejemplos, porque la política está sujeta a muchas variaciones. Pero esta vez tendré que hacerlo. El Partido Nacionalista de China respeta mucho al Sr. Sun Yat-sen. En todas las oficinas del gobierno, se exhibe el cuadro del Sr. Sun Yat-sen. Probablemente haya decenas de miles de cuadros del Sr. Sun, pero la persona a la cual representan es la misma. Del mismo modo, probablemente nosotros partamos miles de panes, pero el Cuerpo de Cristo, al cual estos panes representan, es uno solo, y el Señor, a quien estos panes representan, es uno solo. Por tanto, las iglesias en miniatura que se encuentran en diversos lugares, son representaciones de la totalidad del Cuerpo de Cristo. Cuando vemos una asamblea local en donde se reúnen cincuenta personas, inmediatamente debemos percatarnos de que ellas representan a todos los creyentes que han existido en diversas épocas y lugares. Hoy en día, en el local de la calle Gordon, hay más de cincuenta personas reuniéndose. Aun cuando en la ciudad de Bao-shan se reúnan apenas siete u ocho personas, el pan que ellos parten en presencia del Señor al celebrar la mesa del Señor, incluye a Pedro, Pablo, Martín Lutero, Wesley y otros más; y también nos incluye a usted y a mí. Por tanto, ya sea que se trate de la reunión en Bao-shan, Hangzhou, Su-chia-tsui o en cualquier otro lugar, todas estas reuniones representan al Cuerpo de Cristo. A esto se debe que ninguna iglesia pueda actuar de manera independiente. Cualquier acción que se tome, deberá tener en cuenta a toda la iglesia. Por eso, cuando usted participe en una reunión, no solamente debe considerar a los hermanos y hermanas que lo rodean, sino a todo el Cuerpo de Cristo. Lo que usted haga no solamente afectará a las cien o doscientas personas que se reúnen

con usted, sino que afectará a la totalidad del Cuerpo de Cristo, debido a que sólo hay un Cuerpo. Aunque usted es apenas un miembro, lo que usted hace, es lo que el Cuerpo de Cristo hace. Un solo miembro puede, pues, perjudicar a todo el Cuerpo.

La mayoría de los chinos que residen en países del sudeste de Asia, proceden de las provincias de Fujian y Guangdong. En todo el sudeste de Asia, las asociaciones de residentes chinos proliferan, tanto en las ciudades como en las aldeas. El número de miembros de tales asociaciones varía, pero si una asociación recibe respeto en un determinado lugar, ello significa que se le rinde honra a la totalidad del pueblo chino en aquel lugar; y si alguna de esas asociaciones es hostilizada en algún lugar, esto equivale a perseguir a la totalidad del pueblo chino en aquel lugar. De la misma manera en que estas asociaciones representan a China en los países del sudeste de Asia, nosotros representamos a la iglesia en nuestras respectivas localidades. Esto hace aún más claro cuán íntimamente vinculadas se hallan la conducta de una determinada iglesia local y la conducta del Cuerpo de Cristo en general. Esto también nos permite percatarnos de la relación que existe entre las diversas asambleas locales. Si bien ustedes son una miniatura de la iglesia y constituyen una comunidad muy pequeña circunscrita a ciertos límites, es el propósito de Dios que esta iglesia en miniatura, esta pequeña comunidad, sea una expresión de la totalidad de la iglesia, una manifestación de esa comunidad mayor. Por tanto, lo que hacemos en las pequeñas iglesias locales, representa e incluye todo lo que el Cuerpo de Cristo hace. Por este motivo, debemos mantener vínculos con las otras iglesias locales y con los hermanos y hermanas de las otras localidades.

EN CUANTO A RECIBIR A ALGUIEN EN LA REUNIÓN DEL PARTIMIENTO DEL PAN

Si un hermano es recibido en la reunión del partimiento del pan, no es la asamblea en Hangzhou, Tianjin o Suzhou en sí la que lo recibe, sino las iglesias de Dios, las cuales constituyen (la manifestación externa de) la casa de Dios. Cuando recibimos a un hermano en Hangzhou, lo estamos recibiendo en nombre de las iglesias en Tianjin, Shanghai, Suzhou y los demás lugares. Si estamos considerando recibir a alguien en Shanghai pero pensamos que los hermanos en Hangzhou y Pekín probablemente no lo recibirían, entonces nosotros tampoco debemos recibirlo. No debemos actuar de manera independiente. Si sabemos que lo que vamos a realizar en nuestra localidad es considerado inapropiado por las otras localidades, entonces, no debemos realizarlo, aun cuando dicha acción represente la perspectiva de algunos creyentes en nuestra localidad. Si lo hacemos, no discernimos el Cuerpo de Cristo. Si lo que hacemos individualmente no es representativo de los hermanos

en Shanghai, no debemos realizarlo. Asimismo, si algún asunto no cuenta con la aprobación unánime de toda la iglesia, entonces tal acción no es el mover del Cuerpo, sino que constituye una acción individual. En la Biblia solamente vemos el mover del Cuerpo de Cristo, y no se da cabida a las acciones individuales.

Si un hermano desea ser recibido en la reunión del partimiento del pan, tiene que ser cuidadosamente examinado por nosotros, pues no lo estamos recibiendo únicamente en nombre de los hermanos en Shanghai, sino también en nombre de los hermanos que se reúnen en Tianjin, Hangzhou, Wenzhou y en las demás localidades. Sin embargo, cuando este hermano visite otra localidad para partir el pan, los hermanos en esa localidad no deben examinarlo más. Todo lo que este hermano necesita hacer es llevar una carta de recomendación. Los hermanos en las otras localidades deben tener fe en lo que los hermanos en Shanghai han hecho y deben recibir a dicho hermano en la reunión del partimiento del pan basados en la carta de recomendación extendida por la otra localidad. Tenemos que ser cuidadosos en lo que hacemos y tener en cuenta a los hermanos de las otras localidades.

EN CUANTO A RECONOCER LOS DONES

Además, si los hermanos que se reúnen en Su-chia-tsui, en la región norteña de Jiangsu, reconocen que cierta persona posee cierto don —ya sea el de pastor, maestro o evangelista—, esta persona ciertamente poseerá la capacidad para pastorear, enseñar o evangelizar en Shanghai también. Los hermanos en Shanghai, por tanto, también deben reconocer el don de esta persona. Una persona que posee cierto don no lo pierde por haberse trasladado de una localidad a otra. Por tanto, una asamblea local tiene que reconocer los dones que hayan sido reconocidos por otra asamblea local. Si Dios le ha dado a cierta persona el don de pastorear, ella será reconocida en tal capacidad en el norte de Jiangsu, y nosotros también debemos reconocer su don pastoral cuando dicha persona se encuentre entre nosotros. Si los de Shanghai reconocen que cierta persona posee la capacidad de predicar el evangelio, Pekín también debe reconocerlo. Si bien los cargos varían al cambiar de lugar, los dones no cambian cuando uno se traslada a otra localidad. Los dones no son locales, pero sí los cargos. Por tanto, cada vez que una asamblea desea reconocer un don, debe tener mucho cuidado, porque no solamente ellos deben reconocer tal don en un determinado hermano, sino que todos los hermanos en todo lugar también deben reconocer dicho don. Por tanto, no solamente tenemos que preocuparnos por nosotros mismos, sino por toda la iglesia.

EN CUANTO A LOS COLABORADORES

Con respecto a los colaboradores, permítanme primero relatarles un incidente. Un hermano que laboraba en cierta localidad quería invitar a otro hermano para

que laborara juntamente con él en su localidad. Él me buscó y me preguntó si él debía extender la correspondiente invitación. Yo le dije que no tenía que preguntarme a mí, sino que solamente debía sopesar si dicho hermano sería recibido por las asambleas locales en Pekín, Shanghai o Nankín. Este hermano, entonces, me respondió que temía que probablemente no lo recibirían. Entonces yo le dije que en tal caso, él tampoco podía recibir a aquel hermano e invitarle a laborar en su localidad. Si él reconocía a tal hermano como colaborador suyo, entonces también estaría haciendo a dicho hermano colaborador de sus otros colaboradores. Por ello, él no debería recibir a dicho hermano únicamente en nombre propio o en beneficio de su propia localidad, sino que debería recibir a dicho hermano en representación de todo el Cuerpo de Cristo. Si personas como el apóstol Pablo todavía estuvieran presentes entre nosotros, al recibir a alguien como colaborador, lo estaríamos haciendo en representación de Pablo, Pedro y todos los demás, con lo cual estaríamos dándoles también a ellos un nuevo colaborador. Si no recibimos a dicha persona de este modo, estaríamos actuando de manera independiente. Ninguna acción independiente tiene cabida en el Cuerpo de Cristo, sino que debe ser rechazada. Por ello, todas las asambleas locales deben tener mucho cuidado de no actuar de forma independiente, sino que, más bien, deben aprender a obedecer a Dios, de tal manera que las acciones tomadas por una congregación local se conviertan en responsabilidades asumidas conjuntamente por todas las asambleas en las diversas localidades.

AL TRASLADARNOS A OTRA LOCALIDAD, NO HAY CAMBIO ALGUNO

Supongamos que ustedes tienen comunión con cierto hermano en Pekín. Si él viene a Shanghai, él debe tener comunión con nosotros. Sería incorrecto que él viniera a Shanghai, pero que no tuviese comunión con nosotros. Tenemos un hermano que se llama Yu Shin-liang. Cuando él estaba en Kuling, unos cuantos hermanos occidentales frecuentemente venían a reunirse con él y disfrutaban de comunión mutua. Cuando el hermano Yu vino a Shanghai, dos de estos hermanos procedentes del occidente también vinieron con él. Ellos estuvieron en Shanghai por varios meses, pero jamás vinieron a partir el pan con nosotros. Cuando le pregunté al hermano Yu por estos hermanos, él me dijo que ellos habían estado en Shanghai por varios meses. Le pregunté entonces por qué ellos no vinieron a partir el pan con nosotros en el local de la calle Haroon, y su respuesta fue que ellos estaban demasiado ocupados. Sin embargo, ellos no vinieron debido a otras razones, y no porque estaban ocupados. Esto es actuar de manera independiente; ciertamente el Cuerpo no actúa así. Puesto que ellos tenían comunión con el hermano Yu en Kuling, ¿por qué no tuvieron comunión con aquellos que estaban en comunión con el hermano Yu en Shanghai? Si ellos tuvieron comunión con el hermano Yu en Kuling, ellos también debían haber

permanecido en comunión con todos aquellos que tenían comunión con el hermano Yu en Shanghai. Ellos no debían tener comunión con el hermano Yu solamente y negarse a tener comunión con aquellos que tienen comunión con el hermano Yu. Al tener comunión con el hermano Yu, ellos no solamente habían elegido tener comunión con el hermano Yu, sino también con todos aquellos que disfrutaban de comunión con dicho hermano. Ellos no deberían optar por tener comunión únicamente con algunos hermanos de ciertas asambleas, sino que deberían también tener comunión con todos aquellos que forman parte de las asambleas que tienen comunión con ellos.

Supongamos que hoy se celebra una reunión en Shanghai. Tal vez usted decida participar de tal reunión y partir el pan con nosotros porque le parece que nuestra asamblea goza de una mejor condición que las demás y porque aquí puede escuchar buenos mensajes. Como resultado de ello, usted comienza a comunicarse con los hermanos que se reúnen aquí y empieza a tener comunión con ellos. Pero, poco después, usted se traslada a Pekín, y una vez allí, llega a conocer a los hermanos que también están en comunión con nosotros. Sin embargo, quizás haya un número reducido de hermanos allí, y tal vez sus reuniones sean débiles. Además, quizás usted encuentre en Pekín otra congregación en la que da mensajes un predicador famoso; este predicador es muy elocuente, sin embargo, no tiene comunión con nosotros. Así pues, después de trasladarse a Pekín, es probable que usted cavile en su corazón tratando de decidir si debe reunirse con una asamblea tan débil como la de los hermanos en Pekín o si debe ir a escuchar los mensajes de aquel predicador de renombre. Si usted opta por ir a escuchar a aquel famoso predicador, estará actuando de manera independiente. Al tener comunión con nosotros, usted tiene comunión con todos los hermanos que tienen comunión con nosotros y, por ende, ya no puede elegir por sí mismo dónde reunirse. En esto consiste el principio de la comunión en el Cuerpo. Usted ya no puede actuar de manera independiente.

En muchas ocasiones, pensamos que si pudiéramos elegir, estaríamos cambiando de lugar de reunión todo el tiempo. Pero esto no es posible. Si bien al reunirnos tenemos acceso a las mayores bendiciones, también asumimos las responsabilidades más serias y somos constreñidos por las restricciones más severas. Si usted viaja a Pekín, tiene que partir el pan en el lugar donde se reúne el hermano Shu Tsong-jie. Si viaja a la ciudad de Tianjin, tendrá que partir el pan allí donde se reúne el hermano Lee Shun. Si va a Chifú, tendrá que reunirse allí donde se reúne el hermano Witness Lee. Éstas son asambleas que se reúnen basadas en el terreno de la iglesia. No debemos pensar que las denominaciones limitan y restringen a las personas; en realidad, nuestra comunión limita y restringe a las personas aún más que las denominaciones. Lo que los demás practican es una organización que opera según la ley, mientras que nosotros somos un organismo, el Cuerpo. Me temo que ninguna denominación exige

mayor sujeción de parte de sus miembros que aquella que es requerida de nosotros al estar regidos por el principio que gobierna ese organismo que es el Cuerpo, principio que nosotros reconocemos como nuestro principio rector. Ninguno de los miembros de nuestro cuerpo puede actuar libremente, ni siquiera por un día. Ni siquiera uno de nuestros dedos puede disfrutar de un solo día de libertad. La limitación que experimentamos es la limitación que es propia del Cuerpo. Puesto que ahora somos constreñidos por las obligaciones inherentes al Cuerpo, hemos sido despojados de toda libertad personal. Por tanto, hermanos, quiera Dios que todos nosotros verdaderamente veamos el Cuerpo de Cristo. Si lo vemos, jamás actuaremos de manera independiente. Después de haber creído en el Señor, no solamente somos salvos sino que, además, tenemos que conducirnos como hermanos y mantener nuestra posición de hermanos. No solamente debemos ser cristianos, sino que, al estar con los hermanos, tenemos que conducirnos como buenos hermanos. Sólo entonces estaremos amando en verdad a los hermanos.

LA RESPONSABILIDAD DE TODO HERMANO

Así pues, en la práctica, debemos preguntarnos: ¿cuáles son las responsabilidades que pesan sobre los hermanos? Todos y cada uno de los hermanos no sólo deben sentirse responsables por su propia asamblea local, sino también por todos los hermanos y hermanas que participan de la misma comunión en toda China. En realidad, todo hermano debiera sentirse responsable por todos aquellos que en el mundo entero tienen comunión con ellos. Quizás en nuestros días solamente podamos tomar en cuenta a quienes tienen comunión con nosotros en China. Pero si hemos de ceñirnos más a la Biblia, deberíamos eliminar el concepto de China y tomar en cuenta a todos los creyentes alrededor del mundo que tienen comunión con nosotros. Nosotros y ellos, juntos, participamos de la misma comunión, la comunión con Dios y con Su Hijo. Una de nuestras carencias es que quienes nos reunimos en Shanghai únicamente tenemos en cuenta a quienes se reúnen con nosotros en Shanghai, mientras que los que se reúnen en Pekín únicamente toman en cuenta a quienes se reúnen con ellos en Pekín. En la actualidad, la mayor carencia de los creyentes es que no poseen una perspectiva mundial y están carentes del amor que abarca al mundo entero. Son muchos los que sólo pueden ver sus propios pecados; así, lo único que saben es que cuando ellos creyeron en el Señor, sus pecados les fueron perdonados y ellos fueron salvos. Ignoran en qué consiste la comunión entre los hermanos. Muchos sólo toman en cuenta a los hermanos en sus propias localidades y no se preocupan por los hermanos de otros lugares. Esto no es conforme a la voluntad de Dios.

Dios salva a las personas a fin de obtener piedras vivas para la edificación de la casa espiritual. Si tales personas llegan a ser solamente piedras individuales y

aisladas, la casa espiritual no podría existir. En nuestras reuniones del partimiento del pan, todo el Cuerpo de Cristo es manifestado. Así pues, todo aquel que parte el pan con nosotros debe ser responsable ante todo el Cuerpo de Cristo; debe percatarse que es responsable ante todos aquellos que tienen comunión con él. Por tanto, cada vez que estamos por recibir a un nuevo hermano en nuestra reunión del partimiento del pan, los hermanos responsables deben mostrarle a este hermano que partimos el pan a fin de discernir el Cuerpo. No solamente debemos discernir el cuerpo del Señor, sino también el *Cuerpo de Cristo*. Si no discernimos el Cuerpo, pecamos.

Por tanto, todos los hermanos que participan del partimiento del pan deben saber cuáles son los requisitos bíblicos para partir el pan: (1) uno tiene que ser salvo y (2) tiene que estar libre de los pecados mencionados en 1 Corintios 5. Además, debe tomar conciencia de la responsabilidad que le corresponde como hermano que es partícipe del pan. Ahora él es responsable ante los hermanos en su localidad y es responsable ante las asambleas locales en todo lugar. Si un hermano no comprende bien qué clase de responsabilidad le compete por ser hermano, ciertamente no debemos expulsarlo por ello, sino que debemos darle ocasión de sopesar su propia postura al respecto y hacerle ver cuáles son las serias consecuencias de no asumir la responsabilidad que le corresponde. Este hermano debe comprender que la reunión del partimiento del pan no solamente se celebra en memoria del Señor, sino también implica cierta responsabilidad con respecto a la comunión de la iglesia. Si un hermano entiende claramente todos estos asuntos y está dispuesto a asumir tal responsabilidad, podremos recibirlo en dicha reunión. De lo contrario, debemos darle la oportunidad de reflexionar detenidamente al respecto y de pensarlo bien. Sólo entonces dicho hermano podrá decidir por sí mismo si desea tener comunión con nosotros.

Esto no es ningún invento, pues ya estaba presente desde hace unos dos mil años. Si un hermano quiere mudarse a un determinado lugar, primero debe averiguar si allí hay hermanos que tienen comunión con nosotros. No se mude a un lugar por cuatro o cinco meses sin haber buscado dónde reunirse y sin haber informado a los demás dónde se encuentran. Antes de salir de su propia localidad, no pasen por alto pedirle a los ancianos una carta de recomendación. Ustedes tienen que darse cuenta de que en todo lugar en el que se reúnan, son responsables ante dicha asamblea. Así pues, su conducta allí tiene que ser la que corresponde a un hermano. Usted no debiera actuar como si no fuese un hermano. Si todos nosotros nos preocupamos por mantener la comunión mutua y actuamos en conformidad con las Escrituras, nuestra comunión llegará a ser muy preciosa. Nuestra responsabilidad consiste en preocuparnos por todo el Cuerpo de Cristo, no solamente por lo relacionado con la asamblea local. No debemos ser como los que pertenecen a las denominaciones, que son solamente miembros que se sientan en las bancas, que no se preocupan por los demás y

que no conocen a nadie sino a su pastor. Los presbiterianos únicamente se interesan por lo que tiene que ver con los presbiterianos, mientras que a los metodistas únicamente les preocupan los asuntos relativos a los metodistas. Nosotros debemos ser diferentes. Debemos estar enterados de todas las cosas que incumben a todos los hermanos y hermanas que tienen comunión con nosotros; debemos estar al tanto de los asuntos que atañen a todos los hermanos y hermanas que se encuentran en el mundo entero. Quiera Dios que retornemos a la posición que tenía la iglesia originalmente. Quiera Él hacernos ver esto.

Si un hermano o hermana tiene la oportunidad de ir a otra ciudad, él o ella debe investigar de antemano si hay hermanos allí que tienen comunión con nosotros. Si en aquel lugar hubieran dos o tres lugares en los cuales uno podría tener cierta comunión (como en el caso de la Asamblea de los Hermanos u otras congregaciones independientes) y la elección depende de uno, debemos elegir tener comunión con los hermanos que tengan comunión con nosotros. Esto beneficiará a los que se reúnen allí así como también al hermano. Reconocemos que esta senda puede ser solitaria y que quienes la eligen tal vez no sean muchos. Pero Dios siempre nos abrirá las puertas a fin de que, en todo lugar, podamos encontrar personas que tengan este mismo pensamiento y con quienes nos podamos reunir. Quiera Dios mostrarnos lo que la Biblia exige de nosotros.

LA RESPONSABILIDAD ENTRE ASAMBLEAS

La Biblia nos dice que aquella norma que Dios estableció para una asamblea, también se aplica a las demás asambleas. Si las normas establecidas difirieran entre dos asambleas locales, esto denotaría que algo no marcha bien. En tales casos, una de las dos normas debe estar equivocada. Entre todos los libros de la Biblia, 1 Corintios es el que con mayor claridad trata sobre los asuntos relacionados con la iglesia. En 1 Corintios 1:2 dice que dicha epístola no solamente estaba dirigida a los creyentes en Corinto, sino *a todos los que encualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo*. En otras palabras, todas las iglesias deben tomar el mismo camino; no debe haber diferencias entre una iglesia y otra. En 1 Corintios el apóstol nos enseñó acerca de la práctica, entre las hermanas, de cubrirse la cabeza. Después de haber concluido su enseñanza, él dijo: “Con todo eso, si alguno quiere ser contencioso, nosotros no tenemos tal costumbre, ni las iglesias de Dios” (11:16). El apóstol no permitía que una asamblea actuara de distinta manera a la que lo hacían las otras asambleas. Basados en esto, podemos ver que nuestra congregación no puede actuar de manera independiente. Toda asamblea debe tomar en cuenta a las otras asambleas. Antes de hacer cualquier cosa, debemos tener en cuenta cómo nuestras acciones afectarán a las demás asambleas. Es inconcebible que una hermana se sienta en libertad de no cubrirse la cabeza cuando se congrega

en Pekín y que, sin embargo, cuando se congrega en Shanghai, ella sienta que allí sí debe cubrirse la cabeza. En las iglesias de Dios, todo tiene que ser realizado en unanimidad. En 1 Corintios 14 dice que las mujeres no deben hablar en las reuniones, “como en *todas las iglesias* de los santos” (v. 33). Esto nos muestra que en ninguna de las iglesias de los santos se debe permitir que las hermanas prediquen en las reuniones.

Sin embargo, las reuniones de las diversas iglesias comienzan a diferentes horas: algunas temprano, y otras más tarde. Además, la condición en la que se encuentran las diferentes iglesias varía. Algunas entienden bien las verdades concernientes a la iglesia, mientras que otras no las entienden tan bien. ¿Qué debemos hacer entonces? Con humildad, debemos aprender a seguir a las demás asambleas. El apóstol dijo: “Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, habiendo recibido la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo” (1 Ts. 1:6). Y más tarde reiteró: “Porque vosotros, hermanos, vinisteis a ser imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que están en Judea” (2:14). Este versículo dice que la iglesia en Tesalónica imitaba a las iglesias que estaban en Judea. ¿Por qué la iglesia en Tesalónica tenía que imitar a las iglesias que estaban en Judea? Esto se debía a que el evangelio fue primero predicado a los judíos. Por tanto, las iglesias en la región de Judea eran las más “antiguas”. (Aquí me permito utilizar esta expresión sólo por ahora. Debo hacerles notar que la Biblia jamás describió a las iglesias en Judea de esta forma.) Ninguna asamblea puede actuar de manera independiente. No solamente los individuos no debieran actuar de manera independiente, sino también las asambleas locales.

LAS ASAMBLEAS INDEPENDIENTES

Toda persona que desee establecer alguna asamblea en cierta ciudad y que no quiera comunicarse ni tener comunión con las otras asambleas, dejará de estar basada en el terreno que es propio de la iglesia. Ninguna de las iglesias mencionadas en la Biblia ignoró a las demás iglesias. Entre todas las congregaciones que se hacen llamar iglesias y que hemos conocido en los demás países, no hemos encontrado ninguna que se base en el terreno que es propio de la iglesia tal como nosotros lo hacemos. Si encontráramos tal clase de asambleas, pero nos preocupáramos únicamente por las iglesias en China y nos rehusáramos a comunicarnos con estas iglesias en otros países, entonces cometeríamos un grave error. Según Dios, no hay ninguna diferencia entre las iglesias en China y las iglesias en los demás países. Si sólo nos importaran las iglesias en China e interrumpiéramos toda comunicación con las iglesias en otros países, ciertamente no estaríamos conduciéndonos conforme a la voluntad de Dios. La iglesia de Dios puede ser hallada en cualquier lugar del mundo. Enfrentamos una situación muy diferente cuando se trata de encontrar una

asamblea que se congregue basada en el terreno que es propio de la iglesia. Pero si intentamos limitar nuestra comunión y reducirla apenas al territorio de China, habremos dejado de estar basados en el terreno que es propio del Cuerpo.

¿QUÉ ES UNA DIVISIÓN?

Me temo que entre nosotros surgirán algunos creyentes insumisos, quienes ambicionarán tener cierto renombre o la posición de autoridad que corresponde a un anciano. Si ellos no logran tales objetivos, irán a otras regiones, a una isla o a una aldea, y conducirán a algunas personas a ser salvadas. Es posible que en tales lugares prediquen el evangelio con cierto éxito y logren que muchos sean salvos. Además, probablemente ayudarán a estos nuevos creyentes a celebrar reuniones, a partir el pan y a designar a ancianos y diáconos. Es posible que ellos hagan todas estas cosas según la Biblia y que, aun así, no tengan comunión con nosotros; más bien, su única preocupación será su propia congregación y se aferrarán a lo que consideran “territorio suyo”. Ellos quizás piensen que pueden pasarnos por alto y dejar que cada uno siga su propio rumbo. Qué lejos están de darse cuenta, sin embargo, que al hacer esto, ellos se convertirán en una división y no en una asamblea afirmada sobre el terreno de la iglesia. Tal como la Biblia lo dice, en realidad ellos son una división, porque su comunión está circunscrita únicamente a las cien o doscientas personas que conforman tal grupo. Aun cuando sus reuniones, el partimiento del pan y el nombramiento de ancianos y diáconos se conformen a las Escrituras, ellos todavía constituyen una división, pues su comunión se halla restringida a un solo lugar. Por tanto, en el futuro, si surge una asamblea cuya comunión esté limitada a tan sólo una localidad, sin estar basada en el Cuerpo de Cristo y sin incluir a todos los creyentes, tal congregación constituye una división.

¿Por qué es que los presbiterianos son una división? Ellos constituyen una división porque únicamente pueden tener comunión entre ellos, ya sea en Nankín, en Suzhou, en Inglaterra o en los Estados Unidos. Si en una determinada comunión únicamente se incluye a los presbiterianos de Nankín, Suzhou, Inglaterra o Estados Unidos, pero no se incluye a la totalidad del Cuerpo de Cristo, tal clase de comunión es una división. Por tanto, la comunión que caracteriza a una división es aquella en la que solamente se incluye a unos cuantos creyentes de la localidad y que excluye a todo el Cuerpo de Cristo, el mismo que trasciende todo tiempo y lugar. Si algunos hermanos insumisos de entre nosotros nos abandonan para establecer otra asamblea y restringen la comunión de los creyentes limitándola únicamente a sus reuniones, ellos se convertirán en una división.

Si, por ejemplo, los hermanos en Chifú adoptasen una actitud que excluya a los demás, laboraran diligentemente e instaran a los creyentes a hacer todas las cosas conforme a la Biblia, pero no tuviesen comunión con nadie más; entonces, en la ciudad de Chifú, tendríamos que enfrentarnos nuevamente a una situación en la que impera el sectarismo, pues esos hermanos se habrán convertido en una división. Toda división tiene ciertas características peculiares. Si una persona se distingue por su apego a todo lo que sea propio de su localidad, se habrá convertido en una persona sectaria. Para determinar si una asamblea es una división, no basta con determinar si sus prácticas se conforman a las Escrituras. En realidad, ésta no es la pregunta crucial, sino que debemos preguntarnos si dicha congregación es una división. Si es una división, debemos apartarnos de ella. Si una asamblea no pertenece al Cuerpo de Cristo ni tiene como objetivo el Cuerpo de Cristo, debe ser abandonada porque es una división. Por tanto, si hemos de servir a Dios con toda propiedad, tenemos que aprender a no desobedecer los mandamientos de Dios y a ser restringidos por los hermanos y hermanas. No podemos aferrarnos únicamente a una sola localidad. Todas las iglesias debieran adoptar prácticas similares con respecto a ciertos asuntos; sin embargo, la norma que rige nuestra conducta no es determinada por la aprobación de la mayoría, sino que se conforma a la decisión tomada por los hermanos que están en unidad. La unidad y la unanimidad son obra del Espíritu Santo, mientras que el consenso de las mayorías procede del hombre.

El principio que rige a la facción abierta de la Asamblea de los Hermanos es el de tomar en cuenta únicamente a sus respectivas congregaciones locales y hacer caso omiso de las congregaciones en otras ciudades. Así, si uno de sus miembros fuese excomulgado por la congregación en Nankín, él todavía podría partir el pan con la congregación de la Asamblea de los Hermanos que se encuentra en Shanghai. Ellos incluso se jactan de que jamás surgen discusiones entre sus congregaciones. Si nosotros adoptáramos sus prácticas, a la asamblea en Shanghai sólo le importarían los creyentes de Shanghai, y a la de Nankín únicamente le importarían los creyentes de Nankín. Por supuesto, no habría discusiones entre ellos y todos coexistirían en paz y sosiego, realizando cada uno su propia labor. En realidad, la facción abierta de la Asamblea de los Hermanos no está exenta de discusiones. De hecho, si unos cuantos de ellos tienen opiniones divergentes de las del resto de la congregación con respecto a alguna doctrina, se separarán. Quizás para el próximo domingo ya celebrarán dos reuniones por separado. Quizás uno de los grupos decida alquilar otro local para reunirse. En algunos otros lugares, los hermanos están divididos en varias congregaciones, las cuales no se comunican entre sí. ¡Con todo, ellos continúan jactándose ante los demás de no tener discusiones unos con otros! Aquellos que prefieren una clase de práctica, se reúnen con la congregación que realiza dicha práctica; y los que prefieren otra clase de práctica, se reúnen con la congregación que realiza esta otra práctica. Esto no se diferencia en nada de la

manera en que proceden las denominaciones. La única diferencia es que las denominaciones son divisiones más grandes, mientras que ellos constituyen divisiones más pequeñas. Sin embargo, esto no está en conformidad con la manera de proceder dispuesta por la Biblia ni con las enseñanzas de la misma.

LA UNIDAD EN LA ADMINISTRACIÓN

Si la asamblea en Shanghai excomulga a un hermano y, a pesar de ello, la asamblea en Nankín lo recibe, no podemos cortar todo vínculo con la asamblea en Nankín; lo único que podemos hacer es tratar de alcanzar un acuerdo con los de la asamblea en Nankín. Una persona que ha sido excomulgada de una de las asambleas locales, ha sido excomulgada de todas las asambleas locales, del mismo modo que una persona que es recibida por una de las asambleas, es recibida por todas ellas. No solamente las asambleas que están basadas en el terreno de la iglesia hacen esto, sino también las denominaciones ponen esto en práctica. Todos aquellos que son excomulgados por los presbiterianos en Shanghai, también han sido excomulgados por los presbiterianos en Nankín. Si las denominaciones hacen esto, entonces, nosotros, que estamos basados en el terreno de la iglesia y abrigamos la expectativa de que el Cuerpo de Cristo sea expresado, ¿no debiéramos disfrutar de relaciones más estrechas e íntimas los unos con los otros y manifestar mayor unidad en nuestras relaciones mutuas, que la unidad que se manifiesta en las denominaciones?

Sin embargo, también tenemos que tomar en cuenta el otro aspecto de esta verdad. Esto es, que la administración de las asambleas se da completamente en el ámbito local. Shanghai no puede anular las decisiones tomadas en Jinan ni puede interferir en ellas, y Jinan no puede anular las decisiones tomadas en Shanghai ni interferir en ellas. Sin embargo, al tomar cualquier decisión, tanto Shanghai como Jinan deberán tener en cuenta cómo sus decisiones podrían afectar a las demás asambleas. Por tanto, debemos ser muy cuidadosos y debemos estar restringidos por el beneficio de las otras asambleas. La administración de una asamblea no puede estar bajo la influencia de las otras asambleas. Pero si una asamblea busca resueltamente la voluntad de Dios, ciertamente no actuará presuntuosamente, escudándose en el hecho de que la administración de las iglesias locales sólo se circunscribe al ámbito local; en lugar de ello, esta asamblea consultará con las demás asambleas, con la esperanza de poder actuar según las Escrituras y en conformidad con lo que el Señor desea. Todo esto se vincula muy estrechamente con nuestra condición espiritual y pone de manifiesto si nuestra carne ha sido debidamente juzgada; pues sólo entonces podremos tener en cuenta a las demás asambleas locales.

Supongamos que la asamblea en Jinan comete un error al recibir como hermano a alguien que todavía no ha sido salvo e, incluso, extiende a su favor una carta

de recomendación dirigida a la asamblea en Shanghai. Ahora, el mismo día en que nosotros en Shanghai recibimos esa carta de recomendación, dicha persona llega a ser residente de Shanghai y deja de estar bajo la administración de los hermanos en Jinan. A partir de entonces, depende de la asamblea en Shanghai si se ha de continuar tal relación o si es necesario excomulgar a esa persona. La asamblea en Shanghai ya no tiene que hacer preguntas a la asamblea en Jinan con respecto a este asunto. Ahora bien, si la iglesia en Shanghai comete un error al excomulgar a un hermano y luego este hermano se traslada a Jinan, tal vez los hermanos de Jinan se percaten del error que se ha cometido, pero aun así, ellos no pueden recibir de inmediato a este hermano que ha sido excomulgado por la iglesia en Shanghai. Ellos, primero, tienen que escribir a Shanghai y consultar con los hermanos en Shanghai. Si la asamblea en Shanghai no concuerda con los de Jinan en este asunto, entonces, la asamblea en Jinan no podrá recibir a dicho hermano. Pero si cuenta con la aprobación de la asamblea en Shanghai, ciertamente los que se congregan en Jinan podrán recibir a dicho hermano.

Por tanto, todo esto depende de que nuestra carne haya sido crucificada. Aun cuando estemos hablando de la relación existente entre asambleas, este principio es válido y pertinente. Si nosotros nos hemos equivocado, tenemos que sujetarnos a los hermanos. Pero si solamente nos aferramos a nuestras propias propuestas, la situación se tornará imposible y nos convertiremos en una división. Si un hermano piensa que jamás puede equivocarse, él mismo ya es sectario. Por tanto, nuestra carne tiene que ser juzgada apropiadamente y ser puesta a muerte, a fin de que podamos vivir en el Espíritu Santo y encargarnos de los asuntos de la iglesia de la manera más apropiada. Si nuestra carne no ha sido juzgada, y uno de nosotros quiere hacer una cosa mientras que otro quiere hacer otra cosa, entonces nos será imposible llevar a cabo los asuntos de la iglesia. Así pues, todos nosotros debemos negarnos a nuestro yo. Esto se aplica tanto a las relaciones entre individuos como a las relaciones entre asambleas. Ésta es, pues, la enseñanza de la Biblia.

PREGUNTAS

Pregunta: Supongamos que un hermano posee una carta de recomendación extendida a su favor por la iglesia en Jinan y, en virtud de dicha carta, comienza a reunirse con la iglesia en Shanghai. Si este hermano es posteriormente excomulgado por la asamblea en Shanghai, ¿es necesario que los hermanos de Shanghai consulten con los de Jinan antes de excomulgarlo?

Respuesta: Al recibir la carta de recomendación, debemos recibir a esta persona en conformidad con dicha carta. Después, si descubrimos que esta persona todavía no ha sido salva, podríamos excomulgarla. Puesto que los hermanos en Jinan estuvieron dispuestos a recomendar dicha persona, tenemos que asumir

que ellos tomaron la decisión correcta; tenemos que considerar lo dicho por los hermanos de Jinan como absolutamente fidedigno y recibir a dicho hermano desde un comienzo. Pero si tenemos que excomulgar a esta persona después, ya no estamos en la obligación de informar a los hermanos de Jinan. Esto sería como excomulgar a un hermano que siempre ha estado reuniéndose en Shanghai; por tanto, no hay necesidad de informar a los hermanos de Jinan de que se ha tomado tal decisión. Cuando esta persona se presenta a la asamblea en Shanghai con una carta de recomendación, entonces, dicha persona es recibida por los hermanos en Shanghai y recibe el mismo trato que se le da a cualquier otro hermano en Shanghai. Al aceptar la carta de recomendación de los hermanos en Jinan, estamos aceptando al hermano descrito en dicha carta y lo aceptamos como uno de los hermanos en Shanghai. A partir de entonces, la congregación en Shanghai posee la autoridad necesaria para ocuparse de dicha persona.

Pregunta: ¿Podemos celebrar la reunión del partimiento del pan en el Jardín de Kun-shan? Si partimos el pan allí, ¿estaríamos actuando en contra de algún principio bíblico?

Respuesta: En la actualidad, en Shanghai se celebran tres reuniones del partimiento del pan. Si no tenemos la certeza de que la reunión que celebramos en el local de la calle Haroon sea la apropiada, entonces no debemos venir aquí mañana para celebrar la reunión del partimiento del pan. Al celebrar la reunión del partimiento del pan, debemos reconocer que dicha reunión representa a la totalidad del Cuerpo de Cristo. La reunión que se celebra en el Jardín de Kun-shan es celebrada por cierto grupo perteneciente a la facción cerrada de la Asamblea de los Hermanos. Ellos han adoptado una actitud excluyente y cerrada, pues únicamente se comunican con los que tienen comunión con ellos, y no con todos aquellos que tienen comunión con Dios. En la comunión de ellos, únicamente reciben a cierto grupo de personas. Aunque usted sea un buen hermano, ellos no lo recibirán. Si usted desea ser recibido por ellos, tendrá que renunciar a cualquier vínculo con todos los demás cristianos. El grupo que se reúne en el Jardín de Kun-shan es uno de los siete u ocho grupos que pertenecen a la facción cerrada de la Asamblea de los Hermanos. Estos grupos son, incluso, excluyentes entre sí.

Si se celebran dos reuniones del partimiento del pan en una misma localidad, entonces tenemos que saber discernir cuál de ellas es la correcta. Si en un mismo lugar han surgido dos de estas reuniones, no podríamos asistir indistintamente a ambas. Debemos preguntarnos si la segunda reunión establecida también está afirmada sobre el terreno de la iglesia. Si ambos grupos están basados en el terreno que es propio de la iglesia, ciertamente tendrán comunión entre sí. Tal relación sería similar a la que existe entre quienes se

reúnen en el local en la calle Wen-teh y quienes se reúnen en el local en la calle Gordon. Todos aquellos que son recibidos en la reunión llevada a cabo en la calle Wen-teh, también son recibidos por quienes se reúnen en la calle Gordon y viceversa; pues tanto los que se reúnen en la calle Wen-teh como los que se reúnen en la calle Gordon son partícipes de una misma comunión. Pero si la comunión no fuera la misma, no podríamos ir a ambas reuniones, aun cuando el formato de las dos reuniones fuera exactamente igual. En tales casos, tenemos que investigar y determinar cuál de ambas reuniones verdaderamente representa a la iglesia y se halla establecida en el terreno que corresponde al Cuerpo, el cual es uno solo. Si una congregación no se reúne así, ella constituye una división.

Cuando visité los Estados Unidos, me pareció bien partir el pan con el Dr. Stearn y su esposa. Sin embargo, habría cometido un gran error si hubiese partido el pan con aquellos a los cuales ellos no reconocían. Pude hacer esto porque ya había partido el pan con ellos en Jinan. Si nos encontramos en un lugar en el cual todavía no se ha establecido asamblea alguna, podemos actuar con entera libertad y establecer allí la reunión del partimiento del pan. (Por supuesto, también tenemos que establecer la unidad con los hermanos con los cuales tenemos comunión.) No estaría bien que yo fuese a Hangzhou y reuniera a unas cuantas personas a fin de establecer la reunión de la mesa del Señor, puesto que en Hangzhou ya existe una mesa establecida para celebrar la reunión del partimiento del pan. Si yo intentara hacer tal cosa, ciertamente el hermano Luan me diría que yo no debería establecer otra mesa; de haberlo hecho, tendría que confesar mi error. La Asamblea de los Hermanos sostiene que ellos no pueden recibir en sus reuniones del partimiento del pan a nadie que no haya dejado las denominaciones. Pero esto hace de ellos otra división. En cuanto a nosotros, sí podemos tener comunión con todos aquellos que han sido salvos en las denominaciones. Supongamos que en la ciudad de Ningpo no se celebrara ninguna reunión del partimiento del pan. Si dos o tres hermanos de Jinan se trasladaran a Ningpo, ellos muy bien podrían establecer allí una reunión del partimiento del pan.

Pregunta: En Pekín se ha establecido la reunión del partimiento del pan, pero los hermanos que se reúnen allí son bastante débiles. ¿Podría partir el pan con ellos y también ir a otro lugar a escuchar a un predicador famoso?

Respuesta: No es completamente erróneo ir a otros lugares a escuchar a predicadores famosos. Nosotros no prohibimos a las personas ir a otros lugares para que escuchen a otros oradores. Pero sí tenemos que dejar algo bien en claro: cuando usted vaya a escuchar a tales personas, existen límites con respecto a su comunicación con ellos. Si la meta que ellos se han fijado con respecto a su obra no alcanza la norma de la meta fijada por Dios, entonces tales

obras no son la obra de Dios, la cual se ajusta a las normas establecidas por la Biblia. Ya he dicho que la obra de Dios no consiste en realizar cruzadas evangelizadoras, ni en crear sociedades que promuevan una causa en particular, ni en establecer escuelas dominicales o realizar campañas de avivamiento; mas bien, desde sus inicios, la obra de Dios siempre se ha concentrado en la iglesia solamente. En las diferentes localidades, la obra de Dios consiste en edificar la iglesia local en esa ciudad. Todo aquello que sea inferior a esto, es decir, todo aquello que no cumpla este objetivo, no es la obra de Dios. No estoy diciendo que realizar cruzadas de evangelización así como estudios bíblicos sea malo, pero si realizamos únicamente tales actividades sin alcanzar la norma que es propia de la iglesia local, ciertamente no habremos alcanzado el estándar determinado por la meta de Dios. De hecho, habremos rebajado el estándar de dicha meta. Según el libro de Hechos, la obra de Dios no consistió en nada inferior a la iglesia local; esto es, la obra de Dios jamás tuvo otra norma inferior ni asumió una meta inferior a ésta.

En la actualidad, en la iglesia hay personas que se dedican a predicar las verdades bíblicas, conducir a las personas a la salvación, dirigir estudios bíblicos, dar mensajes u organizar reuniones de evangelización. Ciertamente los creyentes pueden hacer todas estas cosas; pero tenemos que asirnos a la meta de Dios, es decir, la iglesia debe ser nuestra norma. Me temo que aun cuando muchas obras pueden ser consideradas como muy buenas, ellas no alcanzan el estándar de la obra de Dios, el cual es la iglesia. Sé que hay muchos creyentes dotados que no se reúnen con nosotros, pero también tengo la convicción de que si somos fieles, Dios hará surgir a hermanos dotados de entre nosotros. Si vivimos bajo la luz de Dios, no habrá necesidad de que acudamos a los de afuera en procura de mensajes.

Pregunta: Algunos creyentes critican las verdades que nosotros proclamamos. Ellos se aferran tenazmente a su propio “estudio bíblico”; sin embargo, quieren partir el pan con nosotros e incluso desean predicar en nuestras reuniones del partimiento del pan. ¿Qué medidas debemos tomar con respecto a esta clase de personas?

Respuesta: Si un estudio bíblico es llevado a cabo de tal manera que se excluye a los demás creyentes, tal reunión no se ciñe a los principios que corresponden a la iglesia. Esta clase de reuniones no llega al estándar de la obra de Dios; en otras palabras, no es la obra de Dios, sino un intento humano de imitarla. La obra de Dios siempre ha tenido como centro la iglesia (local). Es bueno que los hombres establezcan grupos de estudio bíblico y lleven a cabo cruzadas de evangelización; todo esto es bendecido por Dios. Pero tales actividades no constituyen la obra de Dios. La obra de Dios tiene una sola meta: la iglesia. Por ejemplo, “La Misión al interior de China” es una misión, y no una iglesia. Es

muy bueno que dicha misión envíe a las provincias chinas personas que puedan predicar el evangelio; ciertamente Dios bendice dicha labor. Nosotros probablemente no somos tan fructíferos como ellos. Pero la labor que ellos realizan no puede ser considerada la obra de Dios. Únicamente podemos afirmar que Dios obra en las actividades que ellos están realizando, lo cual no debemos ignorar. Si dijéramos que Dios no realiza diversas operaciones en las obras que ellos están llevando a cabo, estaríamos ofendiendo a Dios. Sin embargo, la meta y el propósito de tales reuniones no son las iglesias locales.

Si las personas que usted ha descrito desean partir el pan con nosotros, debemos estar dispuestos a recibirlos gustosos; aun así, no recibimos sus denominaciones. Aunque ellos pertenecen a las denominaciones, no debemos rechazarlos por tal motivo; sin embargo, el hecho de que nosotros los recibamos, no quiere decir que ellos no deban dejar las denominaciones. No debiéramos rehusarnos a recibir a un creyente que pertenece a las denominaciones; simplemente debemos recibir al creyente en sí. Después de ello, todavía es necesario instar a dicho creyente a dejar las denominaciones.

Si una persona que está en las denominaciones es salva, podemos recibir a dicha persona en la reunión del partimiento del pan. *Pero no podemos recibirla para que predique entre nosotros.* Con respecto a las personas que no están claras acerca de las verdades sobre la iglesia, nosotros podemos tener comunión con ellas únicamente en términos de la vida divina, mas no en términos de la obra. Puesto que dicha persona todavía es partícipe de la comunión de las denominaciones, no sabemos qué es lo que diría si se le diera la oportunidad de predicar entre nosotros. Por tanto, con muchos, únicamente podemos tener comunión en la esfera de la vida divina, mas no podemos ser sus colaboradores. Éste es el principio al cual se ciñó el apóstol Pablo.

En Romanos 16:17 dice: “Ahora bien, os exhorto, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la enseñanza que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos”. Nosotros no debiéramos dar cabida ni prestar atención a quienes se introducen entre nosotros con el único fin de criticarnos; debemos apartarnos de tales personas. En el futuro, cuando surjan algunos hermanos entre la asamblea a fin de servir en calidad de ancianos, ellos podrán informar a los demás hermanos de quiénes debemos apartarnos y de quiénes no es necesario apartarse. Los demás hermanos deben simplemente obedecer a los ancianos.

Pregunta: Supongamos que yo visito la ciudad de Xinxiang y allí encuentro que existe una reunión del partimiento del pan que no está afiliada con ninguna denominación. ¿Puedo comenzar a partir el pan con ellos, o debo enviar

primero un telegrama para consultar con los hermanos de Shanghai a fin de obtener su aprobación?

Respuesta: Existe una buena razón por la cual es mejor consultar primero: al hacerlo mostramos que respetamos la opinión de los hermanos. Al mismo tiempo, esto demuestra con cuánta seriedad usted trata dicho asunto. A veces, incluso antes de visitar otra ciudad, usted puede solicitar el consentimiento general de los hermanos. Quizás los hermanos le den la libertad de participar en cualquier otra reunión del partimiento del pan que ellos consideren apropiada. Entonces, usted podrá partir el pan con ellos. En cuanto al envío de un telegrama, podría ser necesario si es para informarles a los hermanos o para entender qué es lo que piensan los hermanos, pero resulta innecesario si se hace en busca de aprobación. Ciertamente, entender la manera de pensar de los hermanos es una acción propia del Cuerpo.

Pregunta: Supongamos que yo visito la ciudad de Xinxiang y decido partir el pan con una congregación afiliada a las denominaciones. Una vez que los hermanos en Shanghai se enteran de esto, ¿qué medidas deben tomar al respecto? ¿Debo ser disciplinado o recibir simplemente una advertencia?

Respuesta: Ésta no es solamente una pregunta relacionada con un caso hipotético en Xinxiang, sino que, de hecho, es un problema que enfrentamos aquí mismo en Shanghai. Permítanme preguntarles: ¿Con qué propósito vienen a partir el pan con nosotros? Si esta mesa no es la mesa del Señor, y si ustedes parten el pan con nosotros simplemente porque los demás lo hacen y recuerdan al Señor porque es lo que el resto de los hermanos hace, ¿qué beneficio les proporcionará este pan? No es cuestión de que ustedes puedan partir el pan con nosotros una vez que hayan dejado de partir el pan con otras congregaciones. La cuestión verdaderamente crucial es: ¿Cómo conceptúan ustedes nuestra mesa? Si ustedes piensan que nuestra mesa no es la mesa del Señor, ¿por qué vienen a partir el pan con nosotros? Si ustedes han entendido y descubierto que nuestra mesa es la mesa del Señor, ¿por qué habrían de procurar otra mesa? A cualquiera que desee hacer tal cosa, tengo que decirle simplemente que en la Biblia no existe tal mandamiento.

Si alguno quiere partir el pan con nosotros pero, al mismo tiempo, también quiere participar de la Santa Comunión de las denominaciones, nosotros no podemos excomulgarlo. Sin embargo, debemos exhortar a dicha persona. Si dicha persona no hace caso a nuestras exhortaciones, tenemos que actuar conforme a Tito 3:10: “Al hombre que cause disensiones, después de una y otra amonestación deséchalo”. También en 2 Tesalonicenses 3:6 dice: “Ahora bien, os ordenamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según las

instrucciones que os fueron entregadas y que recibisteis de nosotros”. Tales personas facciosas deben ser dejadas fuera de nuestra comunión y no debemos comunicarnos con ellas, a fin de que se percaten que son cristianos aislados. Por supuesto, hay quienes son así no intencionalmente; mas bien, se comportan de esta manera debido a que les falta conocimiento. Estos casos son completamente diferentes.

Pregunta: En mi caso, a veces resido en Shanghai, y a veces, en Suzhou. Cuando los hermanos en Suzhou desean que yo haga algo para ellos, entonces me consideran como un hermano de Suzhou; de lo contrario, me consideran como un hermano de Shanghai. ¿Yo debiera ser considerado un hermano de Shanghai o de Suzhou?

Respuesta: Puesto que usted retorna a Suzhou todos los años durante los días feriados y es su sentir que debe asumir más responsabilidades con respecto a la reunión celebrada en Suzhou, quizás lo correcto sea considerarlo a usted como un hermano de allí. Puesto que usted permanece en Suzhou con mucha frecuencia, los hermanos en Shanghai no pueden consultarle respecto de asuntos relativos a la asamblea en Shanghai. Me parece que usted debe considerarse un hermano de Suzhou. En la actualidad, la asamblea en Suzhou tiene gran necesidad de hermanos que asuman responsabilidad.

En cuanto a si un hermano debe pertenecer a este lugar o a aquel otro lugar, únicamente podemos decir que ello depende del tiempo que tal hermano pasa en cada lugar. Por lo general, tal hermano debe pertenecer a aquel lugar en el cual pasa más tiempo. Además, esto plantea la cuestión de los límites de la asamblea local. Pero hablaremos al respecto en la reunión del próximo lunes por la noche.

Pregunta: Sabemos que al recibir a alguien tenemos que hacerle estas cuatro preguntas: (1) ¿Es salvo? (2) ¿Practica algunos de los pecados mencionados en 1 Corintios 5? (3) ¿Está dispuesto a ser responsable ante la asamblea? (4) ¿Está dispuesto a tener comunión con los hermanos? Si una persona es salva y no practica ninguno de los pecados obvios mencionados en 1 Corintios 5 —pecados que impedirían que dicha persona parta el pan con nosotros—, pero se rehúsa a aceptar su responsabilidad ante la asamblea y a tener comunión con los hermanos, y, en lugar de ello, desea ejercer control sobre nosotros, ¿qué debemos hacer?

Respuesta: Les ruego que observen que la primera y segunda pregunta son nuestros requerimientos para recibir a alguien en la mesa del Señor. La tercera y cuarta pregunta giran en torno a discernir el Cuerpo. Si esta persona no discierne el Cuerpo, juicio come para sí. Todos aquellos que sirven en la

asamblea en calidad de ancianos deben tener esto bien claro. Además, en lo que concierne a discernir el Cuerpo, hay dos aspectos que debemos considerar. El primer aspecto consiste en que tenemos que discernir que este Cuerpo es el cuerpo del Señor Jesús y que, cuando partimos el pan, comemos y bebemos en memoria del Señor. El segundo aspecto consiste en que tenemos que discernir que este Cuerpo es el Cuerpo de Cristo en Su totalidad. Cuando nos reunimos los domingos por la noche a partir el pan, debemos comprender que no solamente aquellos que parten el pan con nosotros constituyen el Cuerpo de Cristo, sino todos aquellos que han sido redimidos por la sangre preciosa del Señor conforman el Cuerpo de Cristo. Si un japonés viene a partir el pan con nosotros, debemos reconocerlo como nuestro hermano amado, igual que los demás hermanos. Si los británicos estacionados en el Tíbet le declaran la guerra a China, y un hermano inglés nos visita a fin de partir el pan con nosotros, debemos estimarlo como nuestro amado hermano. No debiéramos preocuparnos por las diferencias que existen entre los hombres, sino únicamente por nuestra relación en el Cuerpo de Cristo. Si un creyente que no discierne el Cuerpo viene a partir el pan con nosotros, podemos preguntarle si está dispuesto a discernir el Cuerpo. ¿Está dispuesto a ser responsable ante la iglesia por todos sus actos? Si la respuesta es no, no podemos impedirle que parta el pan con nosotros, pues se trata de una persona salva; sin embargo, tenemos que hacerle saber a esta persona que si no discierne el Cuerpo, juicio come para sí, y esto resultará en perjuicio suyo.

Pregunta: Si alguno come juicio para sí, ¿morirá?

Respuesta: Sí, esto es posible. Si una asamblea se reúne en santidad y la misma sabe ejercer la autoridad de Dios, es probable que sucedan tales cosas. ¿Por qué es el partimiento del pan un acto tan importante? Si alguno reconoce el Cuerpo de Cristo y admite ser parte del mismo pero, aun así, no lo discierne, está dando lugar a falso testimonio y trae vergüenza sobre Dios mismo. Además, el partimiento del pan es un testimonio para los ángeles, los demonios y todos los principados y potestades. Por tanto, dar falso testimonio representa para Dios una gran vergüenza. Dios será tolerante con los ignorantes, pero con aquellos que pecan deliberadamente, que habiendo reconocido al Cuerpo aun así levantan falso testimonio, Dios no puede ser tolerante, sino que enviará Su castigo.

Pregunta: En cierto lugar, un hermano ha contraído una enfermedad muy grave. Este hermano había cometido el pecado de injuriar. ¿Usted cree que su enfermedad es el castigo de Dios?

Respuesta: Sí. Así es.

Pregunta: Si un hermano está enfermo, ¿tiene que pedir a los ancianos que lo unjan con aceite para poder ser sanado?

Respuesta: Hay una serie de razones por las cuales los creyentes se enferman. Algunas enfermedades son causadas por negligencia en la esfera natural. Otras, son producto de ataques de Satanás. Además, hay enfermedades que son resultado de haberse separado del Cuerpo de Cristo. Si un creyente está enfermo debido a que se aisló del Cuerpo de Cristo y debido a que dejó de aferrarse a la Cabeza y abandonó la posición apropiada en el Cuerpo de Cristo, primero debe entender cómo es que llegó a quedar separado del Cuerpo antes de pedir a los ancianos que lo unjan con aceite. El significado que tiene el acto de ungir con aceite es el de restaurar a un determinado miembro a su posición apropiada en el Cuerpo de Cristo *por medio del Espíritu Santo*. Sabemos que somos miembros en el Cuerpo de Cristo. Así como un miembro de mi cuerpo se beneficia de la sangre y la vida que circula por todo el cuerpo, así también los miembros del Cuerpo de Cristo reciben la circulación de la vida de Cristo y de Su sangre. Esto es tipificado por el unguento que fluye desde la cabeza de Aarón al resto de su cuerpo. Siempre y cuando los miembros permanezcan en sus posiciones correspondientes, el unguento fluirá hacia ellos; ellos recibirán la protección que proviene del unguento y sus enfermedades desaparecerán. Todos aquellos que asumen sus respectivas posiciones en el Cuerpo de Cristo, están bajo la unción de la Cabeza. Si bien el unguento ha sido derramado sobre Cristo la Cabeza, éste fluye de la Cabeza hacia nosotros. Cuando recibimos el unguento, estamos sanos. Allí donde el unguento está presente, hay vida. Los creyentes están enfermos porque han fracasado y porque se han aislado y separado del Cuerpo de Cristo. Cuando esto sucede, se impide que la vida y el unguento de Cristo fluyan hacia dichos miembros.

En la epístola de Jacobo dice que si alguno de nosotros está enfermo, puede pedir a los ancianos de la iglesia que lo unjan con aceite (5:14). Dice que le pidamos a los ancianos efectuar tal ungimiento. Para estos casos, los dotados no son útiles, porque son los ancianos los que representan a la iglesia, el Cuerpo de Cristo. La unción con aceite representa la restauración del creyente enfermo a fin de que éste vuelva a estar bajo la unción de la Cabeza. Si ustedes pueden hacer que dicha persona vuelva a estar bajo la unción de la Cabeza, su enfermedad lo abandonará.

Pregunta: De ser así, ¿es posible para una persona que representa la iglesia visitar al hermano enfermo y ungirlo con aceite? ¿Sanará esto al hermano enfermo?

Respuesta: Sí, esto es posible. Pero antes de ungir con aceite, primero es necesario que haya confesión de pecados y oraciones. Jacobo dijo que tenemos

que confesarnos nuestros pecados los unos a los otros. La confesión es un requisito necesario debido a que la relación mutua en el Cuerpo ha sido gravemente cortada. La confesión se hace necesaria para eliminar el pecado de separación del Cuerpo y ser restaurados a la posición original. Si tal separación continúa, aun cuando el aceite haya sido aplicado será inútil. Por tanto, tal persona primero tiene que superar toda separación o aislamiento y confesar minuciosamente todas las críticas e injurias vertidas en contra de los hermanos. Antes de poder ungir a otros con aceite, incluso los ancianos tienen que confesar sus pecados los unos a los otros a fin de eliminar cualquier separación e impedimento y retornar a una relación apropiada en el Cuerpo de Cristo. Únicamente entonces el aceite de Cristo, quien es la Cabeza, fluirá hacia los miembros de Su Cuerpo.

Pregunta: ¿Con qué clase de aceite debemos ungir a la persona y a qué parte del cuerpo debe ser aplicado?

Respuesta: La mejor clase de aceite es el aceite de oliva. Pero si uno no tiene aceite de oliva, puede usar cualquier otra clase de aceite. El aceite deberá ser aplicado en la cabeza.

Pregunta: ¿Qué debemos hacer con respecto a un creyente que ha ocasionado disturbios en las reuniones y que, a pesar de que los ancianos lo detuvieron, no ha enmendado su conducta? Dicho creyente es una persona que no practica ninguno de los pecados mencionados en 1 Corintios 5.

Respuesta: Debemos informar a los hermanos que es necesario mantenerse alejados de dicha persona. Los ancianos son los que, en tales casos, tienen el encargo de asumir la responsabilidad espiritual. Así pues, si existe tal clase de persona en una localidad, son los ancianos quienes deben asumir la responsabilidad de tomar medidas con respecto a dicha persona por medio de sus oraciones. Tomar medidas con respecto a un hermano por medio de oraciones es un asunto muy serio y es algo que todos debemos entender bien. Si un grupo de hermanos responsables toma medidas con respecto a dichos asuntos en unanimidad y con sobriedad, es posible que sucedan muchas cosas trágicas, graves y peligrosas porque Dios hará uso de Su autoridad delegada para ejecutar juicio. Esto no es cuestión de saber orar o no. Cuando surgieron problemas en Corinto, Pablo reprendió a los corintios por no haber tomado las medidas respectivas. Por ello, los ancianos deben ser muy cuidadosos y encargarse de tales asuntos apropiadamente. Si no se toman las medidas correspondientes con respecto a la corrupción de la carne, tal persona será destruida en la carne. Esto traerá consecuencias terribles. Por tanto, tenemos que aprender a ser personas obedientes, de tal manera que nuestra carne esté bajo restricciones morales y no vayamos a causar ningún problema.

Pregunta: ¿Qué significa congregarse basados en el terreno de la iglesia? ¿Cómo podemos saber que nos reunimos afirmados sobre el terreno de la iglesia?

Respuesta: Si usted visita una nueva localidad y allí encuentra una asamblea en la cual el bautismo, el partimiento del pan, las reuniones, el lugar que se le asigna a las hermanas y el nombramiento de ancianos y diáconos se realizan conforme a la Biblia y tal como nosotros acostumbramos hacerlo, usted no debe apresurarse a unírseles en la cena del Señor ni a ser partícipe de su comunión. Al respecto, tengo que dejar algo bien claro: en lo concerniente a la reunión del partimiento del pan y a nuestra comunión, nosotros somos, al mismo tiempo, muy abiertos y muy cerrados. Nuestra postura es muy amplia debido a que, independientemente de la denominación de la cual provengan las personas, nosotros recibimos a todos los hijos de Dios, siempre y cuando las Escrituras no los descalifiquen específicamente respecto a tal comunión, y siempre y cuando ellos *vengan* a nosotros. Por otro lado, somos muy cerrados en el sentido de que —en tanto ellos no se congreguen basados en el terreno de la iglesia— no podemos *ir a ellos* para tener comunión o partir el pan con ellos, independientemente de cuánto se ciñan a las Escrituras respecto a su forma de reunirse.

Así pues, si ustedes se encuentran con una congregación que se ciñe a las Escrituras en cuanto a sus formas y se asemeja mucho a nosotros, no deben suponer que sean iguales en todo y que podamos unirnos a ellos. En tales casos, se plantea una pregunta *en extremo* crucial: esta asamblea, ¿se reúne basada en el terreno de la iglesia? A menos que se haya respondido a esta pregunta apropiadamente, usted no puede *ir a ellos* y unírseles en el partimiento del pan. La razón por la cual no vamos a las denominaciones para partir el pan con ellos radica en que ellos no se reúnen basados en el terreno de la iglesia. Por ello, su pan no puede representar a todo el Cuerpo de Cristo, sino únicamente a sus respectivas denominaciones.

¿Qué significa la expresión “basados en el terreno de la iglesia”? Para determinar esto, dos cosas son muy importantes.

(1) Uno no debe ser una división. ¿Qué diferencia hay entre una división y la iglesia? La iglesia incluye a todos los creyentes, mientras que una división únicamente incluye a un sector de creyentes. Una división erige paredes divisorias dentro de la iglesia y se separa del resto de los miembros de la iglesia. Una división no está basada en el terreno de la iglesia, porque ha adoptado un nombre que no es compartido por la totalidad de la iglesia. Una división recalca ciertas verdades específicas que la totalidad de la iglesia no recalca necesariamente y, además, tiene cierta comunión (entre sus miembros) que no es compartida por toda la iglesia. Para estar basada en el terreno de la iglesia,

una asamblea debe evitar cualquier designación distinta al nombre general de la iglesia, así como debe evitar también sostener ciertas verdades especiales o practicar cierta comunión especial.

(2) Para que una asamblea esté basada en el terreno de la iglesia, es menester que dicha asamblea lleve un vivir que sea propio del Cuerpo de Cristo. Si se encuentran con un grupo que no tiene un nombre, un credo ni afiliación particular y que, al congregarse y al realizar ciertas prácticas lo hace en conformidad con las Escrituras y se asemeja a nosotros, todavía deben preguntarse (aun cuando dicho grupo no es considerado una división), si dicha congregación lleva la vida que es propia del Cuerpo. No todo grupo que no constituye una división está necesariamente basado en el terreno de la iglesia. Si un grupo no es una división, con respecto a las cosas negativas, no necesariamente quiere decir que tal grupo conozca el Cuerpo de Cristo y la iglesia de Dios, en lo que concierne a las cosas positivas.

Ustedes tienen que ver si una asamblea puede asumir la responsabilidad de ser la iglesia local en esa localidad. Si en esa localidad existen otras reuniones más pequeñas de índole similar, ¿se esfuerza dicha asamblea por unirse a esas otras reuniones a fin de llegar a ser la iglesia local en esa localidad? ¿Se relaciona responsablemente con esas otras congregaciones, enseñándoles y ayudándoles a percatarse de la naturaleza que tiene la iglesia local? ¿O, más bien, ignora tal cuestión y permite que la situación permanezca indefinida, de modo que ninguna de las reuniones cumpla con los requisitos necesarios para llegar a convertirse en la representación de la iglesia local? Si en esa localidad existen predicadores independientes que no pertenecen a ninguna de las denominaciones, entonces, ¿toma dicha asamblea la iniciativa de guiar a tales predicadores y relacionarse con ellos a fin de que en esa localidad no haya obreros aislados? O, en lugar de ello, ¿ha adoptado dicha asamblea una actitud despreocupada hacia los demás obreros? ¿Se esfuerza al máximo por incluir a todos los hijos de Dios o se dedica, más bien, a abrir trincheras y erigir muros divisorios en torno a su reducida comunidad? Éstas son las cosas que determinan si una asamblea está basada en el terreno de la iglesia y si se esfuerza por asumir la responsabilidad de ser la iglesia local en esa ciudad.

Además de todo ello, aun si una determinada asamblea asume la responsabilidad de ser la iglesia local en esa localidad, uno todavía tiene que investigar si ella ha adoptado una actitud “localista”, según la cual únicamente se preocupa por su respectiva localidad. Esta asamblea, ¿reconoce que la iglesia de Dios es universal y que la misma tiene que tener comunión con las otras iglesias locales que se congregan basadas en el terreno de la iglesia? Si esta congregación no desea tener comunión con las otras iglesias locales ni desea asumir la responsabilidad de seguir las pisadas de las demás, todavía no se basa

en el terreno de la iglesia. Una asamblea que se congrega basada en el terreno de la iglesia debe asumir la responsabilidad de representar a los miembros del Cuerpo de Cristo en dicha localidad. Debe esforzarse por tener comunión con los demás miembros del Cuerpo de Cristo en las otras localidades. (Si se requiere de mayor explicación al respecto, véase por favor el texto central de este capítulo.) Si una asamblea hace todas estas cosas, ciertamente se congrega basada en el terreno de la iglesia.

Estoy seguro que ustedes se han percatado de que en la Biblia, originalmente, existían únicamente iglesias locales. Hoy en día, la iglesia (en su manifestación externa) se ha degradado y ha caído en divisiones muy serias y graves. Debido a que en una misma ciudad hay tantas denominaciones, ya no es posible que una asamblea proclame ser la iglesia local en aquella ciudad. Por tanto, lo único que podemos afirmar es que nosotros somos simplemente una asamblea basada en el terreno de la iglesia local; nosotros no somos “la iglesia local”. De hecho, el motivo por el cual nos congregamos basados en el terreno de la iglesia es, precisamente, debido a que ninguna de las congregaciones existentes en nuestras respectivas ciudades —las cuales, en su mayoría, se encuentran afiliadas a una denominación— se halla basada en el terreno de la iglesia.

Pregunta: Si en una reunión de la mesa del Señor se tiene la disposición de recibir a todos los hijos de Dios, ¿podríamos decir que dicha reunión está basada en el terreno de la iglesia?

Respuesta: Lo primero que debemos dejar establecido es qué significa estar basados en el terreno de la iglesia. Sabemos que para congregarnos basados en el terreno de la iglesia, no debemos ser una división. Sin embargo, esto es únicamente en un sentido negativo. En un sentido positivo, la asamblea en cuestión deberá expresar la vida del Cuerpo de Cristo. Esto quiere decir que tal asamblea jamás actúa de manera independiente, y que en ella prevalece *la disposición por actuar conjuntamente con todos los hermanos que no están en las divisiones*. Por supuesto, no podemos proceder de la misma manera en que lo hacen los hermanos en las divisiones. Pero, aun cuando la iglesia en nuestros días se halle en escombros, todavía hay quienes anhelan proseguir aparte de toda división y de toda organización humana. Debemos, pues, tomar el mismo camino que toman aquellos que no pertenecen a las divisiones. Únicamente entonces podremos afirmar que estamos basados en el terreno de la iglesia.

Estrictamente hablando, la expresión “basados en el terreno de la iglesia” únicamente se aplica a la era actual, un tiempo en el que la iglesia se ha degradado. Cuando la iglesia sea verdaderamente una, sin divisiones ni organizaciones humanas, todos estaremos basados en el terreno de la iglesia y daremos expresión a la vida que es propia del Cuerpo de Cristo. Pero al

presente, la iglesia (en su manifestación externa) está en escombros, y los hombres se han dividido y se conducen conforme a la manera humana y natural de proceder. Por tanto, existe la necesidad de un grupo de personas que no solamente se nieguen a ser sectarias, *sino que*, además, resuelvan estar firmemente basadas en el terreno de la iglesia a fin de dar expresión a la vida que es propia del Cuerpo en beneficio de toda la iglesia.

Hoy en día, en muchos lugares hay creyentes que se percatan del error que constituyen las divisiones, *pero que no ven* el Cuerpo de Cristo. Ellos creen que siempre y cuando no haya divisiones, la situación es inmejorable. Pero no se dan cuenta de que despojarse de toda división representa únicamente un aspecto negativo. Aun cuando la iglesia ha perdido su unidad, aquellos que quieren dejar tal situación de división todavía tienen que conducirse, en todo aspecto, regidos por el principio de la unidad de la iglesia. Por tanto, aun cuando haya una reunión de la mesa del Señor en la que exista la disposición de recibir absolutamente a todos los hijos de Dios, nosotros todavía tenemos que preguntarnos si la obra, el testimonio y la comunión propios de dicha asamblea está unida a la obra, testimonio y comunión de todos aquellos que han dejado las divisiones. Así pues, no se debe tener el concepto de que —debido a que los demás se han convertido en divisiones— entonces aquellos que fueron excluidos y no quieren constituir una división ya no pueden ser como aquellos creyentes de los primeros días de la iglesia cuando no existían divisiones. Todos aquellos que no están en las divisiones deben expresar la vida que es propia del Cuerpo y que corresponde a la iglesia. Todo aquel que piense que no se halla en una división, pero que rehúsa ser partícipe de la obra y la comunión de todos aquellos que han dejado las divisiones y prefiere actuar de manera independiente, simplemente no está basado en el terreno de la iglesia, aun cuando reciba a todos los hijos de Dios. Ciertamente, dicha persona todavía no conoce lo que es el Cuerpo de Cristo. Como tal, dicha mesa no es todavía la mesa del Señor, porque ese pan no puede representar a todos los creyentes. Y, puesto que tal obra no incluye a todos los hijos de Dios —particularmente a quienes han dejado las divisiones— nosotros no podemos ser partícipes de dicho pan. Dios no nos ha eximido de la responsabilidad de dar expresión a la vida del Cuerpo únicamente porque los demás miembros estén divididos.

Si una denominación está públicamente dispuesta a recibir a todos los hijos de Dios, ¿podemos nosotros ir a tener comunión con ellos? Ciertamente no podemos. Por otro lado, si los hermanos de cierto lugar no pertenecen a ninguna división, y tampoco tienen comunión con los hermanos de otro lugar que se han apartado de las divisiones, ellos son iguales a las denominaciones y no están basados en el terreno de la iglesia. En realidad, ellos constituyen otra división, y nosotros no podemos ir a ellos ni partir el pan con ellos. Pero esto no

quiere decir que nosotros no los recibamos cuando vengan a nosotros; simplemente significa que nosotros no podemos ir a ellos.

CAPÍTULO TRES

CÓMO REUNIRNOS

Existen diversas clases de reuniones, pero en todas ellas debemos esforzarnos por hacer dos cosas:

(1) *Llegar temprano.* Aquellos que viven en los pisos situados arriba del salón de reuniones no deben esperar a escuchar que se entona el primer himno para venir a la reunión. Es muy descortés llegar tarde a una reunión, pues obligamos a los demás a esperarnos. En 1 Corintios 11:33 dice: “Así que, hermanos míos, cuando os reunís a comer, esperaos unos a otros”. No son muchos los que ponen en práctica este versículo. Lamentablemente, muy pocos están dispuestos a venir temprano a una reunión y esperar por los demás; en lugar de ello, la mayoría quiere que sean los demás los que esperen. A veces, tenemos que esperar desde la 9:30 a.m. hasta las 10:00 a.m. y, aun así, algunos hermanos no han llegado todavía. Quisiera dirigirme particularmente a los hermanos que viven en la calle Wen-teh: con frecuencia, los que viven más cerca del local de reuniones llegan tarde a la reunión. Todos y cada uno de nosotros debemos esforzarnos al máximo por llegar temprano, a fin de que los demás no tengan que esperar por nosotros.

Llegar tarde a la reunión tiene una serie de efectos negativos. En primer lugar, causa que una reunión comience tarde y acabe tarde. Esto hace que las hermanas que son responsables por sus hogares lleguen tarde a sus casas, lo cual las retrasa en sus labores, tales como cocinar o cuidar de sus niños. En segundo lugar, debido a que hemos llegado tarde a la reunión del partimiento del pan, quizás pedimos que se cante un himno que ya ha sido cantado anteriormente, causando así repeticiones en la reunión. En tercer lugar, si la reunión ha comenzado antes que usted llegue a la misma, al llegar tarde, hará que la reunión comience de nuevo. Esto a veces ocurre cuatro o cinco veces durante una reunión, dando lugar a cuatro o cinco inicios diferentes. Aunque es cierto que podríamos aprender a conmemorar al Señor dirigidos por el Espíritu y hacer que la reunión comience de diversas maneras —unas veces considerando el sufrimiento que Cristo padeció, otras veces considerando el perdón de los pecados y otras veces contemplando la gloria del Señor—, el hecho es que la persona que llega tarde a la reunión ignora cómo comenzó la misma y, por tanto, sus oraciones o los himnos que seleccione no concordarán con la reunión. Así que, siempre es mejor llegar temprano a la reunión y esperar un poco en el local de reuniones, que llegar tarde.

(2) *Ponerse de pie al hablar.* En las reuniones del partimiento del pan así como en las reuniones generales, es mejor que los hermanos se pongan de pie al hablar. Según la costumbre entre los chinos, es descortés dirigirse a un grupo de personas estando sentado. Además, la persona que habla sentada no podrá hablar tan claramente como lo hace al estar de pie y, si no se pone de pie, será difícil para los demás oírle. Incluso, su voz se confundirá fácilmente entre la voz de otros hermanos. Así pues, si al sugerir un himno usted permanece sentado, mirando hacia el suelo, no podrá ver si otro hermano se puso de pie para orar o para sugerir otro himno. En todo caso, nuestros ojos se percatan de muchas más cosas que lo que pudiéramos percibir solamente con nuestros oídos. Si usted se pone de pie antes de hablar, evitará la confusión que causan dos personas al hablar simultáneamente. Si dos personas procuran dirigir la palabra a la asamblea simultáneamente, ello se debe a que ninguna de las dos se puso de pie antes de hablar. Por tanto, quisiéramos que los hermanos tengan siempre presente que cada vez que quieran hablar en la reunión, ya sea para orar o pedir que se cante un himno, primero deben observar a su alrededor para ver si alguien ya se puso de pie. Si nadie se ha puesto de pie, entonces pueden proceder a hablar. Si bien estas pautas son asuntos aparentemente insignificantes, los hermanos debemos darles la debida importancia.

LA REUNIÓN DEL PARTIMIENTO DEL PAN

Lo primero que debemos recalcar es que venimos a participar de la reunión del partimiento del pan a fin de recordar al Señor. Por tanto, el Señor debe ser el centro de la reunión. Es impropio elevar súplicas y oraciones durante la reunión del partimiento del pan. Por supuesto, podemos ofrecer acciones de gracias y alabanzas al Señor en oración, pero éste no es el momento para hacer memoria de nuestras necesidades. La reunión del partimiento del pan que celebramos el día del Señor por la noche es una reunión dedicada exclusivamente a presentar acciones de gracias y elevar alabanzas.

Según la luz que arroja la Biblia sobre este asunto, la reunión del partimiento del pan debiera constar de dos secciones. Antes de partir el pan, estamos ante el Señor Jesús; después de haber partido el pan, estamos ante el Padre. Antes de partir el pan, el Señor nos guía a recordarlo a Él. Por tanto, en esta primera parte de la reunión, el Señor es el centro de nuestra reunión; todas nuestras acciones de gracias y alabanzas deben girar en torno a la persona del Señor. Antes de partir el pan, contemplamos al Señor Jesús en Su condición de Hijo unigénito de Dios. Después de partir el pan, contemplamos al Señor Jesús en Su condición de Hijo primogénito de Dios; participamos del Hijo de Dios y somos los muchos hijos de Dios. Antes de partir el pan, el Señor Jesús es un grano de trigo; después de haber partido el pan, Él es el grano de trigo que cayó en tierra y murió, generando así muchos granos de trigo. Por tanto, si discernimos el

Cuerpo de Cristo, veremos al Señor como el Hijo primogénito, tal como se le describe en el capítulo dos de Hebreos. Él guía muchos hijos a la gloria y, en medio de la asamblea, guía a Sus hermanos en cantos de alabanzas al Padre. Esto mismo es lo que se describe en el himno número 183 de nuestro himnario *Little Flock Hymnal* [Himnario del pequeño rebaño]. Pero no debemos ser legalistas al respecto; esto no quiere decir que todas las veces que nos reunimos tenemos que actuar así. Si verdaderamente estamos deseosos y dispuestos a aprender a ser dirigidos por el Señor, entenderemos muy bien que el Señor siempre nos guía, un paso tras otro, hacia el Padre. El Señor Jesús primero guió a los discípulos a comer la pascua. Después, ellos cantaron un himno y ascendieron al monte de los Olivos. Los cánticos de ascenso gradual que aparecen en el libro de Salmos (véanse los subtítulos de algunos salmos) son los cánticos que los israelitas solían entonar después de haber comido la pascua durante la fiesta de la Pascua. Ellos entonaban estos cánticos mientras ascendían. Por tanto, después de haber participado del cuerpo del Señor, nosotros también debemos ascender al monte para alabar a Dios. Debemos dejarnos guiar por el Señor, quien nos conduce al Padre. En ese sentido, todos nuestros himnos deben ser cánticos graduales de ascenso. Los himnos que entonemos después de partir el pan deben llevarnos más y más alto. Esto no solamente corresponde con lo que se nos enseña en el libro de Hebreos, sino que también es confirmado por las propias palabras del Señor, por las enseñanzas que constan en el libro de Salmos y, finalmente, por nuestra propia experiencia. Según nuestra experiencia, después de nuestra salvación lo primero que hacemos es elevar acciones de gracias al Señor, después, le alabamos y, finalmente, adoramos a Dios.

El segundo punto que debemos recalcar es la necesidad de aprender a proseguir en aquello con lo cual se dio inicio a la reunión del partimiento del pan. Ciertamente, hacemos memoria del Señor; sin embargo, hay diversas maneras de dar comienzo a esta clase de reunión. Algunas veces, se da comienzo a la reunión haciendo énfasis en los sufrimientos padecidos por el Señor, otras veces se recalca la gloria del Señor y otras veces se enfatiza el proceso por el cual el Señor pasó. Así pues, tenemos que estar atentos a cómo la reunión ha comenzado y debemos proseguir en ello. Ninguna oración o himno debe hacer hincapié en un tema distinto del que ya se presentó al comienzo, sino que deben contribuir a que dicho tema se haga más prevaleciente y rico en el curso de la reunión y hasta el final de la misma. No debíamos tener tres o cuatro comienzos diferentes. Además, nunca debíamos buscar una oportunidad para insertar, durante la reunión del partimiento del pan, aquellos pasajes bíblicos interesantes que nos impresionaron personalmente mientras estudiábamos la Biblia en la mañana, ni los himnos favoritos que en otras ocasiones nos gusta cantar; todo esto se relaciona con nosotros en un plano personal, pero no es algo que, como hermanos, debamos hacer en una reunión. No estamos en esta

reunión con el fin de mejorar nuestra relación personal con el Señor, sino para llevar adelante la reunión en unidad. Ciertamente, esto es muy precioso. Por tanto, la reunión del partimiento del pan pone en evidencia quiénes son los buenos hermanos. ¿Usted se preocupa únicamente por lo suyo propio o se preocupa por la dirección que está tomando la reunión? Algunas veces, una reunión está a punto de finalizar y, aunque las acciones de gracias y las alabanzas han sido suficientemente apropiadas, un hermano se levanta abruptamente para orar o para pedir que se cante otro himno; esto es redundante.

Al participar de una reunión, debemos detener toda actividad de índole personal y, en lugar de ello, seguir el mover del Cuerpo. Si se encontraran solos en una habitación, podrían cantar u orar como se les antoje. Pero en una reunión, no estamos solos. Por tanto, les ruego que no introduzcan en la reunión aquellos sentimientos peculiares de índole personal. Por supuesto, todas nuestras acciones de gracias y nuestras alabanzas poseen un carácter personal; si no fuera así, no serían auténticas y simplemente estaríamos hablando delante de los hombres. Sin embargo, aun cuando las reuniones deben tener un aspecto personal, también debemos tener en cuenta el sentir de todo el Cuerpo. Por eso, tenemos que ceñirnos al tema que se viene recalando durante la reunión.

Lo mismo sucede con nuestra predicación durante la reunión del partimiento del pan; debemos centrarnos en el Señor. Está bien que un hermano se levante a leer un pasaje de las Escrituras que ayude a los demás a volverse al Señor o a recordarlo. Pero no es necesario leer versículos ajenos al tema. Ninguna reunión es tan importante como la reunión del partimiento del pan. Cuando escuchamos un mensaje, simplemente estamos escuchando a otros hablar acerca del Señor con miras a nuestro propio beneficio. Pero la reunión del partimiento del pan es la reunión en la que nos encontramos con el Señor y le recordamos; así pues, éste es un tiempo reservado para el propio Señor.

LA REUNIÓN DE ESTUDIO DE LA BIBLIA

Los hermanos y hermanas en Shanghai solíamos reunirnos para estudiar la Biblia. Llegamos a estudiar los libros de Romanos, Efesios y 1 Juan. Lamentablemente, esta reunión se ha visto interrumpida por varios meses. En esta clase de estudio bíblico, no es una sola persona la que habla, sino que los hermanos tienen la oportunidad de estudiar la Palabra juntos y en presencia de Dios. Quizás algunos hermanos presenten algún pasaje de la Biblia, mientras que otros probablemente hablen un poco acerca del mismo, lo discutan, hagan preguntas o den alguna explicación relativa a dicho pasaje. De este modo, versículo a versículo, se llega a estudiar un determinado pasaje de la Biblia y, así, se hace posible leer y estudiar capítulos enteros de la Biblia.

Lamentablemente, debido a que no había un hermano que estuviese dispuesto a hacerse responsable por la reunión de estudio de la Biblia, ésta tuvo que detenerse después de cierto tiempo. A mi parecer, en todo lugar donde haya una asamblea local, sería un fracaso no tener una reunión dedicada al estudio de la Biblia. Ahora bien, si hay una reunión de estudio de la Biblia, entonces los hermanos deben ser adiestrados al respecto. Siguiendo este mismo principio, las hermanas también deben hacer lo mismo en las reuniones de hermanas.

En una reunión de estudio de la Biblia no se necesitan líderes definidos. Algunos hermanos pueden leer un pasaje de la Biblia, mientras otros pueden hacer preguntas e, incluso, pueden ser otros los que den las respuestas u ofrezcan alguna explicación. El principio rector de esta clase de reunión es que nada se haga teniendo como objetivo nuestro propio beneficio. Ningún hermano debiera teñir la reunión de sus sentimientos personales, sino que tal clase de sentimientos debe ser dejado a las puertas del lugar donde nos reunimos. Nuestro interés principal radica en que la vida del Cuerpo sea manifestada. Esto no solamente se aplica a la reunión de estudio de la Biblia, sino a todas las demás reuniones. Las reuniones benefician a todos los hermanos. En las reuniones, no nos expresamos a nosotros mismos ni tampoco debemos esperar pasivamente que los demás nos ayuden. Venimos a las reuniones con el fin de *servir a nuestros hermanos*. En cierta ocasión, el Señor dijo que los grandes son aquellos que sirven a otros, y no los que son atendidos por los demás. Por tanto, siempre que asistimos a una reunión, debemos recordar que estamos allí para ser servidores de los hermanos y de las hermanas; así pues, nosotros no nos reunimos simplemente para escuchar un mensaje, sino que nos reunimos con la finalidad de servir a nuestros hermanos y hermanas. Siempre que nos reunimos, debemos hacerlo con el concepto de que nosotros somos servidores y ayudantes de los hermanos. Jamás debemos abrigar pensamientos de soberbia, según los cuales nosotros somos mejores y más importantes que los demás porque hacemos estas cosas. No, nosotros hacemos esto porque es nuestra obligación. Por tanto, en esta clase de reuniones no debemos esperar que los demás sean los primeros en hablar. Quizás en las reuniones de estudio de la Biblia nosotros debamos tomar la iniciativa de hacer preguntas al mismo tiempo que mostramos algo a los hermanos, para, después, dejar que los demás den las respuestas. De este modo, todos podrán continuar el estudio en torno al mismo tema. Una vez que se ha dado una respuesta lo suficientemente exhaustiva, podemos proceder a una nueva pregunta. Debemos tener siempre presente que el propósito de esta clase de preguntas no es el de obtener algún beneficio personal ni, tampoco, enriquecer nuestro propio conocimiento bíblico. Nuestro esfuerzo debe estar orientado a asegurarnos de que los demás hermanos se beneficien de este tiempo de estudio. Por tanto, cuando hagamos preguntas, no debiéramos únicamente hacer preguntas que nos interesan personalmente ni debiéramos evitar hacer preguntas cuyas respuestas ya conocemos. Aunque tal

vez ya sepamos la respuesta, quizás los hermanos que tienen menos tiempo entre nosotros no lo saben. Si nosotros sabemos la respuesta, debiéramos hacer la pregunta en beneficio de los demás hermanos y, así, formular las preguntas que quizás ellos tengan en sus corazones.

La reunión en la que se ministra algún mensaje, está dirigida a quienes son cristianos más fuertes espiritualmente hablando, mientras que las reuniones de estudio de la Biblia tienen como finalidad *ayudar a los creyentes más débiles*. En las reuniones en las que se dan mensajes, únicamente quienes tienen la capacidad de recibir dichos mensajes podrán beneficiarse de los mismos, mientras que aquellos que no poseen tal capacidad no recibirán mucha ayuda. Así pues, podríamos decir que las reuniones en las que se dan mensajes son para los que han desarrollado cierto entendimiento e inteligencia (por supuesto, el conocimiento o la sabiduría depende de Dios, no del hombre). Aquellos que son tardos para entender, carecen de educación, aprenden lentamente o son iletrados, podrán recibir apenas un cuarenta o cincuenta por ciento de lo que se imparte en las reuniones en las que se ministran mensajes. Por ello, las reuniones de estudio de la Biblia están diseñadas para ayudar a los creyentes más débiles. En las reuniones de estudio de la Biblia, ustedes podrán darse cuenta de cuánto es lo que sus hermanos realmente entienden. Quizás a usted le parezca que algunos hermanos hacen preguntas insignificantes o que no vienen al caso. Incluso usted puede pensar que ellos son tardos para entender. En realidad, eso es justamente lo que ellos necesitan saber; por medio de tales preguntas, usted podrá saber qué es lo que les afecta o impresiona personalmente a ellos. Quizás a usted le parezca un asunto sin importancia, pero para ellos reviste suma importancia. Tal vez ellos hacen una montaña de cierto asunto que usted considera totalmente insignificante. Por tanto, no piense que la reunión de estudio de la Biblia es demasiado superficial y que no le proporciona ayuda alguna. Usted es un servidor, y está allí para ayudar en la reunión. Aun las hermanas, que no hablan en las reuniones, participan de la reunión con el fin de contribuir al avance de la misma, pues ellas están allí sirviendo a los hermanos y cumpliendo también la función de servidoras. Es probable que si usted se ausentara de dicha reunión, otros sufrirían alguna pérdida. Si todos los hermanos evitaran estas reuniones, la asistencia se reduciría mucho, y esto causaría pérdida a dicha reunión. Al asistir a dicha reunión, usted aprueba la misma y la apoya.

No sé si ustedes se percatan de cuán grave error se comete al no servir a los hermanos y hermanas o ayudarles. Por lo general, sólo nos importa nuestro propio crecimiento espiritual y no queremos ayudar a los demás hermanos ni servirles; no nos preocupamos por el bienestar de los hermanos ni por el avance de las reuniones. Las hermanas no debieran pensar que no es necesario que ellas asistan a tales reuniones, basándose en el hecho de que ellas no hablan en

las mismas y que ya están familiarizadas con el tema del cual se va a tratar. En realidad, su asistencia es de gran ayuda para el avance de la reunión. Además, si algunos hermanos piensan saber o entender cabalmente cierto tema, ellos podrían formular preguntas en beneficio de los demás, así como dar respuestas apropiadas que beneficien a los asistentes. Ellos no debieran pensar que ya entienden bien dicho tema y que estudiarlo de nuevo resulta redundante sólo porque ya escucharon de ello muchas veces. En resumen, espero que nuestros hermanos y hermanas aprendan a comportarse en nuestras reuniones como corresponde a hermanos y hermanas apropiados, incluso como corresponde a seres humanos apropiados. Es mi expectativa que todos los hermanos y hermanas juntos hagan progresos al respecto. Por tanto, espero que la reunión de estudio de la Biblia pueda reanudarse dentro de poco entre nosotros.

En las reuniones, no debiéramos hacer preguntas que provoquen controversia. Durante el año pasado, en todas nuestras reuniones, hemos podido observar cierto progreso y percibir la bendición de Dios en muchos aspectos. Pero cierto día fui testigo de un suceso lamentable: vi a dos hermanos que discutían con tanta vehemencia acerca de cierto tema, que ambos enrojecieron de ira. Ellos no supieron cómo comportarse como hermanos entre los hermanos. El apóstol nos dijo que no debiéramos contender sobre opiniones. Éste es un principio muy importante. Si usted se obstina en argüir, está haciendo daño a su hermano; en lugar de ayudarlo, usted meramente está insistiendo en sus propias ideas. Si sus ideas prevalecen, pero su hermano no ha sido ayudado, ¿qué beneficio se obtiene? Por tanto, en cualquier clase de reunión, debemos ser completamente restringidos en nuestra carne y hacer morir nuestro yo. Es fácil decir esto en otras ocasiones, pero es en las reuniones cuando resulta más difícil refrenar nuestra carne. Es posible que en circunstancias diferentes se manifiesten la amabilidad, el amor y la paciencia de cierto hermano, pero en las reuniones se pone de manifiesto si este mismo hermano es verdaderamente una persona tosca, malhumorada o dulce. Por tanto, en las reuniones debemos esforzarnos por rehuir temas que generan dudas y disputas, y debemos evitar argüir al respecto. Lamentablemente, casi todos los hermanos piensan que sus ideas deben ser aceptadas por los demás.

El único principio que debe regir nuestras reuniones de estudio de la Biblia es que debemos negarnos a nuestro yo. Actuar con soberbia, así como retraerse, es caer en una condición lamentable. Nos enorgullecemos al considerar nuestras propias virtudes, mientras que nos retraemos al considerar nuestras propias flaquezas e ineptitudes. Si una persona valora en demasía sus propias virtudes, hablará mucho; pero si todo el tiempo está consciente de sus propias flaquezas e ineptitudes, no abrirá su boca. De hecho, ambas son condiciones negativas, ya sea cuando hablamos mucho o cuando no decimos nada. Allí donde el yo está activo, está presente el orgullo; asimismo, allí donde el yo está activo, la persona

se retrae. Ambas actitudes son manifestaciones de nuestra carne y debemos darles fin. Así pues, todas las preguntas que se hagan deben tener como objetivo que el Señor reciba toda la gloria. Siempre y cuando Él reciba la gloria, la reunión marchará bien.

LA REUNIÓN DE EVANGELIZACIÓN

Con respecto a las reuniones en las que se predica el evangelio, existe un error muy común entre los hermanos y hermanas. Les pido que me perdonen por mencionar esto. Con frecuencia, los hermanos llaman por la mañana o por la tarde para preguntar si habrá una reunión de evangelización. Al hacer esta pregunta, se implica que ellos no asistirán a dicha reunión porque ya son salvos. Tal actitud está errada. No debiéramos preguntarnos si en la reunión se va a predicar el evangelio; más bien, debiéramos preguntarnos si asistiremos a la reunión a fin de sostener los brazos de los hermanos y no permitir que ellos tengan que combatir solos. El objetivo de que ayudemos a los hermanos y asistamos a las reuniones no es nuestro propio beneficio personal. Les ruego no olviden que aun cuando el evangelio que vayamos a escuchar en la reunión no resulte novedoso ni emocionante para nosotros, el evangelio siempre será glorioso. Una persona salva jamás debiera cansarse de escuchar el evangelio. Siempre y cuando usted sea partícipe de la reunión, estará fortaleciendo y sosteniendo en alto los brazos de quien predique. Si usted jamás ha predicado el evangelio frente a una audiencia, no podrá percatarse de cuán importante es esto. Pero si usted alguna vez ha tenido dicha experiencia, sabrá cuán reconfortante es ver a los hermanos sentados allí. Por tanto, en las reuniones de evangelización no debe esperar que se le predique verdades nuevas y emocionantes, pues, probablemente, usted ya está familiarizado con ellas y las conoce bien; pero su presencia en dicha reunión ayuda mucho a los hermanos y les brinda el apoyo que necesitan. De esta manera, usted contribuirá al progreso de la reunión y estará colaborando con Dios.

Una vez, un hermano me preguntó si habría una reunión de evangelización esa tarde. Cuando le dije: “Sí”, de inmediato él respondió: “¡Ah!”. Tal exclamación nos dice mucho. En la reunión de evangelización, lo más importante no es complacernos a nosotros mismos; dicha reunión no tiene como objetivo que nosotros seamos beneficiados. Lo más importante es que los hermanos y hermanas se beneficien de dicha reunión y que la reunión marche bien.

¿Qué expresión tienen los rostros de muchos hermanos y hermanas cuando asisten a las reuniones de evangelización? Si escuchan alguna verdad novedosa con respecto al evangelio, su rostro se ilumina. Pero si no escuchan algo nuevo, aunque no digan nada, están decepcionados y quizás se digan a sí mismos que sienten remordimiento de haber venido a la reunión. Me asombra que en una

reunión de evangelización tengamos tal problema. Si se trata del evangelio de Dios, nuestro sentir debiera ser que el evangelio sigue siendo nuevo, aun cuando lo hayamos escuchado cien veces. ¡Simplemente mencionar a Dios y Su salvación es de sumo valor! Nosotros debiéramos responder con alabanzas cada vez que se nos relata el evangelio.

Algunos hermanos y hermanas jamás reflejan expresión alguna en sus rostros. Ellos permanecen impasibles; no se ríen ni sonríen, y siempre están callados e indiferentes. Tal clase de actitud para nada ayuda a los hermanos que predicán. Al contrario, les hace sentir muy incómodos, pues no saben si han dicho algo errado, de modo que hayan suscitado tal reacción en los hermanos. Si usted ha predicado el evangelio antes, sabe a lo que me refiero. Muchas veces, hay hermanos que vienen a las reuniones sólo para sentarse y propagar muerte a su alrededor. Incluso la expresión de sus rostros hace que la reunión sea muy fría. Si usted participa de una reunión, no estaría mal que de vez en cuando diga: “Amén”, a fin de manifestar agrado; incluso puede asentir con su cabeza o sonreír, para indicar que las palabras que escucha le son de beneficio. Si ustedes hacen esto, están suministrando ayuda espiritual a quien predica; el que predica sentirá que los hermanos están sosteniendo sus brazos en la batalla, evitando que él se sienta cansado o solo. Todo esto es muy importante. La clase de actitud que usted manifiesta mientras está sentado en una reunión, afecta directamente al orador. En la actualidad, la situación imperante entre nosotros ha mejorado mucho.

Si alguna de las palabras pronunciadas por el orador le afectan particularmente, es muy apropiado decir: “Amén”. Ciertamente no me molestaría una respuesta más ruidosa que ésta. No solamente son los hombres que, dentro de la casa, exclaman: “Amén”, sino que los ángeles también exclaman: “Amén”. Esto es semejante a lo descrito en Hechos 2 cuando Pedro predicó a la multitud. A mí me gusta ese pasaje porque no sólo se nos muestra a Pedro predicándole el evangelio a la multitud, sino que también se nos describe a los once apóstoles poniéndose en pie con él. Si bien era Pedro el que predicaba, los once estaban con él y eran uno con él. Por tanto, en las reuniones de evangelización, no es cuestión de si uno tiene una vida muy correcta en el ámbito personal, sino, más bien, de si la vida que lleva en las reuniones es la apropiada. No debemos tomar en cuenta lo que hemos recibido, o si somos buenos o malos. Si nuestra vida corporativa de reuniones es apropiada, nuestra vida personal también será apropiada.

LA REUNIÓN DE ORACIÓN

La asistencia a nuestra reunión de oración no es muy numerosa. Por supuesto, debemos perdonar a los hermanos y hermanas: algunos viven muy lejos,

mientras que otros están muy ocupados en otras cosas. Ciertamente, nosotros les perdonamos por no asistir. Pero si buscamos lograr algo y ser poderosos de la manera más prevaeciente, la reunión de oración es la reunión en la que podemos ser ayudados. La reunión de oración es el indicio más claro de nuestra potencia espiritual. Espero que muchos hermanos y hermanas asistan a esta reunión y se sientan urgidos a orar.

Lo primero de lo cual debemos preocuparnos con respecto a la reunión de oración es la puntualidad. Las reuniones sirven de ayuda a la vida espiritual de un cristiano, así como también son la expresión concreta de la vida del Cuerpo. Si no les damos la debida importancia a nuestras reuniones ni cultivamos una vida corporativa, ciertamente fracasaremos.

En la reunión de oración, aquello por lo cual es necesario orar deberá ser explicado de manera breve y sencilla. No se debe hablar demasiado. Éste ha sido nuestro error en el pasado. Cada vez que deseamos pedir que se ore por algo, debiéramos preguntarnos primero si nosotros mismos ya hemos orado al respecto. Si todavía no hemos orado por ello en nuestro hogar, no es necesario presentarlo en la reunión de oración, pues ello equivaldría a engañar a los hermanos. Si se trata de algo por lo cual usted jamás oró personalmente, de cierto es algo innecesario y superfluo orar por ello corporativamente. Esto constituye un principio, e incluso es una ley establecida. Cualquier cosa por la cual usted mismo no haya orado personalmente, ciertamente no necesita convertirse en el objeto de nuestra oración conjunta. Pero si usted ya ha orado por ello y, aun así, no se siente apto para orar solo por dicho asunto, entonces vale la pena presentar dicho asunto en la reunión de oración; es necesario que la asamblea ore por ello.

La mayoría de las oraciones que Dios responde son hechas en las reuniones de oración; no obstante, la mayoría de las oraciones que Dios ignora son también aquellas hechas en las reuniones de oración. Con frecuencia, Dios atiende a las oraciones individuales. En cuanto a las oraciones hechas en la reunión de oración, algunas son escuchadas por Dios sólo en cierto grado, mientras que otras son plenamente atendidas por Él. En las reuniones de oración es frecuente que las personas utilicen expresiones que no acostumbran a usar cuando oran en la soledad de sus habitaciones, y también expresan sentimientos que no suelen manifestar cuando oran a solas. Frecuentemente sucede que una persona no tiene mucho que decir ni tiene asuntos por los cuales se sienta urgido a orar y, sin embargo, una vez que se encuentra en una reunión de oración, tales palabras y asuntos surjan abundantemente. Esto no es apropiado. Cualquier asunto por el cual no nos hemos sentido urgidos a orar mientras estábamos en nuestras habitaciones, ciertamente no debe ser presentado durante la reunión de oración. Todas esas oraciones que carecen de un sentido de urgencia y

necesidad son, simplemente, oraciones innecesarias; éstas son las oraciones que Dios no responde. Si una oración nos afecta profundamente, se debe a que tiene relevancia ante Dios. Si una oración está acompañada de un peso que nos abruma y nos afecta profundamente, eso indica que responde al anhelo que Dios siente al respecto. Si durante la reunión de oración disfrutamos de unidad al orar y en nosotros está presente un sentido de urgencia y necesidad, entonces el poder que ha de manifestarse en virtud de dichas oraciones conjuntas será mayor que el poder que pudiéramos ejercer mediante nuestras oraciones individuales. De lo contrario, no habría necesidad de hacer oraciones en público. Todas aquellas oraciones que, al ser elevadas, no encuentran trabas ni barreras y se hacen en unidad, serán oraciones eficaces; ciertamente Dios atenderá dichas oraciones. Ésta es la razón por la cual nos referimos a la oración como a una especie de labor que nos corresponde realizar.

Las oraciones no tienen que ser prolongadas ni numerosas. Tenemos que tejer una red con nuestras oraciones; sin embargo, no es necesario que una sola persona lo haga. Si usted siente que en las oraciones falta tocar algún asunto determinado, deberá pedirle personalmente a Dios que inste a otros a orar y, así, a echar la red. Cuando visité Inglaterra, un hermano me contó algo ocurrido en una reunión de oración. Un hermano se sintió urgido a orar por muchas cosas; sin embargo, le pareció que su oración era demasiado larga y que debía detenerse. No obstante, sentía que aún había muchas cosas por las cuales se debía orar y que él no había logrado abarcar. Así pues, si él se detenía, temía que ninguno le diera continuación a su oración; pero si continuaba orando, temía estar acaparando demasiado tiempo. Al considerar a los demás, él sintió que debía dejar que los demás hermanos orasen y, por ello, concluyó con esta oración: “Ya he orado bastante. Te ruego instes a otro hermano a continuar con mi oración”. Después de ello, otro hermano le dio continuación a su oración y supo mencionar todo aquello por lo cual era necesario orar. Por tanto, aunque nuestras mentes son muy capaces, lúcidas y sobrias, todavía es necesario pedir a Dios que inste a otros a orar. Dios responderá a dicha oración porque Él es el Dios vivo. En la reunión de oración, debíamos permitir que los demás tengan la oportunidad de orar. Si hacemos esto, se generarán muchas oraciones llenas de vida y que se elevan en unanimidad.

Algunas veces, Dios se valdrá de uno de nosotros para hablar en representación de todos los hermanos y hermanas. Todos aquellos que tienen alguna experiencia en la oración saben lo difícil que es encontrar las palabras más apropiadas para expresar las necesidades. Aun cuando cinco u ocho hermanos oran por lo mismo, es probable que todavía no hayamos liberados la carga que acompaña dicha oración. Por tanto, tenemos que seguir orando y pedirle al Señor que nos dé las palabras adecuadas a fin de expresar los pensamientos que dicho sentido de urgencia genera en nosotros. En tales casos, debemos orar

pidiendo que Dios haga que un hermano o hermana exprese Sus pensamientos. Algunas veces ocurre que hay hasta diez hermanos que oran por un mismo asunto, y aun cuando todas esas oraciones han sido muy buenas y se ajusten a la norma establecida, todavía perdura la sensación de que ninguna de esas oraciones ha conseguido dar en el blanco y, por tanto, el sentimiento de urgencia y carga continúa presente. De repente, tal vez un hermano comience a orar y seamos liberados de tal sentido de urgencia y carga en cuanto él diga las primeras palabras. En tales casos, todos los congregados se sentirán satisfechos y se identificarán plenamente con dicha oración al decir amén a la misma, pues ésta es una oración en el Espíritu Santo. Si en una reunión de oración, no ha habido nadie que haya podido expresar el sentido de urgencia y carga que absorbe a quienes se congregan para orar, entonces tal reunión habrá sido un fracaso. Si oramos desde las 7:00 hasta las 7:30 y en ese período damos en el blanco, podemos irnos a casa; al haber cumplido nuestro objetivo, ya no habrá necesidad de seguir orando. Las palabras pronunciadas por el Espíritu Santo son la expresión del anhelo de Dios que el Espíritu Santo manifiesta mediante las oraciones de los hombres. Únicamente al orar así podemos considerar que hemos orado de manera cabal y definitiva.

En la reunión de oración, es necesario que algunos hermanos actúen como portavoces del Espíritu Santo. Es posible que, a veces, cinco o seis personas hayan orado por un mismo asunto y, a pesar de ello, no hayan logrado abrirse paso respecto al asunto; pero después, otra persona ora y da en el blanco. Entonces todos los demás sienten que dicha persona tocó algo real y que, ahora, todo impedimento ha sido eliminado. Esto es lo que debe importarnos en toda reunión de oración.

En 1926, en Fuzhou, me encontraba gravemente enfermo. Todo mi cuerpo adquirió un color lila. En aquella ocasión, tres hermanos y una hermana entraron a mi habitación a orar por mí. El primero oró con lágrimas, pero no sentí que él hubiese dado en el blanco. El segundo también oró fervorosamente, pero tampoco sentí que se hubiese operado cambio alguno. El tercero era conocido por sus oraciones, pero, esta vez, su oración resultó ineficaz. La cuarta persona era la hermana. Cuando ella comenzó a orar, dijo: “Oh Dios, nadie puede alabarte en el Hades. Tú no te complaces en que los hombres te alaben desde el Hades”. De inmediato, sentí como si un impedimento u obstáculo había sido eliminado. Ya no tenía que esperar a que concluyera dicha oración para empezar a sentirme recuperado. Una vez que el sentido de urgencia y carga se desvaneció, tenía la certeza de que había sido sanado. Aquella tarde, me levanté de mi lecho y, al día siguiente, viajé a Ma-wei. De allí, viajé a Amoy para realizar la obra. Tenemos que pedirle a Dios que nos tome como Sus portavoces en las reuniones de oración, a fin de que el sentido de urgencia y carga que embarga a

los santos y las necesidades que los agobian, sean expresados por medio de nosotros con el lenguaje que es propio del Espíritu Santo.

Permítanme contarles algo sobre la última conferencia que tuvimos. La conferencia debía comenzar el 20 de enero, que era un domingo. El jueves por la noche, el 17, dedicamos la reunión de oración a suplicar por todo lo necesario para la conferencia. Muchos hermanos se esforzaron por orar acerca de muchos aspectos de la conferencia, y yo me esforcé por dar el amén a sus oraciones. Aun así, persistía en nosotros la sensación de que cierta clase de carga o necesidad todavía no había sido abarcada. Después, un hermano empezó a orar diciendo: “Oh Dios, danos buen clima, que no haga mucho frío, y no permitas que llueva ni que nieve a fin de que podamos reunirnos en paz”. Todos allí sentimos que se dieron muchas más exclamaciones de amén a esta oración que a todas las anteriores. Durante esos días, el clima no había sido el mejor; de hecho, había nevado el día en que nos reunimos a orar. Pero a partir de ese viernes, dejó de llover y de nevar. No volvió a llover sino hasta el jueves de la semana siguiente, una vez concluida la conferencia. Durante todo el tiempo en que duró la conferencia, no tuvimos lluvia. Además, en la misma calle donde se encontraba el local donde nos reuníamos, en la calle Wen-teh, unos vecinos estaban celebrando un funeral. El sábado anterior al inicio de la conferencia, los ritos fúnebres crearon mucho ruido y conmoción. Aun así, al día siguiente, todo ello se detuvo. Y cuando la conferencia terminó, recién entonces los ruidos de cánticos y música se volvieron a oír. Si hubiéramos tenido tal conmoción durante la conferencia, no habríamos podido reunirnos tranquilamente.

En la reunión de oración, existe la necesidad de que alguien sea el portavoz del Espíritu Santo. Si alguien desempeña tal función, todos los problemas se desvanecerán. Nuestro problema es que no conocemos las necesidades; pero Dios las conoce. Por tanto, todo hermano y hermana debe esforzarse por ser el portavoz del Espíritu Santo. Siempre que nuestras oraciones hayan sido completas, sentiremos que hemos descargado nuestra responsabilidad y que ya no hay necesidad de seguir orando.

LA REUNIÓN DE LOS HERMANOS Y LA REUNIÓN DE LAS HERMANAS

Puesto que Shanghai es tan grande, los hermanos y hermanas se hallan muy dispersos y la comunión que ellos tienen entre sí todavía es muy escasa. Por tanto, es especialmente necesario celebrar reuniones tanto para las hermanas como para los hermanos. Todos los sábados por la tarde, a las 4:30, tenemos la reunión de hermanas, y los sábados por la noche, a las 7:30, tenemos la reunión de hermanos. Durante esta clase de reuniones se hace hincapié en la comunión mutua así como en la coordinación necesaria relativa a asuntos de orden

práctico. Quizás hablemos sobre cómo es que los hermanos deben comportarse por ser hermanos, y tal vez hablemos también sobre asuntos relacionados con las diversas reuniones. En estas reuniones nos ocupamos de los problemas que aquejan a los santos que se encuentran fuera de la ciudad, los problemas de quienes están desempleados y las otras necesidades, ya sean de orden material o espiritual, que tienen los hermanos y hermanas. Esto es muy importante. Mediante estas reuniones podemos evitar una serie de errores e implementar muchas correcciones. Delante de Dios, no debemos conducirnos como si fuéramos creyentes individuales, sino que tenemos que aprender a hacernos responsables por los demás hermanos y hermanas. Es posible que por veinte años, un miembro de las denominaciones nunca llegue a conocer a ningún otro miembro de su congregación. Es posible que incluso algunos de ellos, que han sido miembros de su denominación por cinco años, ni siquiera hayan saludado una sola vez a otro miembro de su propia denominación. Son muchos los que se preocupan únicamente por su propia salvación; sólo se preocupan por su propia vida cristiana, pero no les importa para nada los demás hermanos y hermanas. Tales personas no se preocupan por llevar una vida corporativa. Pero Dios no ha hecho un cielo para cada uno de nosotros, ni tampoco nos ha colocado en un cielo individual; más bien, Él nos ha puesto en una entidad corporativa, un cuerpo, de tal manera que podamos ayudarnos los unos a los otros y disfrutar de mutua comunión.

Muchos hermanos pobres no se atreven a entrar en las casas de los hermanos ricos, y a muchos hermanos ricos no les gusta ir a las casas de los hermanos que son pobres. En el mundo, se hacen diferencias entre ricos y pobres; y en una casa, se hace diferencia entre amo y esclavo. Pero, al reunirnos, debemos anular tales distinciones. Todas aquellas diferencias basadas en la posición que tenemos en la carne, deben pasar por la cruz. Esto es precisamente lo que la crucifixión ha conseguido. No debíamos introducir en nuestras reuniones aquello que ha sido eliminado y sepultado en virtud de la crucifixión de Cristo. La cruz no solamente ha quitado la pared intermedia de separación que existía entre judíos y griegos, o entre los bárbaros y los más civilizados, sino que, además, ha eliminado la pared intermedia de separación que existía entre amo y esclavo. En otras palabras, todas las clases sociales, las ideologías y los sistemas establecidos por la sociedad, deberán ser eliminados. Ahora bien, dentro de una misma casa se hace diferencia entre amo y sirviente, pero en la iglesia no existe tal diferencia. Si un hermano es sirviente de otro hermano, ciertamente será su sirviente mientras se encuentre en casa de dicho hermano y debe obedecerle en todo. El hermano que es el amo deberá, por supuesto, ser el amo en su propia casa. Pero en la reunión de los hermanos o en la reunión del partimiento del pan, no hay diferencia entre amo y esclavo. Ambos deben evitar caer en extremos. Un sirviente no debe pensar que, debido a que es hermano, puede comenzar a mandar a los demás en casa ajena; por otro lado, un amo no debe

pensar que por ser hermano, no debe gobernar con propiedad a su sirviente. En una familia existen diferencias basadas en las diversas posiciones, y un cristiano todavía tiene la obligación de conducirse apropiadamente como ser humano. Por ejemplo, un padre y su hijo pueden ser, ambos, cristianos. En el ámbito familiar, ellos son padre e hijo; y, si bien en la reunión el hijo puede llamar “hermano” a su padre, en el seno familiar esto no es posible. Así, en la reunión de los hermanos, cuando nos congreguemos, debemos ayudar a los hermanos a entender que, en el Señor, no debería tomarse en cuenta si uno es rico o pobre, instruido o iletrado, noble o plebeyo, pues tales diferencias deben ser anuladas. Por tanto, es necesario que los hermanos y hermanas hagan un esfuerzo por asistir a las reuniones de hermanos y hermanas respectivamente. Estas reuniones se realizan con la finalidad de disfrutar de comunión, a fin de ayudar a los hermanos y hermanas a resolver sus problemas y con miras a llevar una vida corporativa. Éste no es el tiempo para escuchar sermones; si bien se podría dar mensajes durante tales reuniones, éste no es el objetivo de la reunión. De otro modo, la reunión se disolvería en cuanto se ausente el orador. El defecto de una gran mayoría de campañas de avivamiento es que en cuanto el predicador se va, la gente también se va. El camino que Dios ha establecido consiste en salvar a individuos y ponerlos en la iglesia a fin de que puedan compenetrarse y ayudarse mutuamente.

Puesto que este asunto se relaciona con nuestra práctica concreta, me veo obligado a decir unas cuantas cosas que quizás no sean del agrado de algunos. En primer lugar, debe haber una comunicación más fluida entre los hermanos, no sólo con miras a un mayor cuidado mutuo, sino también con miras a una mutua supervisión. Por supuesto, hay ciertos asuntos que son estrictamente privados y personales, pero hay muchos otros que nuestros hermanos deben saber. Por ejemplo, supongamos que un hermano ha perdido su empleo. Nosotros debemos averiguar cómo perdió su empleo y el motivo para ello. Si fue despedido de manera apropiada y honesta, debemos tratar este asunto en la reunión de los hermanos y brindar nuestra ayuda al hermano tal como se nos enseña en el segundo capítulo de la epístola de Jacobo. Lo más importante es tomar medidas concretas al respecto y no solamente manifestar fe. Ejercitar nuestra fe como la persona descrita en Jacobo 2, resultaría inútil. Ahora bien, si un hermano ha perdido su empleo por una acción deshonesta de su parte, debemos ayudar a dicho hermano, exhortarle y tomar medidas al respecto. Si él está verdaderamente desempleado, debemos intentar proveerle el sustento necesario. Estos asuntos no deben ser mencionados en una reunión de oración, ni tampoco en la reunión del partimiento del pan ni en la reunión de evangelización. Estos son asuntos que sólo pueden ser tratados durante una reunión de hermanos. Si hubiera algún aspecto directamente relacionado con la reputación personal del hermano, esto no necesita ser mencionado en la

reunión de los hermanos y, por ende, tampoco debe ser mencionado en reunión alguna.

No es correcto que nosotros ignoremos las debilidades y problemas de los hermanos, que ignoremos si una familia enfrenta dificultades, que ignoremos los problemas espirituales, las necesidades y enfermedades de los demás, y que no les proveamos el cuidado necesario. Las denominaciones han contratado a los pastores para realizar esta labor, pero nosotros carecemos de esta clase de personal; más bien, todos y cada uno de nosotros tenemos que encargarnos de esta labor. Los hermanos más pobres no debieran evitar deliberadamente a los hermanos más ricos, y los hermanos más ricos tampoco debieran ignorar las necesidades de los hermanos más pobres. Ninguno de nosotros podemos permitirnos dejar de ser un hermano simplemente porque no queremos comunicarnos con determinados hermanos. Los hermanos deben expresar la vida de asamblea mediante su vida comunitaria, y deben manifestar la vida que corresponde a hermanos. Todos aquellos que no comprenden esto están destinados al fracaso, porque esto es lo que Dios desea que nosotros hagamos en este tiempo.

PREGUNTAS

Pregunta: ¿A qué tipo de reunión hace referencia 1 Corintios 14?

Respuesta: La reunión mencionada en 1 Corintios 14 es una reunión cuya finalidad es el ejercicio de los dones espirituales. Nuestras reuniones de los sábados en cierta manera se asemejan a esta clase de reunión. Puesto que en nuestros días no se manifiestan la clase de dones espirituales que se manifestaban en los tiempos de la iglesia primitiva, ahora nosotros simplemente cumplimos con reunirnos conforme al principio que rige tal clase de reunión.

Pregunta: En Hebreos 10 se nos dice que no debemos dejar de congregarnos. ¿A qué clase de reunión se hace referencia aquí?

Respuesta: Se hace referencia a toda clase de reunión, incluyendo la reunión para hermanos y hermanas.

Pregunta: ¿En qué momento debemos partir el pan durante la reunión del partimiento del pan?

Respuesta: El partimiento del pan se celebra a fin de recordar al Señor. Por tanto, debemos procurar partir el pan lo antes posible. No tenemos que esperar a que Eutico se caiga de la ventana para partir el pan. Durante la reunión del partimiento del pan debemos estar atentos para percibir el momento en que la reunión alcance su punto más elevado. Puesto que todos atraviesan por diversas

circunstancias y proceden de familias distintas y de diversos medios, y debido a que cada uno tiene diferentes problemas, fracasos y debilidades, resulta inevitable que los que se congregan traigan consigo todo ese bagaje. Por tanto, en lo concerniente a la reunión del partimiento del pan, algunos deben dar comienzo a la reunión ya sea orando o pidiendo un himno; esto ayuda a que todos superen sus propias distracciones y se olviden de todo aquello que sucedió durante los últimos seis días. La cumbre de la reunión ocurre cuando alguien ora y, al hacerlo, conduce a todos a cierto nivel de adoración y, entonces, todos son liberados y dan el amén. Ése es el momento para partir el pan. No podemos partir el pan apenas comenzamos la reunión porque somos débiles. Lo usual es que, al venir a la reunión, traigamos con nosotros nuestras circunstancias, situaciones familiares y demás preocupaciones, las cuales nos impiden ser uno. Por tanto, no es posible partir el pan apenas comencemos la reunión. Es necesario que alguien nos ayude a alcanzar cierto nivel, un cierto clímax, antes de poder partir el pan. Si demoramos en partir el pan, probablemente tal clímax no perdurará por mucho tiempo. Por tanto, debemos partir el pan en cuanto hayamos alcanzado esa cumbre.

Pregunta: ¿Se deben recoger ofrendas monetarias en la reunión del partimiento del pan que se celebra el día del Señor?

Respuesta: Realmente no es muy importante si se hace esto o no. Por supuesto, el Señor nos ha ordenado presentar nuestras ofrendas monetarias el primer día de la semana. El primer día de la semana, todos los hermanos y hermanas, incluyendo a todos los servidores, deben dar sus ofrendas. De no hacerlo, ellos estarían desobedeciendo el mandamiento dado por el Señor. Tanto el partimiento del pan como la ofrenda monetaria deben ser realizados el mismo día, pero no necesariamente se tienen que hacer ambas cosas en el curso de una misma reunión.

Pregunta: La reunión del partimiento del pan, ¿debe celebrarse en la mañana, la tarde o la noche?

Respuesta: La enseñanza del Nuevo Testamento es que debe realizarse por la noche. La cena del Señor debe celebrarse por la noche. En términos generales, desayunamos rápidamente porque tenemos prisa para ir al trabajo. El almuerzo se realiza en la mitad de nuestras labores del día. A ello se debe que muchos almuerzan en su centro de labores y no van a sus hogares para almorzar. Así pues, únicamente con ocasión de la cena se encuentra toda la familia reunida alrededor de la mesa a fin de comer en paz y con alegría. Por el bien de los hermanos que están encargados de predicar, también es mejor que la reunión del partimiento del pan se celebre por la noche. Si se celebra esta reunión por la mañana, estos hermanos comerán con prisa porque recae sobre ellos la

responsabilidad de dar el mensaje a la asamblea. Pero si partimos el pan por la noche, ellos podrán participar con toda comodidad de la mesa del Señor.

Personalmente, pienso que es mejor partir el pan por la noche, especialmente en China. Por supuesto, esto resulta un poco incómodo para las hermanas. En todas las denominaciones establecidas en China, las reuniones se realizan ya sea en la mañana o en la tarde. Así pues, tales miembros han desarrollado el hábito de asistir a reuniones ya sea por la mañana o por la tarde. Si nosotros celebramos la reunión del partimiento del pan en la mañana o en la tarde, tal como se acostumbra en las denominaciones, será difícil saber cómo tratar a los miembros de las denominaciones que acudan a nuestras reuniones; es decir, no sabremos a ciencia cierta si son salvos y si, por tanto, podemos permitirles participar de la reunión del partimiento del pan. Pero si no les permitimos participar de dicha reunión, tal vez vayamos a ofenderlos. En cambio, si partimos el pan al anochecer, evitaremos tales situaciones. Si ellos vinieran por la noche, encontrarán que no se va a predicar ningún sermón. Además, al ver que tendrán que recorrer una distancia considerable para venir a la reunión y que retornarán tarde a sus hogares, decidirán no venir. Es por todas estas consideraciones que nos parece que, en el caso de Shanghai, es mejor celebrar la reunión del partimiento del pan por la noche.

Pregunta: Cuando partimos el pan, ¿tenemos que elevar la copa para bendecirla como se menciona en 1 Corintios 11?

Respuesta: La costumbre de elevar la copa es una tradición católica. Los sacerdotes católicos dicen que ellos bendicen la copa en el nombre del Señor Jesús. Por tanto, cuando elevan la copa, ellos hablan en lugar del Señor diciendo: “Esto es Mi cuerpo que por vosotros es dado. Esta es Mi sangre que por vosotros es derramada”. Algunas denominaciones protestantes, tales como la Iglesia Anglicana, la Iglesia Presbiteriana y la Iglesia Metodista, han adoptado esta práctica. Según la práctica que nosotros tenemos en el presente, no podemos hacer lo mismo; es decir, no podemos bendecir la copa en nombre del Señor, pues creemos firmemente que el Señor está presente en nuestro medio y es Él mismo quien bendice la copa. Cuando nosotros bendecimos, simplemente hablamos en nombre de los hermanos y hermanas, y nos dirigimos al Señor diciéndole: “¡Gracias, Señor!”. Tenemos la convicción de que esto es conforme a las Escrituras (1 Co. 10:16). Cualquier otro hermano que asuma la postura de ocupar el lugar del Señor Jesús, estaría usurpando la posición que le corresponde sólo al Señor. Entre nosotros, los hermanos simplemente sirven como los portavoces de los demás hermanos al dar acciones de gracias y alabanzas al Señor. Por ser así, no es necesario elevar el pan ni la copa. Cualquier hermano que disfruta de comunión con nosotros y que no se halle

impedido por alguna iniquidad, puede muy bien ponerse de pie y dar gracias por el pan, en representación de los demás hermanos.

Pregunta: Cuando oramos, ¿debemos ponernos de pie, estar sentados o arrodillados? Si no nos arrodillamos al orar, ¿significa esto que somos irrespetuosos?

Respuesta: Hay muchas maneras de orar. La razón por la cual no nos arrodillamos es que nuestro local es muy pequeño y no hay espacio para que todos nos arrodillemos. Además, la Biblia no dice en ningún lugar si debemos orar sentados, arrodillados o de pie. La Biblia no considera que sea irrespetuoso orar sin arrodillarse, ni tampoco considera que sólo arrodillados se pueda orar. Aquellos que en China adoran a Buda son los únicos que tienen que arrodillarse para adorar. La Biblia nos relata que los creyentes efesios se despidieron de Pablo después de haberse arrodillado en la playa a orar. Sin embargo, en Mateo, el Señor enseña que se debe orar a puertas cerradas (6:6); Él no dijo en ningún momento que debíamos arrodillarnos. La Biblia menciona varias veces oraciones hechas cubriéndose el rostro y, en algunas ocasiones, oraciones hechas estando sentados ante el Señor. La Biblia también nos habla de oraciones hechas alzando las manos. Por ejemplo, Moisés levantó sus brazos en alto para orar desde el monte. De hecho, la Biblia menciona, con mucha frecuencia, oraciones hechas con las manos elevadas hacia lo alto. Alzar las manos es señal de hacer ruegos a Dios. Por tanto, si uno levanta sus manos hacia lo alto, esto es señal de que uno solicita ser atendido por Dios. De allí que Pablo le dijera a Timoteo que se debía orar “en todo lugar, levantando manos santas” (1 Ti. 2:8). Uno puede orar en cualquier lugar, pero si tuviéramos que arrodillarnos para orar, esto no sería siempre posible. Por otro lado, levantar las manos es algo que fácilmente se puede realizar en cualquier lugar. Pero ciertamente no todo lugar es propicio para arrodillarse. En lo personal, me parece que éste es un asunto que incumbe a la conciencia de cada uno. Si la conciencia de un hermano lo molesta porque no se arrodilla al orar, entonces debe arrodillarse. Pero ciertamente no hay necesidad de que la práctica de arrodillarse se convierta en una ley.

Pregunta: ¿Podemos prohibir que hermanos “de afuera” prediquen en nuestras reuniones como se les antoje?

Respuesta: Nosotros debemos orar pidiéndole a Dios que no vengan a nosotros aquellos que se han sentido defraudados por las denominaciones en cuanto a sus propias expectativas. Nuestra meta no es llegar a ser una congregación numerosa. Por ello, debemos tomar medidas drásticas al respecto, con el fin de que aquellos que se sienten defraudados en las denominaciones no vengan a nosotros ni hablen como se les antoje en nuestras reuniones.

Pregunta: ¿Quién debe preparar el pan para la reunión del partimiento del pan?

Respuesta: Según la Biblia, son los diáconos los que deben preparar el pan. No hay diferencia entre un diácono y una diaconisa; cualquiera de ellos puede preparar el pan.

Pregunta: ¿Debemos cubrir con un mantel el pan y la copa que se usan en la reunión del partimiento del pan? ¿Debemos cubrir también la mesa con un mantel?

Respuesta: La práctica de cubrir la copa y el pan con un mantel es una tradición católica. Los católicos piensan que si no cubren los símbolos, éstos no serán santos. Pero según 1 Corintios 11, es incorrecto cubrirlos. El partimiento del pan exhibe la muerte del Señor; su objetivo es *exhibir* la muerte del Señor y constituye un testimonio. ¿Por qué, entonces, habríamos de cubrir los símbolos? En cuanto al mantel para la mesa, tenemos absoluta libertad para hacer lo que bien nos parezca. Si la mesa está un poco sucia, podemos cubrirla con un mantel.

Pregunta: Si la práctica de cubrirse la cabeza entre las hermanas se hace en respuesta a una enseñanza bíblica, ¿por qué no tenemos la práctica de besarnos los unos a los otros con ósculo santo, basados en que éste es también un mandamiento bíblico?

Respuesta: La Biblia dice que debemos saludarnos los unos a los otros con ósculo santo (1 Co. 16:20); no insta a los santos a besarse simplemente los unos a los otros. Así pues, el mandamiento bíblico es que si nos saludamos los unos a los otros con un beso, este beso tiene que ser santo. El mandato divino es que cuando nos besemos, nosotros tenemos que ser santos. Este mandato no dice que debemos simplemente besarnos los unos a los otros; además, los apóstoles tampoco nos han ordenado besar a todos. Besar es una práctica que muy fácilmente puede dejar de ser santa; por tanto, se nos ordena que si besamos, nuestros besos deben ser santos. Si alguien me preguntara a mí si debemos besarnos los unos a los otros, yo le contestaría que sí. Pero la Biblia también nos dice que si besamos, tenemos que ser santos. Así pues, este mandamiento en realidad está haciendo hincapié en que seamos santos, y no en que nos besemos los unos a los otros. Si uno besa, debe ser santo. Asumiendo que somos santos, creo que lo correcto sería que pongamos en práctica esta orden bíblica: saludarnos los unos a los otros con ósculo santo.

En lo concerniente a que las hermanas se cubran la cabeza, esta práctica proporciona muchos beneficios. En las reuniones, las hermanas deben tener sobre su cabeza señal de sumisión a la autoridad, por causa de los ángeles (1 Co.

11:10). En el idioma original, la palabra traducida “autoridad” en 1 Corintios 11:10 hace referencia a la autoridad que se basa en una posición. Esto es así porque Satanás también era un ángel. El primer pecado de Satanás consistió en dar cabida a su “yo”; y por esta razón, Satanás cayó. Cuando Satanás expresó su “yo”, él subvirtió la autoridad divina y se rebeló contra Dios. No hay realidad tan asombrosa en el universo como la autoridad. Tenemos que comprender que Dios opera mediante Su autoridad. Él sostiene el universo con Su palabra. El nombre de Cristo es autoridad. Dios puso a Satanás bajo Su propia autoridad; no obstante, Satanás subvirtió tal autoridad. El gran dragón mencionado en Apocalipsis es la antigua serpiente; este dragón ha arrastrado consigo la tercera parte de las estrellas del cielo (12:4). Esto quiere decir que Satanás ha conducido la tercera parte de los ángeles en los cielos a rebelarse contra Dios y a subvertir el régimen soberano de Dios. Esto es conocido en todo el universo. Éste es el relato de cómo el pecado se introdujo originalmente en el universo.

¿Cómo es que el pecado se introdujo por segunda vez en el mundo? Vino por medio de Eva. Dios creó a Eva y dispuso que Adán fuese la cabeza de Eva. Pablo dijo en 1 Timoteo que Adán no fue engañado, sino Eva (2:14). Por tanto, el pecado que se cometió en el huerto del Edén era el mismo que Satanás cometió originalmente. Este pecado fue introducido cuando la mujer se rebeló contra Adán, la cabeza, y tomó la iniciativa de hacer algo sin antes haber obtenido la aprobación de Adán. Por tanto, el pecado surge cuando nos insubordinamos en contra de la autoridad establecida; el pecado es infracción de la ley.

Debido a que tanto Satanás como Eva cayeron de este modo, Dios dispuso que sobre la cabeza de la mujer hubiera señal de sumisión a la autoridad, como símbolo de sumisión por causa de los ángeles. Éste es un testimonio delante de los ángeles, declarando ante los ángeles que nosotros no haremos lo que Eva hizo. Por supuesto, muchas hermanas no pueden aceptar esto. Ésta es la prueba más difícil que enfrentan las hermanas. Si estamos dispuestos a que nuestra carne sea sometida a juicio, todo estará bien. Hoy nos limitaremos a hablar sobre la práctica de cubrirse la cabeza únicamente en relación con el asunto de la autoridad. Hay otros aspectos con respecto a la práctica de cubrirse la cabeza que no podremos tocar hoy. En el huerto del Edén, la mujer rehusó permanecer en la posición que le correspondía. Hoy en día, en la iglesia, nuestras hermanas deben permanecer, con toda fidelidad, en la posición que les corresponde.

Pregunta: ¿Debemos decirles a las hermanas que se han cortado el cabello, que deben cubrirse la cabeza?

Respuesta: Estas preguntas secundarias constituyen una prueba muy importante para nuestras conciencias. En primer lugar, debemos exhortar a las hermanas que quieren llevar corto el cabello, a que no lo hagan. Entonces, si

ellas deciden cortarse el cabello, ya no tenemos que aconsejarlas que se cubran la cabeza porque ellas mismas han renunciado, obviamente, a la gloria que Dios les concedió. Las hermanas tienen dos cubiertas: una es natural, y la otra, simbólica. Si una mujer desecha su cubierta natural, la cubierta simbólica no le servirá de nada; ella debe estar deseosa de vestir tal símbolo.

Pregunta: Cuando un hermano ora o predica en la calle, ¿debe quitarse el sombrero?

Respuesta: En mi caso, cada vez que oro me quito el sombrero. Me parece que si no me quito el sombrero, estoy trayendo vergüenza sobre mi cabeza. Pero esto no quiere decir que Dios no nos vaya a escuchar si nuestros hermanos oran con la cabeza cubierta y nuestras hermanas oran con la cabeza descubierta. Orar y profetizar son actividades particularmente relacionadas con los ángeles y la esfera espiritual. Por tanto, personalmente, me parece que los hermanos no deben cubrirse la cabeza. Aun si predicamos a alguien en la calle, esto tiene relación con la esfera espiritual y, por ello, es impropio no quitarse el sombrero.

Pregunta: ¿Cuál es la diferencia entre predicar y profetizar?

Respuesta: Todos aquellos que tienen la capacidad de dar mensajes edificantes no necesariamente son profetas. Un profeta no sólo es capaz de edificar a los demás, sino que, además, es capaz de predecir el futuro. Así pues, un profeta no sólo es capaz de proclamar la voluntad de Dios, sino también, de predecir el futuro.

Pregunta: ¿Qué debemos hacer con el pan y el jugo de uva después de la reunión del partimiento del pan?

Respuesta: Pueden ser consumidos por uno o dos hermanos, o pueden ser arrojados al fuego.

Pregunta: Al partir el pan, ¿debemos partir un pedazo nosotros mismos o podemos comer las migajas que quedan en el plato?

Respuesta: Podemos hacer ambas cosas; no hay diferencia alguna. Todos los pedazos proceden del mismo pan.

CAPÍTULO CUATRO

LOS LÍMITES DE LA ASAMBLEA LOCAL

Esta noche examinaremos la mutua relación que existe entre las reuniones que se celebran en el local de la calle Gordon y en el local de la calle Wen-teh. En

otras palabras, hablaremos de los límites de la iglesia local, es decir, de los límites que corresponden a la iglesia local. Antes de abordar este tema, hay algunas cosas que tendremos que explicar a los hermanos procedentes de otras ciudades. El estudio bíblico que estamos llevando a cabo en el presente, va dirigido específicamente a los hermanos de nuestra localidad; por tanto, muchas de las cosas que trataremos son de índole local. Aun así, nos parece bien que los hermanos que nos están visitando asistan a las reuniones y nos escuchen, y les damos la bienvenida.

Ya he mencionado unas tres o cinco veces que la autoridad de los ancianos se circunscribe a la asamblea local solamente. En otras palabras, los ancianos ejercen su función en el ámbito de la iglesia local. Las posiciones, al igual que los cargos, se relacionan con la iglesia local. Puede ser que uno sea un anciano en Shanghai, pero eso no lo hace automáticamente anciano en Nankín o en Pekín cuando vaya a esas ciudades. Una persona que ejerce el cargo de anciano en la asamblea en Shanghai no puede ir a visitar la asamblea en Pekín y asumir el mismo cargo. Los dones de Dios son dados para toda la iglesia, mientras que los cargos que Él estableció se ejercen en las iglesias locales. Por tanto, no existe tal cosa como un anciano superdotado que controle una iglesia que esté en otra ciudad. Un anciano podrá velar únicamente por la iglesia en su propia localidad.

LOS LÍMITES DE UNA ASAMBLEA

El estudio bíblico de esta noche tratará sobre los límites de una asamblea local y únicamente abarcará lo relacionado con la asamblea local. Anhelamos que Dios nos muestre esta verdad. Para evitar cualquier malentendido ocasionado por la negligencia o el olvido, repetiremos una vez más lo dicho anteriormente: el ámbito al cual están destinados los dones es la totalidad de la iglesia, mientras que los cargos se circunscriben únicamente al ámbito de la iglesia local.

¿Qué extensión tiene una iglesia local? ¿Cuán amplia es el área que constituye la esfera de la iglesia local? Quisiéramos que los hermanos y hermanas prestaran mucha atención a un hecho que consta en la Biblia: la iglesia jamás se dividió en regiones. La Biblia jamás agrupa unas cuantas iglesias para hacerlas parte de una organización regional. Si bien se mencionan las siete iglesias en Asia, según la Biblia la iglesia en Éfeso o la iglesia en Filadelfia no fueron designadas para que gobernaran sobre las otras seis iglesias. Únicamente vemos *siete* iglesias, con *siete* candeleros. Estos siete candeleros representan a las siete iglesias (Ap. 1:12, 20). En el Antiguo Testamento, un candelero poseía siete brazos. En el Nuevo Testamento, hay siete candeleros, y no un candelero con siete brazos. Esto quiere decir que estas siete iglesias diferentes resplandecen *por sí mismas* y que cada una es responsable ante Cristo *por ella misma*. Todas y cada una de las iglesias están gobernadas únicamente por Cristo y no están bajo el control de

ninguna otra iglesia. En lo concerniente a su administración, todos y cada uno de estos candeleros son entidades independientes y no están bajo el control de ningún otro candelero. Cada uno de ellos únicamente rinde cuentas al propio Hijo del Hombre, quien anda en medio de los siete candeleros. Así pues, cada uno de estos candeleros es responsable únicamente ante su Sumo Sacerdote. Ninguna iglesia tiene que rendir cuenta de sus acciones ante otra iglesia. Aunque ellas son siete iglesias, no se han unido a fin de llegar a ser una iglesia unida, ni tampoco son responsables ante alguna especie de sínodo o convención. Cada una de ellas es lo que se conoce como una congregación, una asamblea cuyos límites son los de su respectiva localidad. La Biblia revela que la iglesia local se circunscribe a los límites de la ciudad, la unidad administrativa más reducida. Según la Biblia, una iglesia local constituye la unidad básica, o la mínima unidad, de la iglesia. Ninguna iglesia local está unida a otra iglesia local ni tampoco considera que alguna otra iglesia mayor sea la iglesia central. En otras palabras, a los ojos de Dios, Roma jamás fue designada para ser la iglesia central. Dios jamás reconoció lugar alguno como sede central de todas las iglesias ni como centro hegemónico que rija y controle todas las otras asambleas. Según la organización divina, no existe un lugar central en toda la tierra. Jerusalén no era la iglesia central en aquellos tiempos.

Esto no quiere decir que la Biblia no distinga ciertas regiones. Algunos lugares poseen condiciones y necesidades similares, y pueden ser tratados conforme al mismo principio. En Hechos 19 dice que Pablo recorrió “las regiones superiores” (v. 1), y en Romanos 15, Pablo mismo nos cuenta que había viajado “desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico” (v. 19). Estos lugares pertenecían a una sola región. Galacia no era una ciudad, sino una provincia. Por ello, la Biblia hace mención de “las iglesias de Galacia” (Gá. 1:2). Apocalipsis menciona “las siete iglesias que están en Asia” (1:4). Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea se encontraban todas en la región de Asia. Asia era una región, y Galacia era una provincia. Tenemos que entender bien que, si bien las necesidades y el testimonio de dichas asambleas locales eran especialmente similares, ninguna de estas iglesias poseía una organización superior ni poseía autoridad alguna sobre las demás iglesias locales de su región. La Biblia jamás dio a entender que una iglesia local poseyera mayor autoridad que otra. Algunos han llegado a pensar que Jerusalén era una especie de iglesia madre o iglesia matriz. Pero, en realidad, jamás existió tal cosa. La administración de todas y cada una de las asambleas locales es de carácter local, y cada una de ellas es responsable únicamente ante Cristo; no tiene que rendir cuenta de sus acciones ante ninguna otra institución o asamblea. En otras palabras, aparte de la iglesia local, en el ámbito de la localidad no se da cabida a ninguna otra organización. Mejor dicho, la iglesia local es la organización, la institución, más elevada que existe sobre la tierra; no existe sobre la tierra otra organización menor o más elemental, ni tampoco otra organización superior o mayor. Así pues, no existe

un tribunal que sea superior a la iglesia local, al cual uno pueda apelar. La organización más elevada que existe es la asamblea local; y la organización más elemental o reducida que existe, es también la asamblea local. La Biblia jamás hizo referencia a un centro hegemónico como Roma, o sea, a una sede central desde la cual se controle todo lo relacionado con las iglesias sobre la tierra; esto se debe a que Cristo desea que Su autoridad como Cabeza permanezca en los cielos. Toda iglesia local debe mantener el testimonio del Cuerpo y ser una expresión en miniatura del Cuerpo de Cristo. Sin embargo, todas las iglesias locales rinden cuentas directamente a Cristo y no a otras iglesias. Esto quiere decir que todas y cada una de las iglesias deben ser únicamente reguladas por Cristo y no deben ser controladas por ninguna otra institución o iglesia.

Dios detesta que se engañe a los hombres haciéndoles creer que deben existir centros hegemónicos sobre la tierra. Por tanto, Él desechó a Jerusalén e hizo que fuese Antioquía el lugar desde el cual los apóstoles partieron para realizar su labor (Hechos 13). Puesto que ellos no partieron de Jerusalén, se evitó que surgieran malentendidos en el sentido de que la iglesia en Jerusalén era la iglesia matriz, la iglesia central, y que todas las otras iglesias eran iglesias subordinadas a la iglesia matriz, sucursales de la iglesia central. Hace unos doscientos años, la Asamblea de los Hermanos estuvo a punto de establecer su centro en Londres. Esto es erróneo. Por tanto, hermanos, les suplico que no consideren la asamblea en Shanghai como la iglesia matriz o la iglesia central. Nuestras asambleas, ubicadas en diversas localidades, están directamente regidas por Cristo y no son controladas por ninguna otra asamblea.

La verdad a la cual nos referimos hoy equilibra la verdad que hemos mencionado el sábado pasado por la noche. El sábado pasado mencionamos la vida del Cuerpo y la relación que existe entre todas las asambleas. Dios jamás le diría a una asamblea que haga algo y a otra asamblea que no lo haga. Dios guía a una asamblea de la misma manera en que guía a las demás asambleas. Ya vimos que las iglesias gentiles debían imitar a las iglesias en Judea. También vimos que, conforme a lo dispuesto por Dios, ninguna iglesia de Dios debe actuar de manera independiente, sino que, más bien, debe tener en cuenta el mover del Cuerpo y procurar la armonía mutua. Todo aquel que haya sido excomulgado por una asamblea, debe ser excomulgado por las demás. El día de hoy nos referimos, en cambio, a la responsabilidad de la iglesia local; una iglesia local únicamente es responsable ante Dios y no rinde cuentas a ninguna otra asamblea local. Lo abordado el sábado pasado nos permite ver cuán estrictas son las obligaciones y restricciones que existen entre una asamblea y las demás; ninguna iglesia puede actuar de manera independiente ni formular sus propios proyectos. Si una asamblea actúa de manera independiente o formula sus propios proyectos sin aceptar restricciones, no estará actuando según Dios. Al mismo tiempo, tenemos que comprender que todas y cada una de las iglesias le

rinde cuentas directamente a la Cabeza por todo cuanto realiza. Fácilmente podemos emitir juicios parciales; por tanto, necesitamos mantener el equilibrio que es propio de la verdad.

A veces, es posible actuar como la Iglesia Católica Romana. Cuando Roma decide hacer algo, todos los católicos de cualquier lugar tienen que obedecer. No es a esto a lo que nos referimos cuando hablamos de ser equilibrados en cuanto a la verdad. Por un lado, debemos ser restringidos por las otras asambleas de tal manera que sigamos en las mismas pisadas y seamos semejantes en lo que concierne a la verdad. Por otro lado, todas y cada una de las asambleas deben rendir cuentas directamente a la Cabeza por todo cuanto practican. Todas y cada una de las iglesias locales le rinden cuentas a Dios de todo cuanto hacen. Todas las iglesias mencionadas en Apocalipsis 2 y 3, tal como la iglesia en Éfeso, la iglesia en Esmirna, la iglesia en Pérgamo y demás, poseen su propio candelero. Cada una de ellas tenía su propio pedestal. Cada una de ellas mantuvo la posición que le correspondía y era responsable ante Dios directamente. El Señor reprendió y elogió a Éfeso. Él no hizo que Pérgamo rindiera cuentas por Éfeso, ni tampoco atribuyó las virtudes de Éfeso a Esmirna. Ninguna iglesia puede hacerse responsable por otra, y ninguna iglesia puede atribuirse a sí misma los méritos de otra. Todas las iglesias responden de sí ante el Señor directamente y son regidas por el propio Señor. Al mismo tiempo, la Biblia nos dice: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice *a las iglesias*” (Ap. 2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22). He aquí el equilibrio que es propio de la verdad. Por un lado, en la Biblia se nos dice que estas palabras iban dirigidas al mensajero de la iglesia en Éfeso. Pero al terminar de hablar, se nos dice que estas palabras son dadas a todas las iglesias. Al inicio de cada mensaje, se nos dice que estas palabras iban dirigidas a los mensajeros de la iglesia en Éfeso, la iglesia en Esmirna, la iglesia en Pérgamo, etc.; sin embargo, al final, se nos dice que todas las iglesias deben escuchar lo que Dios dice a las demás iglesias. El *Espíritu Santo* habla a todas las iglesias, y es por ello que todo aquel que tenga oídos debe atender a estas palabras. Esto nos demuestra que aquello que es observado por una iglesia, debe ser acatado también por las demás iglesias. Así pues, la responsabilidad que cada iglesia ha asumido en su respectiva ciudad, la obliga a rendir cuentas ante Dios solamente; no obstante, todas las iglesias deben actuar en común y de la misma manera. En consecuencia, la epístola iba dirigida a Éfeso, pero las palabras que contiene iban dirigidas a todas las iglesias. He aquí el equilibrio que es propio de la verdad.

Según la Biblia, Dios ha dispuesto que la unidad más reducida y mínima de la iglesia sobre la tierra sea la asamblea local. Además, no hay otra institución que esté por encima de la asamblea local. Así pues, la iglesia local es tanto la organización máxima, como la menor de las organizaciones. Toda iglesia local es la miniatura de la iglesia universal y expresa a la misma. No hay ninguna otra

entidad que sea menor, ni mayor, que la iglesia local. Debemos tomar posesión de esta verdad. Debemos procurar que todo cuanto hagamos como asamblea en Shanghai —nuestro proceder y cada uno de los pasos que demos— sea igual a lo hecho por todas las asambleas en China. No solamente debemos esforzarnos por tener un mismo proceder y seguir en las mismas pisadas junto con todas las asambleas en China, sino que también debemos esforzarnos por ser partícipes del mismo proceder y seguir las pisadas de todas las asambleas en el mundo. Al mismo tiempo, rendiremos cuentas ante Dios directamente por todo lo que hagamos como asamblea en Shanghai y, ya sea que estemos acertados o equivocados, seremos responsables por ello ante Dios. Nosotros, la iglesia en Shanghai, no somos dirigidos por ninguna otra institución superior. En la asamblea en Shanghai, no hay autoridad mayor que la de los ancianos. Éstos son los límites que Dios ha establecido. En cada ciudad deben haber varios ancianos. Sin embargo, estos ancianos únicamente pueden velar por la asamblea en esa ciudad; ellos no pueden velar por una asamblea en otra ciudad. Los límites establecidos por Dios se basan en el hecho de que los ancianos son designados para ejercer su función en cada ciudad. A ello se debe que la autoridad de un anciano no pueda sobrepasar los límites de la ciudad. Las iglesias locales, tal como la Biblia las describe, están regidas por una administración de índole local. Es mi expectativa que los hermanos y hermanas mantengan estos dos aspectos de una manera equilibrada. Por un lado, procuramos ser iguales que las otras asambleas; por otro, cada iglesia local asume la responsabilidad de rendir cuentas directamente a Dios.

LOS LÍMITES DE UNA IGLESIA LOCAL

Ahora debemos prestar atención al hecho de que en el Nuevo Testamento, los límites de la iglesia local se circunscriben a la ciudad en la cual se encuentra. Por tanto, la iglesia local no puede sobrepasar los límites de su ciudad; no puede reclamar para sí *ningún* límite más extenso que el que corresponde a la ciudad. En la Biblia, no aparece ninguna iglesia que rija sobre una provincia o un condado. La Biblia nos muestra que la ciudad misma constituye los límites de una iglesia. En sus inicios, la ciudad era la comunidad en la cual los hombres se establecían. Debemos recordar que las complejidades de la vida moderna dan lugar a que se formen muchos pueblos y aldeas. Pero al inicio, cuando las familias comenzaron a juntarse con la finalidad de vivir en sociedad y contar con protección, se formaron las ciudades (Gn. 4:17). Debido a diversidad de motivos, los hombres comenzaron a morar en ciudades. En la primera mitad del libro de Génesis, no aparece ninguna otra unidad menor que las ciudades. En la época de Josué, los hombres seguían viviendo en ciudades. Por supuesto, para entonces, existían aldeas vecinas. Cuando el Señor envió a los discípulos a predicar el evangelio, Él les encargó que entraran en las ciudades y aldeas (Mt.

10:11). Esto es así, porque en la Biblia una ciudad o aldea es la mínima unidad para los asentamientos humanos.

El límite que las Escrituras fijan para una iglesia local es la ciudad en la que se encuentra. Éfeso, Corinto y Tesalónica eran, todas ellas, ciudades. Los límites de una iglesia local no pueden exceder a los de su ciudad. Asia era una región bastante extensa y en ella había *siete* iglesias. Galacia era otra región y en ella había *iglesias*. Corinto era una ciudad y, por tanto, la Biblia menciona que toda la iglesia se reunía *en un solo lugar* (1 Co. 14:23). La iglesia en Corinto era una sola iglesia. Todas las otras iglesias locales mencionadas en la Biblia tenían como límite a sus respectivas ciudades. Éste es el sabio procedimiento que Dios ha usado para proteger a los creyentes de cualquier confusión. Si Dios hubiese hecho que los límites de la iglesia estuvieran sujetos a los límites de la nación en la que se encuentra, dichos límites estarían cambiando todo el tiempo, porque frecuentemente las naciones sucumben. Al sucumbir una nación, los límites de la iglesia en dicha nación dejarían de ser los mismos. Si Dios hubiese hecho que los límites de una provincia fueran los límites de la iglesia correspondiente, dichos límites también cambiarían con cierta frecuencia. Si se cambiara la demarcación de los límites de una provincia, entonces los límites de la iglesia también cambiarían. ¿Acaso esto no acarrearía problemas? Es debido a esto que Dios no hizo que los límites de la iglesia se circunscribieran a los de la provincia en la que se encuentra, ni a los de la nación en la cual se halla, ni tampoco a cualquier otra clase de delimitación política. Las dinastías, las naciones y las provincias, todas ellas cambian con facilidad. Dios ha hecho que sea la ciudad o aldea la que fije los límites de la iglesia debido a que tanto las designaciones como los límites de estos lugares no cambian fácilmente. Los límites de las naciones cambian constantemente y lo mismo sucede con los nombres de las provincias. Pero los nombres y límites de las ciudades y aldeas son los que menos probabilidades tienen de ser afectados debido a la inestabilidad de orden político. Esta clase de límites son los menos afectados por los cambios de orden político y casi podríamos decir que nunca son afectados por ellos. En muchos casos, una aldea era llamada de cierta manera hace varios siglos y, en la actualidad, sigue recibiendo el mismo nombre. Muchas ciudades dejan de pertenecer a una nación y pasan a pertenecer a otra, pero, a pesar de ello, las ciudades en sí siguen siendo las mismas. La ciudad (y con mayor razón la aldea), es la unidad política más estable. Debido a esto, Dios dispuso que fuese la ciudad la que determinara los límites de la iglesia local.

Ciertamente reporta una serie de beneficios el que Dios haya hecho de la ciudad la unidad administrativa a la cual está circunscrita la iglesia local, que haya separado las iglesias por las ciudades en las cuales se encuentran y que no haya establecido otras instituciones superiores que supervisaran diversas ciudades. Si una iglesia local fracasa o está en pecado, tal pecado o tal fracaso no afectará a

las otras iglesias. Si Dios pusiera siete u ocho iglesias bajo la administración de unas cuantas personas, en el momento en que una de estas personas fracasara, las siete u ocho iglesias bajo su influencia también fracasarían. Si Dios hubiese establecido una sede central en Asia a fin de regir las siete iglesias en Asia, en cuanto dicha sede central fracasara, las siete iglesias también habrían fracasado. Las siete iglesias en Asia eran, cada una de ellas, responsables ante el Señor. Por tanto, aunque cinco de ellas fracasaron y se degradaron, Esmirna y Filadelfia — que representan al remanente de Dios— no fracasaron. Dios hizo esto a fin de evitar tales peligros, ya que esto protege a las iglesias débiles y buenas de ser infiltradas por el pecado y otros elementos impropios.

LOS LÍMITES FIJADOS POR LA CIUDAD

El concepto de ciudad no estaba presente en la Biblia al inicio. En el principio Dios creó el huerto del Edén, el cual no era una ciudad. Al final, Dios obtendrá la Nueva Jerusalén: una ciudad. Por tanto, el concepto de ciudad surgió después de que el hombre cayera. Antes de la caída del hombre, todo —incluyendo el árbol de la vida y todos los frutos— estaba en el huerto del Edén. El agua viva fluía desde el huerto del Edén. Después de la caída del hombre, Dios dejó de operar en el huerto para empezar a obrar en las ciudades. Un huerto no parece tener límites y carece de toda protección. Dios hizo surgir las ciudades con el propósito de que hubiera protección, de manera que las murallas de las ciudades sirvieran de límites y las separaran de otras cosas. Esta clase de separación tiene como finalidad mantener el pecado fuera de la ciudad. No es solamente en nuestros tiempos que la ciudad tiene importancia para Dios, sino que durante el milenio, a Él únicamente le importará la ciudad. En el futuro, algunos regirán sobre cinco ciudades, mientras que otros regirán sobre diez ciudades. Pero la ciudad no sólo será importante para Dios durante el milenio, sino también en los cielos nuevos y la tierra nueva, pues entonces se manifestará la Nueva Jerusalén. Dios exalta la ciudad porque ésta posee límites que la separan de cualquier otro lugar. Esta característica distintiva de la ciudad hace que existan menos probabilidades de confusión y que sea más fácil la administración.

Aunque hemos dicho que los límites de la iglesia a veces se circunscriben a los de la aldea en la cual se halla, en realidad, una aldea no es sino una ciudad en miniatura. En todo caso, el concepto divino sigue siendo el de la ciudad. Cuando hay unos pocos creyentes que se congregan en una determinada ciudad, esa asamblea se convierte en la iglesia local en aquella localidad. Otra iglesia de otra ciudad no puede venir e interferir con esta reunión. Los límites que corresponden a la iglesia en una ciudad, son los límites de dicha ciudad. Los límites de una iglesia local están determinados por los límites políticos de la ciudad en la cual se encuentra. Dios no ha dejado que sean los hermanos ni los

ancianos de una iglesia local los que decidan cuáles son los límites de una iglesia local. La responsabilidad que le compete a la iglesia es la de acatar la división hecha por el gobierno y acatar los límites políticos de una ciudad como los límites de la iglesia que en ella se encuentra. Así pues, el ámbito en el que actúa una iglesia local es tan amplio como lo determinen los límites políticos de la ciudad. Hay ciudades pequeñas y ciudades grandes. Nínive era una ciudad tan grande que se requería de tres días de camino para rodearla (Jon. 3:3). Pero una ciudad como Jerusalén apenas abarcaba un área de seis millas a la redonda. Betania era un lugar en las afueras de Jerusalén, o sea, era una aldea adyacente a Jerusalén (Jn. 11:18). Jerusalén es una ciudad y tiene sus propios límites; lo mismo sucede con Betania, la cual es una aldea y tiene sus propios límites. Éste es el modo en que se distingue a las iglesias en la Biblia: según sus límites políticos. Aunque algunos lugares son muy extensos y otros son muy reducidos, la iglesia no puede fijar sus límites como se le ocurra, sino que tiene que hacerlo conforme a la división política que exista. Dios no ha dado a la iglesia la libertad de hacer las cosas a su manera. Dios se vale de los límites establecidos por el gobierno, y ésta es la base que la iglesia debe aceptar hoy. No es necesario un procedimiento diferente.

CÓMO SUBDIVIDIR LAS REUNIONES EN UNA CIUDAD

Ya vimos que la Biblia considera la ciudad o la aldea en sí como la unidad que fija los límites de una asamblea local. En Shanghai, ahora tenemos una reunión en el local de la calle Wen-teh y otra en el local de la calle Gordon. ¿Qué relación existe entre ambas reuniones? Ésta es la pregunta que hemos de considerar esta noche. Pero primero dejemos a un lado esta pregunta y estudiemos más bien, según la Biblia, cómo se debe agrupar a los creyentes cuando el número de ellos en una misma ciudad llega a ser excesivo para una sola reunión. En Pentecostés, hubo primero tres mil, y después, cinco mil personas que fueron salvas en Jerusalén (Hch. 2:41; 4:4). El número de personas salvas era grande. Pero el caso de Jerusalén era distinto al de Corinto. En Corinto no había tantas personas salvas reuniéndose, pues en 1 Corintios 14 dice que toda la iglesia podía reunirse en un solo lugar. Esto quiere decir que no eran tan numerosos como para no poder reunirse todos en un mismo local. Sin embargo, la iglesia en Jerusalén no podía congregarse a todos sus miembros en un solo lugar. Si toda la iglesia se reuniera, tendrían tres mil, más cinco mil, más muchos otros que habían sido salvos. Eran demasiado numerosos y no tenían el local adecuado. Por tanto, en Jerusalén vemos que aun cuando los creyentes permanecían unidos, ellos partían el pan en sus casas. Existe una pequeña diferencia entre la asamblea en Corinto y la asamblea en Jerusalén: el número de los que se congregaban en la ciudad de Corinto era bastante reducido y todos podían reunirse en un mismo local; en cambio, el número de los que se reunían en Jerusalén era grandísimo y, por ello, los creyentes no podían reunirse en un solo

local, sino que sólo podían reunirse de casa en casa. Por tanto, cuando una asamblea local llega a ser muy numerosa, dicha asamblea, la cual es una sola, puede celebrar reuniones en diversas “casas”. Esto es lo que se nos muestra en Hechos 2:46.

Una iglesia puede celebrar reuniones en diversas “casas”, pero la iglesia sigue siendo una sola. Supongamos que en la ciudad de Jerusalén se celebraban unas cuantas docenas de reuniones. ¿Había una sola iglesia en Jerusalén, o había varias docenas de iglesias? La respuesta bíblica es que sólo había “una sola iglesia”, debido a que Dios dispuso que la ciudad fuese el ámbito de la iglesia. La iglesia se circunscribe a la ciudad en la cual se encuentra. En la ciudad de Jerusalén había una sola iglesia. Aunque la iglesia se reunía en varias docenas de lugares, la administración de la iglesia en Jerusalén era la misma para todas estas reuniones. Todos ellos tenían a los mismos ancianos y diáconos. Un anciano de la iglesia en Jerusalén podía ejercer su función de anciano ya sea en un hogar o en otro. Él era un anciano en todas las reuniones que se celebraban en Jerusalén. Pero él no podía ir a Samaria y convertirse automáticamente en un anciano, porque la iglesia está circunscrita a la ciudad en la que se encuentra. Esto mismo se aplica a nuestras reuniones en Shanghai.

En términos estrictamente políticos, mientras haya en la ciudad de Shanghai territorios cedidos a otras naciones —zonas tales como la concesión francesa y la concesión británica y el territorio chino—, tales zonas en realidad conforman lo que puede ser considerado como tres diferentes ciudades, debido a que estas tres zonas son regidas por tres diferentes regímenes legales. Pero ahora que estos territorios cedidos han sido reclamados, todo Shanghai ha vuelto a ser una sola ciudad. Y aunque en el presente todavía existen diferentes autoridades policiales en lo que antes era la concesión francesa y la concesión comunitaria, desde el punto de vista legal y político, ya no existen las antiguas divisiones. Ahora podemos considerar todo Shanghai como una sola ciudad. Así que, hay una sola iglesia. Por consiguiente, tanto los que se reúnen en el local de la calle Wen-teh como los que se congregan en el local de la calle Gordon, todos pertenecemos a una misma iglesia; sólo hay una mesa, y no dos mesas.

Cuando el número de los que se congrega en un determinado lugar llega a ser numeroso, las reuniones pueden celebrarse en diversos lugares. Quizás algunos hermanos y hermanas se pregunten cuán numerosa debe ser la asamblea para considerar la subdivisión. ¿Cuáles son los parámetros? Ya hice referencia antes al relato bíblico en el que el Señor repartió el pan a los hermanos. Antes de distribuir el pan a los cuatro mil y a los cinco mil, Él ordenó a los discípulos que dividieran la multitud en grupos de cincuenta o cien. Después, hizo que los discípulos repartieran el pan (Mr. 6:40). A mi entender, todos nosotros somos el rebaño del Señor. Es más fácil alimentar al rebaño del Señor si se divide a las

ovejas en grupos de cincuenta o de cien. Existen, además, algunas otras ventajas que se desprenden de esta clase de subdivisión.

En primer lugar, los apóstoles en aquel tiempo no tenían suficiente dinero para construir grandes locales de reunión. Ellos únicamente podían seguir el principio de reunirse en los hogares, aun cuando quizás no se hayan dividido precisamente en grupos de cincuenta o de cien. Al dividirse de esta manera, no se plantea ningún problema con relación al local de reuniones. Así pues, nosotros preferimos no tener un gran local que sirva de punto central para nuestras reuniones sino que, más bien, preferimos reunirnos por separado en grupos de cincuenta o de cien.

En segundo lugar, si varios miles de personas o varios cientos de personas se congregasen en un mismo lugar, no tendríamos suficiente tiempo para partir el pan los domingos por la noche cuando celebremos la reunión del partimiento del pan y, además, careceríamos de un pan lo suficientemente grande o de una copa lo suficientemente amplia. Esto nos muestra claramente que, al inicio de la era de la iglesia, las personas salvadas no estaban partiendo el pan en un solo lugar. A veces, cuando son doscientas o trescientas personas las que parten el pan, tenemos que esperar una o dos horas antes de poder recibir el pan. Algunos pueden esperar, pero otros no. Esto no es cuestión de si debemos esperar o no, sino, más bien, de si algunos tendrán las suficientes energías como para esperar tanto tiempo.

En tercer lugar, si doscientas o trescientas personas se reunieran en un mismo lugar, a algunos hermanos les sería muy difícil asistir a tal reunión por falta de tiempo. Si todos los hermanos intentaran conocerse los unos a los otros, sólo podrían comunicarse con uno o dos hermanos a la vez en cada reunión. Si ellos anhelaran más oportunidades para conocerse entre sí y comunicarse los unos con los otros, sólo podrían hacerlo una vez cada varios meses. Si éste fuera el caso, la asamblea no podría prosperar. En cambio, si sólo hay cincuenta o cien personas reuniéndose en un mismo lugar, les será mucho más fácil comunicarse entre sí, y la asamblea tendrá muchas más posibilidades de hacer progresos. También será mucho más fácil atender a las necesidades de los miembros, y el cuidado que recibirán será el adecuado. Si el número de los que asisten a la reunión es demasiado elevado, resultará muy difícil proveernos mutuamente el cuidado necesario y corremos el riesgo de ser negligentes en este aspecto. Por todo ello, debemos observar este principio.

Es por este motivo, y basados en dicho principio, que hemos iniciado otra reunión en el local que se encuentra en la calle Gordon. No debemos olvidar que los que se reúnen en el local de la calle Gordon y los que se reúnen en la calle Wen-teh no constituyen dos iglesias, sino una sola iglesia que disfruta de la

misma comunión. Simplemente nos hemos subdividido en dos diferentes “reuniones de casa”. Los responsables por la reunión en la calle Wen-teh y los responsables por la reunión en la calle Gordon, son el mismo grupo de personas. Los hermanos que sirven aquí y allá, son los mismos. Si un hermano que se congrega en Shanghai quiere ir a la reunión en Nankín, él necesita una carta de recomendación. Pero si este mismo hermano dejara de reunirse en el local de la calle Wen-teh y empezara a asistir a las reuniones en el local de la calle Gordon, o viceversa, no necesitaría solicitar una carta de recomendación. Tenemos la expectativa de que muy pronto podamos celebrar reuniones en Bao-shan. La ciudad de Bao-shan pertenece a un condado distinto del que corresponde a la ciudad de Shanghai. Si un hermano desea comenzar a congregarse en Bao-shan, deberá llevar consigo una carta de recomendación, porque Bao-shan es otra ciudad, y la administración de la iglesia en esa ciudad es distinta. El caso de los que se reúnen en la calle Wen-teh y en la calle Gordon es distinto, pues están bajo la misma administración. Las ofrendas recibidas en ambos locales son administradas por el mismo grupo de personas, y todos los asuntos son considerados por una misma administración. Los creyentes que fueran recibidos en cualquiera de estos dos lugares son aprobados por los mismos hermanos y presentados ante los demás hermanos en ambos lugares.

**LA LÍNEA DIVISORIA ENTRE
LAS REUNIONES QUE SE CELEBRAN
EN LA CALLE GORDON Y EN LA CALLE WEN-TEH**

Ahora bien, ¿cómo establecemos la línea divisoria entre las reuniones que se celebran en el local de la calle Gordon y en el local de la calle Wen-teh? ¿Cuáles hermanos y hermanas deben reunirse en el local de la calle Wen-teh? ¿Y cuáles en el local de la calle Gordon? En este caso, los hermanos responsables que ejercen la función de ancianos entre nosotros, han conversado al respecto y han arribado a la decisión de que sea el río Suzhou el que represente la línea divisoria. Todos los hermanos y hermanas que viven al norte del río Suzhou deberán reunirse en el local de la calle Gordon, y todos los hermanos y hermanas que residen al sur del río Suzhou deberán congregarse en el local de la calle Wen-teh. Esta disposición no quiere decir que los hermanos y hermanas que residen al norte de dicho río no puedan reunirse en el local de la calle Wen-teh, ni tampoco que los hermanos y hermanas que viven al sur del mismo tienen prohibido reunirse en el local de la calle Gordon. Lo que esto significa es que quienes viven al norte del río Suzhou deben considerar las reuniones celebradas en la calle Gordon como aquellas que les corresponden, y deben asumir ciertas responsabilidades por dichas reuniones y suministrar el cuidado respectivo; y los que viven al sur del río Suzhou deben hacer lo mismo con respecto a las reuniones que se celebran en la calle Wen-teh. Por tanto, es nuestra expectativa que los hermanos y hermanas que viven al norte del río Suzhou se reúnan

separadamente de los que viven al sur del río Suzhou. También es nuestra expectativa que en el futuro se celebren reuniones en territorios de la concesión francesa, de Yang-shu-pu y de Kiang-wan. Así también, tenemos la expectativa de que aquellos que ahora ejercen la función de ancianos entre nosotros, evalúen aquellos territorios y determinen quienes deben partir el pan en los diferentes lugares de reunión. Al presente, únicamente tenemos dos locales de reunión, y el río Suzhou representa la línea divisoria entre ambos locales. Debemos, pues, reunirnos de manera ordenada en conformidad con este principio.

LOS LÍMITES CON RESPECTO A LAS AFUERAS DE LA CIUDAD

En lo que concierne a la línea divisoria entre una ciudad y sus suburbios, no hemos profundizado en el asunto; sin embargo, veamos Josué 21:3: “Entonces los hijos de Israel dieron de su propia herencia a los levitas, conforme al mandato de Jehová, estas ciudades con sus ejidos”. Este versículo menciona tanto a la ciudad como a sus ejidos, es decir, sus suburbios. Deuteronomio 28:3 dice: “Bendito serás tú en la ciudad, y bendito tú en el campo”. Este versículo hace referencia tanto a la ciudad como al campo. Según el Antiguo Testamento, todas las ciudades tienen sus respectivos suburbios, y cada ciudad tiene su propia campiña. Los suburbios y los campos en los alrededores de la ciudad contribuyen al sustento de la misma. En otras palabras, las verduras y los productos básicos que sustentan a la ciudad provienen de los suburbios y campos situados en los alrededores de la misma. La ciudad no puede sobrevivir por sí sola. A eso se debe que haya entradas en cada uno de los cuatro lados de la ciudad. La Biblia también nos da a entender que cada ciudad debe hacerse responsable por sus correspondientes suburbios y campos. Por tanto, la iglesia en una determinada ciudad debe hacerse responsable no solamente por la ciudad misma, sino también por sus suburbios y campos. Ya sea que se trate de predicar el evangelio o de realizar cualquier otra clase de labor, la iglesia en la ciudad debe atender a las necesidades de los suburbios y campos que rodean la ciudad. Los suburbios y los campos cumplen la finalidad de sustentar a la ciudad e incrementar el número de los que se reúnen en ella. Es decir, los hermanos y hermanas que residen en la ciudad deben preocuparse por aquellos que viven en la zona suburbana de la ciudad. Todos los que hayan sido salvos y residan en los suburbios, no debieran reunirse allí, sino que deben ser traídos a las reuniones en la ciudad y contribuir al fortalecimiento de las mismas, a fin de que la asamblea en la ciudad se desarrolle y pueda llegar a ser más numerosa, más prevaeciente y más próspera. Entre nosotros, hay hermanos que viven en Kiang-wan, el cual es una especie de suburbio de Shanghai. Al venir a nuestras reuniones, ellos contribuyen al fortalecimiento de la asamblea en Shanghai. Simplemente les estoy dando un ejemplo. Al inicio, la asamblea que se reúne en

la ciudad de Shanghai es el centro de las reuniones. Pero luego, cuando el número de los hermanos que residen en el suburbio haya incrementado, estos hermanos ya habrán aprendido cómo deben reunirse. Cuando ellos hayan madurado lo suficiente como para dar inicio a otras reuniones, podrán constituir una reunión de “casa” y, así, comenzarán a reunirse en los suburbios. Pero antes que esto sea posible, ellos deberán venir a reunirse a la ciudad y contribuir al fortalecimiento de dicha reunión.

LOS LÍMITES ENTRE UNA ASAMBLEA Y OTRA

A veces, surgen problemas entre dos asambleas distintas en lo que concierne a sus límites correspondientes. Algunas personas quizás vivan cerca de tales líneas limítrofes. Por ejemplo, ¿quién debe reunirse en Bao-shan y quién debe reunirse en Kiang-wan? ¿Quién debe reunirse en el local de la calle Wen-teh, y quién en el de la calle Gordon? ¿Quién debe decidir estas cosas? Esta clase de decisiones debe ser tomada en conformidad con el principio presentado en Deuteronomio 21:2-3 y 6 respecto al muerto: “Entonces tus ancianos y tus jueces saldrán y medirán la distancia hasta las ciudades que están alrededor del muerto. Y los ancianos de la ciudad más cercana al lugar donde fuere hallado el muerto, tomarán de las vacas una becerro que no haya trabajado, que no haya llevado yugo ... Y todos los ancianos de la ciudad más cercana al lugar donde fuere hallado el muerto lavarán sus manos sobre la becerro cuya cerviz fue quebrada en el valle”. Los ancianos de la ciudad deben intervenir a fin de medir la distancia y determinar cuál de las dos ciudades es la más cercana. La responsabilidad, entonces, recaerá en los de la ciudad más cercana. Por tanto, los límites que delimitan a las asambleas son muy simples. Si existen límites políticos claramente definidos, entonces podremos marcar dichos límites claramente. Si los límites políticos de una ciudad no son lo suficientemente claros, entonces los ancianos deben medir y decidir a cuál congregación le compete hacerse responsable por una determinada área. De este modo, todo estará muy claro. Todo hermano debe reunirse con la asamblea más cercana, y todos y cada uno de ellos deberán sujetarse a las autoridades correspondientes como es debido.

LAS RESTRICCIONES AL SUBDIVIDIR UNA MISMA ASAMBLEA EN DOS REUNIONES LOCALES

¿Cuándo resulta apropiado subdividir una asamblea en dos diferentes “casas” de reunión? Se tiene que esperar hasta que el número de los que se congregan sea bastante elevado, antes de poder subdividirlos en dos reuniones. Es más, después de tal subdivisión, ambas reuniones tienen que mantener su vigor. Es mejor si se puede subdividir la asamblea en dos grupos de cien personas cada uno, o, por lo menos, de cincuenta o setenta y cinco personas.

Nos gustaría mencionar la solicitud hecha por los hermanos para empezar una reunión en Bao-shan. Al presente, los hermanos en Bao-shan son fruto de los que se reúnen en la calle Gordon. Estos hermanos escribieron una carta dirigida a los que se reúnen en la calle Gordon y, en ella, expresaron su deseo de iniciar una nueva reunión en Bao-shan y de celebrar allí reuniones del partimiento del pan. ¿Qué deben hacer ellos a fin de ceñirse a las Escrituras? Es menester que ellos no solamente comprendan claramente que la Biblia nos ordena reunirnos juntos como hermanos, sino que ellos también deben tener la certeza de estar siendo guiados por el Espíritu Santo y deben evaluar la condición espiritual de sus reuniones. Así pues, deben atender a las necesidades de las reuniones celebradas en el local de la calle Gordon. En primer lugar, deben tomar en cuenta el número de los que se reúnen en la calle Gordon, y evaluar si ello es obstáculo para reunirse juntos y si es el momento propicio para subdividirse. Si la reunión en la calle Gordon no es muy prevaeciente, una subdivisión no hará sino debilitar aún más la situación, de modo que será más difícil que haya algún progreso. En segundo lugar, no debemos establecer la mesa del Señor irresponsablemente, sólo porque nosotros queremos partir el pan y recordar al Señor en un determinado lugar. De hecho, en cuanto celebramos la mesa del Señor en un determinado lugar, surge de inmediato la cuestión de la iglesia, y tenemos que hacernos responsables por la iglesia. ¿Podrán estos hermanos asumir la responsabilidad de determinar a quién se recibe y a quién se excomulga? ¿Son ellos capaces de asumir otras responsabilidades? Por tanto, tenemos que orar mucho al respecto antes de poder dar una respuesta adecuada.

Supongamos que ha llegado el momento propicio para que los hermanos en Bao-shan den inicio a sus reuniones. ¿Cuáles son los procedimientos correspondientes? Primero, ellos tienen que informar a la asamblea en Shanghai (tanto a los que se reúnen en la calle Wen-teh como a los que se reúnen en la calle Gordon) de su intención de iniciar tales reuniones. Aquellos hermanos que desean reunirse en Bao-shan deben orar mucho, y los hermanos en Shanghai también deben orar mucho al respecto. Si al orar todos ellos sienten que esto puede llevarse a cabo en unanimidad, los hermanos en Bao-shan podrán entonces iniciar sus propias reuniones y contarán con la bendición de los hermanos y la correspondiente imposición de manos por parte de ellos. Esto nos muestra que los hermanos en Bao-shan han recibido la aprobación de todos los hermanos y no están actuando conforme a sus propios deseos. Podemos asemejar esto a las abejas que multiplican sus colmenas al subdividirse en pequeñas colonias. Esta manera de proceder se trata, pues, de algo que se realiza con alegría, porque es fruto de mucha oración y comunión por parte de los hermanos. Se caracteriza por la imposición de manos y no por ninguna acción independiente. Tengo que decirles algo más: aun cuando es probable que vayamos a reunirnos por separado, esto no quiere decir que

Shanghai no necesite un local de reuniones más amplio que el actual. En Shanghai todavía sigue siendo necesario adquirir un local con capacidad para quinientas personas o más, porque todos los años recibimos muchas personas procedentes de todo lugar que asisten a nuestras conferencias.

PREGUNTAS

Pregunta: Cuando estábamos en Taizhou, hubo una persona que nos hizo preguntas acerca de la imposición de manos. La práctica de imponer manos, ¿debe ser puesta en práctica hoy en día?

Respuesta: En la Biblia se nos habla de la imposición de manos. Pero lo que la Biblia nos muestra no tiene relación alguna con la presunta imposición de manos (u ordenación) que los hombres practican en nuestros días. Hoy en día, siempre son aquellos que son más prominentes los que imponen las manos sobre aquellos que son menos prominentes. Pero en la Biblia podemos encontrar no solamente que los mayores imponen las manos sobre los menores, sino que también los menores imponen las manos sobre los mayores. En Hechos 8 se nos cuenta que Pedro y Juan se dirigieron a Samaria e impusieron las manos sobre los demás, lo cual es un acto realizado por los mayores en beneficio de los menores. Pero en Hechos 13 se nos cuenta que fueron los maestros y profetas los que impusieron las manos sobre los apóstoles. Éste es un caso en el que claramente se ve a los menores imponiendo las manos sobre los mayores. En la iglesia en Antioquía había profetas y maestros, y mientras ellos se encontraban ministrando al Señor y ayunando, el Espíritu Santo les dijo que debían apartar a Bernabé y a Saulo y enviarlos a realizar la obra para la cual Él los había llamado. Ellos, entonces, impusieron las manos sobre ellos dos y los enviaron. Sabemos que Pablo y Bernabé eran apóstoles, pero fueron los profetas y maestros los que les impusieron las manos. Efesios 4 claramente pone a los apóstoles en primer lugar, y a los pastores y maestros en segundo lugar (v. 11). Hechos 13 nos muestra que los menores impusieron las manos sobre los mayores. Esto nos da a entender que la imposición de manos no es un acto realizado por los mayores sobre los menores, como algunos se lo imaginan. En la Biblia, la imposición de manos simplemente denota comunión, identificación y unión mutua. La imposición de manos realizada en Hechos 8 nos da a entender que los creyentes samaritanos fueron unidos al Cuerpo de Cristo, de la misma manera en que el bautismo significa que ellos eran uno con Cristo en Su muerte. La imposición de manos realizada en Hechos 13 significa que la iglesia estaba unida a Pablo y a su compañero, y que la iglesia se identificaba con ellos y participaba plenamente en comunión con ellos. Por tanto, al ser ellos enviados, toda la iglesia los acompañaba. Tal imposición de manos nos muestra que no solamente eran Pablo y Bernabé los que salían en su viaje misionero, sino que toda la iglesia en Antioquía salía con ellos. Esto nos muestra que la labor y el

accionar de ellos no eran exclusivamente de ellos, sino que también procedía de toda la iglesia en Antioquía. Así pues, la imposición de manos no solamente significaba que ellos disfrutaban de comunión con aquellos que les impusieron las manos, sino también que aquellos sobre quienes se había impuesto las manos disfrutaban de plena comunión con toda la iglesia en Antioquía. Si alguno de nosotros sale a realizar una determinada labor, es mejor si sale después que nosotros le hayamos impuesto las manos.

Así como se limpia el polvo de un espejo, nosotros debemos aprender a despojar las enseñanzas bíblicas de todo vestigio procedente de las tradiciones de los hombres. Hay muchos que en lugar de limpiar el polvo que cubre el espejo, piensan que el espejo está demasiado polvoriento y lo desechan. Son muchos los que piensan que nuestras conversaciones en torno a los ancianos, los diáconos y la imposición de manos, terminarán por hacernos iguales a las denominaciones. En realidad, lo que está errado no es lo que existió desde un principio, sino aquello que se le añadió después. De hecho, nuestro objetivo no es destruir la obra de las denominaciones, sino recobrar aquello que Dios dispuso desde un comienzo. No podemos desechar los ejemplos provistos en la Biblia simplemente porque todas las otras cosas están equivocadas. Nuestro objetivo es preguntarnos si Dios ha dispuesto algo o no. Muchas veces, cuando salgo a ministrar, quisiera que los hermanos me impusieran las manos. Esto es muestra de que no salgo a laborar solo, sino que soy enviado por toda la asamblea y que ella se identifica con lo que hago. Espero que aquellos que sirven como ancianos entre nosotros, en el futuro pongan en práctica la imposición de manos.

Pregunta: Pablo impartió dones a Timoteo mediante la imposición de manos (2 Ti. 1:6). ¿Acaso esto no significa que los dones son dados por medio de la impartición de manos?

Respuesta: ¿Qué es un don? Es la capacidad dada a un miembro del Cuerpo. En otras palabras, si usted es uno de los ojos del Cuerpo, su don consistirá en su capacidad para ver. Si usted es un oído, su don consistirá en su capacidad para oír. Cuando una persona es unida al Cuerpo de Cristo, inmediatamente recibe un don. La imposición de manos por parte de los apóstoles es una manera de reconocer, a nombre del Cuerpo de Cristo, que una persona es miembro del Cuerpo de Cristo. Dios se agrada en manifestar el don de dicha persona, después de haberse realizado la imposición de manos. Lo que se nos relata en Hechos 13 también hace referencia a la unión con el Cuerpo de Cristo. En Hechos 13, la imposición de manos no tiene como fin que un don sea manifestado, sino expresar el hecho de que todos ellos eran colaboradores que laboraban juntos. La Biblia jamás menciona un solo caso en que los profetas y maestros hayan impartido dones a los apóstoles. En cuanto a los dones milagrosos mencionados en la Biblia, ellos siempre deben estar presentes entre nosotros y no deben ser

algo del pasado. Yo no entiendo por qué los dones milagrosos no están presentes hoy en día. La práctica de la imposición de manos no debiera detenerse con nosotros. Pablo le dijo a Timoteo que no impusiese las manos apresuradamente a ninguno, no vaya a ser que participase en sus pecados (1 Ti. 5:22). En Hebreos 6 dice que no echemos otra vez el fundamento, parte del cual son el bautismo y la imposición de manos (vs. 1-2). Por tanto, si somos descuidados con respecto a la imposición de manos, ciertamente habremos errado con respecto a un asunto fundamental. Por supuesto, no podemos impartir dones mediante la imposición de manos, tal como era la práctica de los primeros apóstoles; sin embargo, procuramos poner en práctica el principio subyacente. Reconocemos que somos semejantes a la iglesia en Filadelfia, pues no somos muy fuertes. Sólo tenemos poco poder (Ap. 3:8).

Pregunta: Ahora tenemos reuniones en dos locales diferentes. ¿Cómo se deben distribuir las responsabilidades y las labores?

Respuesta: Con respecto a las reuniones que se celebran tanto en el local de la calle Gordon como en la calle Wen-teh, dos o tres ancianos deben estar encargados de todos los detalles. Así también, es necesario que unos cuantos diáconos o diaconisas sirvan tanto en el local de reunión de la calle Gordon, así como en el local de reunión de la calle Wen-teh. El sábado pasado, en la reunión de los hermanos, hablamos acerca de las diferentes labores. Celebraremos reuniones de oración en el local de la calle Gordon del mismo modo que se vienen celebrando tales reuniones aquí. Con miras a la obra en el futuro, esperamos que los hermanos que se congregan en la calle Gordon puedan alquilar un local más amplio. Si vamos a realizar alguna obra allí, el local actual resulta muy pequeño. Quizás, en el futuro, la reunión del día del Señor sea dividida en dos: una en la mañana y otra en la tarde. Quizás nos reunamos en el local de la calle Gordon por la mañana y en el de la calle Wen-teh por la tarde. Quizás incluso vayamos a alternar las reuniones de hermanos y hermanas entre estos dos lugares, es decir, es probable que tengamos dichas reuniones en un local esta semana y en el otro local la semana siguiente. De otro modo, algunos podrían pensar que la reunión celebrada en el local de la calle Gordon es la sucursal de la iglesia que se congrega en la calle Wen-teh. Algunos ya me han preguntado si la reunión en la calle Gordon es una extensión de la reunión que se celebra en el local de la calle Wen-teh. Yo les respondí que no es así, pues la reunión en la calle Wen-teh es igual a la que se celebra en la calle Gordon.

Pregunta: ¿No debiéramos decir: “la reunión en la calle Gordon” y “la reunión en la calle Wen-teh”, en lugar de referirnos a “la reunión de la calle Gordon” y “la reunión de la calle Wen-teh”?

Respuesta: Sí, así es.

Pregunta: Si en el futuro decidimos iniciar una reunión en Bao-shan, ¿deberíamos informar a los demás hermanos?

Respuesta: Debemos informar a ambas reuniones. Primero debemos informar a los que se reúnen en la calle Gordon y, después, debemos informar a los que se reúnen en la calle Wen-teh. Debemos pedir a los hermanos y hermanas que se reúnen en ambos locales que oren por este asunto hasta que tengan absoluta certeza como fruto de tales oraciones. Entonces los hermanos en Bao-shan podrán recibir una respuesta definitiva. Ésta es la mejor manera y la más apropiada.

Pregunta: En cuanto a recibir a otras personas en la reunión del partimiento del pan, si los hermanos que se reúnen en la calle Gordon tienen dudas con respecto a recibir un hermano, ¿podrían preguntar a los hermanos que se reúnen en la calle Wen-teh?

Respuesta: Es un mismo grupo de ancianos el que asume la responsabilidad por ambos locales de reunión. Por tanto, los que se reúnen en la calle Wen-teh no son superiores en nada a los que se reúnen en la calle Gordon. Cuando recibimos a alguien, son los “ancianos” en Shanghai, juntamente con todos los hermanos, los que reciben a dicha persona; no hay diferencia alguna si esa persona es recibida por los que se reúnen en la calle Gordon o por los que se congregan en la calle Wen-teh. En lo concerniente a recibir a alguien, en el futuro tenemos que hacerlo de la manera apropiada. Romanos 14:1 dice: “Ahora bien, recibid al débil en la fe”, y 15:7 dice: “Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo os recibió, para gloria de Dios”. Recibir a alguien es únicamente una parte del procedimiento que debemos seguir. La cuestión es si dicha persona posee fe o no. Nos debemos preguntar si dicha persona posee fe, no si su fe es débil o fuerte. Además, lo crucial es si tal persona ha sido recibida por Dios o no. Por tanto, debemos saber con seguridad si Dios ha recibido a tal persona o no. Si Dios no la ha recibido, nosotros tampoco podremos recibirla.

EN LO CONCERNIENTE A RECIBIR A LOS DEMÁS

En lo concerniente a recibir a los demás, debemos considerar varios aspectos.

Los portadores de una carta de recomendación de otra localidad

Aquellos que proceden de otra localidad y vienen con una carta de recomendación, deben ser recibidos por nosotros. Pero tenemos que saber de dónde vino la carta de recomendación. Si es una carta de recomendación de las denominaciones, no sabremos a ciencia cierta si dicha persona conoce bien las verdades bíblicas ni tampoco sabremos si ella es salva. Por tanto, aquellos que

son recomendados por grupos desconocidos para nosotros, no podrán ser recibidos con base en dicha carta. Pero si la carta que ellos traen ha sido escrita por otra asamblea local, tal como la ubicada en Hangzhou, ciertamente podemos confiar en dicha recomendación y recibir a la persona que se recomienda. Debemos tener confianza de que en Hangzhou se hace lo mismo que nosotros hacemos.

Los que son recomendados por el testimonio de dos o tres

Si dos o tres hermanos dan testimonio recomendando a cierto hermano a fin de que sea recibido en la reunión del partimiento del pan, podremos recibirlo. En la actualidad, es común para nosotros tener que enfrentarnos al dilema de cómo recibir a quienes están de paso. Ellos están en nuestra ciudad sólo de paso y desean partir el pan con nosotros una vez nada más. Es difícil enfrentarse a esta clase de situaciones. También tenemos el caso de algunos hermanos que son miembros de ciertas denominaciones, quienes vienen a partir el pan con nosotros pero que, después, retornan a sus denominaciones para partir el pan allí. Tampoco es fácil tener que resolver tales casos. En mi opinión, lo mejor es que dos o tres hermanos se acerquen a conversar con estas personas cuanto antes, con la finalidad de averiguar si son salvas y, así, poder decidir si hemos de recibirlas en la reunión del partimiento del pan. No podemos pedirles a estas personas que esperen hasta la siguiente semana para darles una respuesta. Después de todo, no se trata de personas que desean iniciar una comunión duradera con nosotros y que podrían esperar algún tiempo.

Tres clases de cartas de recomendación

Las cartas de recomendación pueden ser de tres clases: (1) aquellas en las que se recomienda a un hermano que todavía no ha dejado las denominaciones; (2) aquellas en las que se recomienda a un hermano que se congrega basado en el terreno de la iglesia; y (3) aquellas que recomiendan a un hermano que posee ciertos dones.

Algunas consideraciones antes de recomendar a alguien para que sea recibido en la reunión del partimiento del pan

(1) Debemos preguntarnos si esta persona es salva o no. (2) Debemos saber si dicha persona comete pecados que lo hacen merecedor de ser excomulgado, tal como se detalla en 1 Corintios 5. (3) Debemos hacerle ver que al celebrar la reunión del partimiento del pan, no sólo lo hacemos con la finalidad de recordar al Señor, sino también con el objetivo de discernir el Cuerpo de Cristo y asumir responsablemente una posición en el Cuerpo de Cristo. Los primeros dos

asuntos son requisitos previos: una persona tiene que ser salva y estar limpia de pecado para poder participar en la reunión del partimiento del pan. El tercer asunto se relaciona con la enseñanza: aquel a quien recibimos en la reunión del partimiento del pan, debe saber discernir el Cuerpo de Cristo y asumir la posición que le corresponde como miembro del Cuerpo de Cristo. Si dicha persona no discierne tales cosas al ingerir el pan, se hará merecedora de juicio ante Dios (1 Co. 11:29). Si esta persona hace tal cosa, partir el pan con nosotros no le será de mucho beneficio.

Si una persona es salva y no practica los pecados mencionados en 1 Corintios 5, pero no tiene bien claro la verdad concerniente a discernir el Cuerpo, nosotros todavía tenemos que recibirla, pues tenemos que recibir al que es débil en la fe. Me parece que no hemos sido fieles para con los que nos visitan procedentes de las denominaciones; no les hemos hablado sobre la importancia que Dios le atribuye a discernir el Cuerpo. Nosotros tenemos que explicarles este aspecto; sin embargo, si hacemos que el discernimiento del Cuerpo se convierta en un requisito para recibir a una persona, ello equivaldría a convertirnos en una división. Por ello, tenemos que ser cuidadosos al respecto. Sin embargo, no debemos olvidar la enseñanza contenida en Tito 3:10.

PREGUNTAS

Pregunta: Después que una persona es salva, ¿tiene que esperar a ser bautizada para poder partir el pan?

Respuesta: Es mucho mejor si una persona es bautizada antes de partir el pan. La Biblia no dice que, después de haber creído, se debe esperar cierto tiempo para ser bautizados; de hecho, el acto de creer y el de ser bautizados están estrechamente vinculados. En la Biblia jamás se nos dice que, después de haber sido salva, una persona tenga que esperar varios meses antes de poder ser bautizada. Tal práctica simplemente no existe en el Nuevo Testamento. Pero no deberíamos convertir el bautismo en un requisito para participar del partimiento del pan. Algunos han sido rociados con agua y desconocen que el bautismo sea un testimonio público. Aun así, nosotros tenemos la obligación de recibirlos en la reunión del partimiento del pan. Aquellos que pertenecen al “Ejército de Salvación” no creen en el bautismo y ninguno de ellos ha sido bautizado. Los cuáqueros, especialmente los que residen en China, no practican el bautismo ni celebran la reunión del partimiento del pan. Existen otras denominaciones menores que se adhieren a las creencias de los cuáqueros en este respecto. Si tales personas vienen a reunirse con nosotros, debemos recibirlas. Puesto que Dios las ha recibido, nosotros también debemos recibirlas. Debemos recibir a quienes son débiles en la fe. Podemos recibirlos porque ellos pertenecen a Dios. No podemos convertir el bautismo en un

requisito para recibirlos, pues únicamente podemos considerar el bautismo como una enseñanza. Tampoco debiéramos excomulgar a alguno por el hecho de no haberse bautizado. Si ellos llegan a ver lo que es la crucifixión, espontáneamente se bautizarán y serán obedientes a la verdad.

Pregunta: Los que se reúnen en el local de la calle Gordon y en el local de la calle Wen-teh, en realidad, constituyen una sola asamblea. Al recibir a un visitante, ¿deberían los hermanos de un local informar a los que se reúnen en el otro local?

Respuesta: Si encontramos una manera práctica de hacerlo, debemos informar a los que se reúnen en el otro local respecto a los visitantes que hemos recibido. Pero si no podemos hacerlo, no es indispensable informarles al respecto. Ahora bien, si alguien desea permanecer con nosotros por un período prolongado de tiempo, los que sirven como ancianos en ambas reuniones deben tomar en cuenta el terreno de la iglesia y deben conversar entre ellos al respecto antes de llegar a una decisión. Por este motivo, los anuncios que se hagan en la reunión de oración en la calle Gordon, también deben ser hechos en la calle Wen-teh y viceversa, de tal manera que las oraciones puedan ser realizadas en unanimidad. Espero que podamos instalar un teléfono en el local de la calle Gordon. Cuando esto suceda, será mucho más fácil que ambos lugares traten estos asuntos entre sí.